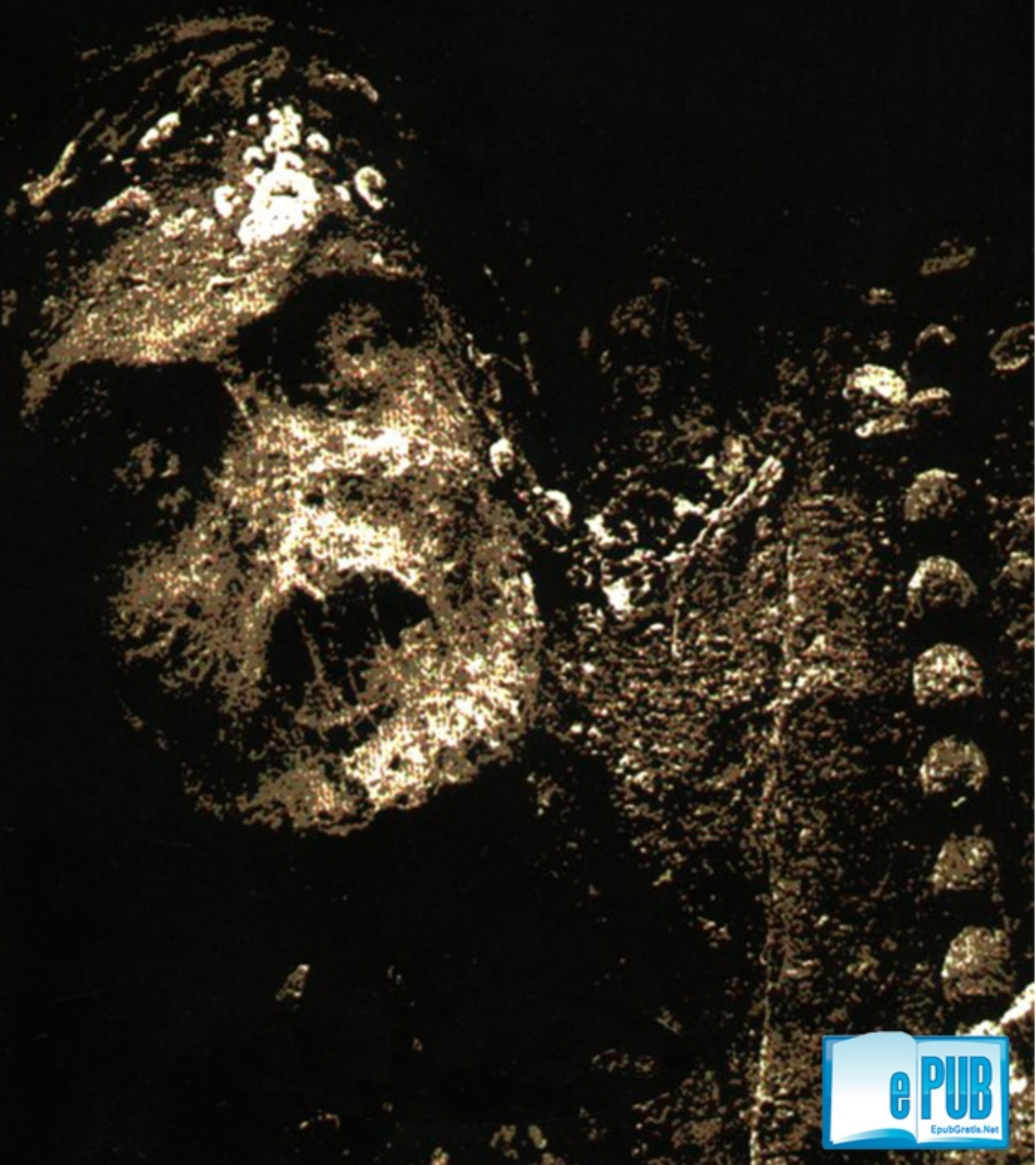


ADRIAN ROSS

El agujero del infierno



Adrian Ross (1859-1933), catedrático de Cambridge, se dedicó principalmente a escribir libretos de ópera y a producir espectáculos musicales y satíricos. A pesar de ser su única obra de ficción, *El agujero del infierno*, publicada en 1914, está considerada por los aficionados y especialistas como una de las obras cumbres de la literatura de «terror sobrenatural» (género que ha dado nombres tan destacados como Hodgson, Machen y Lovecraft), y es precisamente el hecho de ser autor de una sola obra de terror lo que explica que haya permanecido oculta para el gran público hasta que Ramsey Campbell la rescató del olvido. Aunque la obra está dedicada a su colega y amigo M.R. James, es más fácil asociarla con las atmósferas opresivas y angustiosas que acechan en las zonas oscuras de la realidad, tan características de Hodgson o H.P. Lovecraft, que con las eruditas excentricidades del gran maestro de la «ghost story». Ambientada en la Inglaterra dividida por las guerras religiosas del siglo XVII, la acción nos traslada hasta el siniestro castillo del señor de Deeping Hold –situado en una zona de marismas donde se abre un agujero que la superstición popular conecta con el infierno–, en cuyo interior los protagonistas de este drama tenebroso quedan aislados por el avance de un «ente» indefinido y abominable...



Adrian Ross

El agujero del Infierno

ePub r1.0

DeDe03.07.13

más libros en epubgratis.net

Título original: *The hole of the pit*
Adrian Ross, 1914
Traducción: Javier Sánchez García-Gutiérrez
Diseño de portada: Valdemar
Editor digital: DaDa
ePub base r1.0

a M.R. James

CAPÍTULO I

Del mensajero que llegó hasta mí desde Marsham

Ésta es la historia de un juicio extraño y terrible emitido por el Señor de las profundidades. Y hemos creído conveniente, la única otra persona conocedora de los hechos y yo, consignar lo que ocurrió para que sirva de enseñanza y advertencia a nuestros hijos y así mostrarles cuál es el final inevitable de quien actúa con maldad. Pues hacen falta muchos consejos para alejar a los jóvenes del vicio imprudente de vivir sin moralidad que ha corrompido a nuestro pueblo durante los últimos años, pese a la clara manifestación de la ira de Dios a través del fuego, la peste y el desconcierto ante nuestros enemigos.

Según recuerdo, corría el otoño del año de Nuestro Señor de 1645 cuando se produjeron los acontecimientos que me dispongo a relatar. Sólo tenía veintisiete años, aunque, a decir verdad, desde mis años de escuela siempre había parecido mayor de lo que era; en vista de ello y de mi profundo amor a los libros, mis bondadosos padres me habían educado para ingresar en la Iglesia en Cambridge y esperaban que, con el tiempo, recibiera de manos de mi primo, el Conde de Deeping, un beneficio eclesiástico. Pero mi padre y mi madre murieron de unas viruelas en sólo un mes y yo quedé abandonado a mi propia voluntad. Como no me gustaba nada la forma de actuar del Arzobispo Laud, y además me inclinaba por las doctrinas de quienes se llamaban Puritanos, sentí escrúpulos para ocupar un cargo en el que debía en enfrentarme con mi propia alma o con la autoridad de la que dependía. Regresé, pues, a las tierras de mi padre, donde podía arreglármelas para vivir como correspondía a un caballero, aunque poco más. De mi sabiduría para mantenerme apartado de las disputas de religión me convencí aún más cuando nuestras desafortunadas disensiones desembocaron en el estallido de la guerra civil. A pesar del empobrecimiento causado por la disipación y los excesos de su padre, y por los suyos propios, el Conde de Deeping, ayudado por unos cuantos rufianes desesperados, restos de sus huestes en las guerras de Alemania, reunió una tropa de campesinos holgazanes y cabalgó hasta unirse al Príncipe Rupert, quien me mandó recado para que le siguiera con mis aparceros, cosa que no hice en modo alguno. Tampoco pude ceder ante una efusiva carta del señor Oliver Cromwell, a quien había conocido en Cambridge y que después sería tan importante, en la que me pedía actuar como un hombre en las filas del Señor. Ciertamente, nunca logré ver a ninguno de los dos bandos como las filas del Señor, ni a los siniestros jueguistas del ejército del Rey ni a los sanguinarios santos del Parlamento. De haber tomado parte en las guerras con cualquiera de las dos facciones, habría seguido el ejemplo desgraciado del buen Lord Falkland, siempre con dudas sobre el derecho de su propio bando y gimiendo en tono lastimero: «la paz, la paz», que encontró al fin, a la manera del antiguo romano, mientras cabalgaba al encuentro de la muerte.

Al estar así indeciso, ser de espíritu precavido y solitario además de apocado, y no querer contemplar una sangría, mantuve mi casa lo más apartada que pude del conflicto y aconsejé a otros que hicieran lo mismo; y como el lugar donde residía estaba muy lejos de todos los campos de batalla y, en particular, a tres días a caballo de las tierras de mi aguerrido primo, el Conde de Deeping, logramos permanecer no solamente con vida, sino también libres del acoso de cualquiera de los dos bandos. Sólo en una ocasión en que tuve que cabalgar durante una jornada desde mi casa, me encontré rodeado por una veintena de soldados de caballería con armadura, que me arrancaron de mi montura y, muy bruscamente, exigieron saber de qué lado estaba cuando yo aún no había encontrado el modo de averiguar de qué lado estaban ellos. Les dije que era partidario de la paz y, al darles mi nombre, su oficial sacó una lista de los nobles de aquellas tierras, algunos marcados (según rezaba la expresión) como malvados a los que había que despojar y otros como hombres tranquilos que debían

ser respetados; entre estos últimos el Lord General Cromwell, como a la sazón se le llamaba, había incluido mi nombre. Así que todo acabó bien, sin más coste para mí que el de un poco de cerveza o sidra para los soldados y una hora de charla mientras cabalgaba junto al oficial, un tipo devoto y de buena procedencia, aunque demasiado aficionado a citar las Escrituras y deformar su claro significado.

En el verano de 1645 llegaron noticias de la batalla de Naseby y del tremendo descalabro, según creían los campesinos y más tarde se demostró, sufrido por las fuerzas del Rey. Uno de los que logró escapar de aquel campo de batalla, después de haberse comportado con más valentía que prudencia, fue mi primo, el Conde de Deeping, con los restos de su tropa. Se negó a seguir los pendones del ejército realista porque había discutido con el Príncipe Rupert sobre cierto asunto, pues era, según dicen, un saqueador demasiado cruel incluso para un estómago tan poco delicado como el del Príncipe. De modo que se encaminó hacia sus tierras, Deeping Hold de Marsham, y lo que allí tenía que sucederle, le sucedió.

Un día de septiembre me senté en la biblioteca con el propósito de leer la *Descripción del Arminianismo* de John Owen de cabo a rabo. Pero, sea dicho para vergüenza mía, pronto me cansé de la teología, pues las discordias de nuestros días habían echado a perder mi temprana afición por las controversias doctrinales. Al dejar al doctor Owen de nuevo en el estante, empujé un volumen de no sé qué comentario y, cuando pretendí sacarlo de nuevo, eché hacia atrás dos más. Así, con la ira repentina que impulsa a los niños a golpear los taburetes y las sillas para derribarlos, primero tiré al suelo el resto de los volúmenes del comentario, y después los que había metido hacia dentro. Tenían mucho polvo y, al mirar la sombra que habían dejado en el anaquel antes de colocarlos de nuevo en su sitio, vi un pequeño libro, encuadernado en piel, liso y delgado, que tenía nuestras armas familiares estampadas en la cubierta. Lo cogí, y me encontré con una genealogía de los Condes de Deeping y otros parientes suyos, escrita con una bella letra y con los escudos muy bien blasonados con colores y dorados; allí estaba el árbol genealógico de toda la parentela, según juzgué por los últimos nombres, algunos de hasta ochenta años, pues mi tatarabuelo cerraba una de las ramas. Conocía todos esos nombres, o casi todos, y mientras hojeaba las páginas mi vista se detuvo sobre unos versos que había en medio de una de ellas:

Cuando el Señor de Deeping Hold
al Maligno haya vendido su alma,
y haya despertado lo que reina
en las tinieblas del Infierno,
lo que reina bajo el Agujero
vendrá y le robará el cuerpo y el alma.

Aunque nunca había visto esos versos sobre los Condes de Deeping, me trajeron recuerdos de cuentos y canciones que había oído, y ya medio olvidado, en el regazo de mi niñera.

Jamás había estado en Deeping Hold, junto a las marismas de la desembocadura del río Bere, ni en la aldea de Marsham, situada en las laderas sobre el estuario. Pero había oído leyendas sobre una maldición acerca de los Señores de Deeping, que había caído una vez y, según la narración, recaería otra vez y nunca más. Recordé que el único día en que, siendo sólo un niño, había visto a mi padre cabalgando con mi primo el Conde, un joven espigado, de pelo claro y con perilla, me había quedado asombrado de la fiereza de sus ojos azules y había pensado en los cuentos que mi niñera me contaba. Volví a leer aquellos siniestros versos y, en el momento en que aparraba los ojos de la página, mi criado llamó a la puerta para anunciarme que Eldad Pentry, de Marsham, deseaba verme. Mandé hacerle pasar y me encontré ante el tipo más extraño que había visto en mi vida. Era delgado y de baja estatura, Y tenía el pelo lacio y un rostro nada noble; con todo, sus ojos eran grandes y brillantes, y su mirada, muy

abierta y siempre fija, parecía contemplar algo lejano, situado más allá de lo que tenía delante. De no ser por esos ojos, su aspecto habría sido el de un plebeyo. Iba vestido de manera bastante sencilla, con un traje de color oscuro, lleno de polvo, y de su cinturón colgaba una vieja espada herrumbrosa cuyo tamaño parecía más apropiado para Goliat de Gar que para ese desdichado. Le saludé y le pregunté qué recado traía.

—Hubert Leyton, he recibido un mensaje del Señor para vos —dijo con voz extraña y áspera sin hacer el menor intento de quitarse el sombrero, por lo que deduje que era un fanático de alguna secta, de los que había tantos en aquel tiempo—. Levantaos y seguidme, pues os espera una tarea en las tierras de Marsham.

Me molestó que aquel individuo masculara sus palabras como si fueran piltrafa, y le ordené, me temo que con cierta brusquedad, que me comunicara el motivo de su visita con menos lenguaje bíblico y más sentido. El hombre volvió sus extraños ojos hacia mí como si viera algo a mi espalda, donde no había otra cosa que los libros y la pared.

—No me enfadaré con vos, pues sois un instrumento elegido —replicó en el mismo tono reseco y pausado—. Escuchad, y así sabréis lo que me ha traído aquí y por qué yo, un hombre de paz como vos, me he ceñido la espada.

Parecía más bien que era él quien se había ceñido a la espada, de acuerdo con la antigua chanza que contaba el docto Cicerón y, sin duda, muchos otros antes y después que él. Pero no hice ningún comentario y Maese Eldad continuó ilustrándome.

—Cuando el hombre de sangre fue derrotado ante Israel —señaló, por lo que pronto entendí que hablaba de la batalla de Naseby—, aquel hijo de Belial^[1], vuestro primo, huyó del campo de batalla y llegó a Marsham. Y al encontrar su castillo barrido y engalanado, entró con otros cuarenta diablos peor que él y una mujer peor que los cuarenta...

En ese punto le interrumpí con una pregunta.

—¡Una mujer! —exclamé—; ¿y qué ha sido de la Condesa?

Se le turbó el semblante, hizo algunos guiños, y por primera vez se quitó el sombrero.

—La Señora de Deeping llevaba tiempo enferma —contestó, y advertí que hablaba de ella sin el menor tono bíblico—. Murió la semana pasada, aunque ninguno de nosotros sabe cómo.

—¡Dios la acoja en su seno! —exclamé sin sopesar mis palabras.

—Ésa es una jaculatoria papista —replicó frunciendo el ceño—, pero casi podría añadir «Amén». Sí, y mucho más. ¡Dios vengue su muerte en los malvados!

—¿Qué es lo que queréis decir? —inquirí, pues le vi contraer el rostro con una ira y un odio repentinos. Pero al oír mi pregunta el ceño desapareció de su frente.

—No, yo no sé nada —murmuró—. No obstante, si dos milanos se encuentran con una paloma, no hace falta ser profeta, Maese Leyron, para saber lo que ocurrirá o lo que ha ocurrido. Y esa mujer del hijo de Belial, esa Jezabel, esa Dalila...

—Sí, ¿qué pasa con ella? —pregunté, pues había pasado lista a todas las mujeres malvadas de la Biblia.

—Puede que sea una bruja o una envenenadora —señaló—, ya que es de la tierra de todas las abominaciones, donde la Mujer de Púrpura^[2] reina sobre las siete colinas.

—Una italiana —afirmé, y él inclinó la cabeza—. ¡Qué historia tan desgraciada! ¿Pero cómo puedo yo cambiarla yendo hasta allí con vos, Maese Eldad?

—Veréis, Hubert Leyton. Cuando vuestro primo el Conde llegó a Deeping Hold, se hizo fuerte con cuarenta desesperados villanos de su tropa, blasfemos y borrachos, montó la artillería en las murallas y anunció que defendería la plaza para el Rey aunque viniera el mismísimo Noll^[3] en persona. Después nos mandó recado a Marsham, ordenando que le lleváramos grano, corderos y vacas, cerveza y sidra, mantequilla, queso y huevos, además de tocino y jamones en abundancia, para abastecer el castillo antes del asedio. Como estábamos angustiados, suplicamos a su bondadosa señora que intercediera por nosotros, cosa que hizo; pero después de su muerte fue como si

vuestro primo hubiera perdido la razón: juró que se apropiaría por la fuerza de todo lo que le pareciera bien y se negó a escucharnos. Así que dije a los demás: «Mirad, la situación es apurada, ya que no somos más que unos débiles campesinos y no podemos enfrentarnos con soldados; busquemos a alguien de su propia familia que interceda por nosotros, pues ningún otro hombre podría hablar con ese hijo de Belial». Todos dijeron que el consejo era bueno y me mandaron partir. Por tanto debéis levantaros y seguirme, pues tenemos un largo camino por delante; y el Conde ha dicho que si no le llevamos todo lo que su alma desea antes del séptimo día hará que el fuego arrase nuestras casas y también a nosotros.

Sabía que no era una amenaza vana. Los modos empleados en las guerras de Alemania eran sobradamente conocidos para todos, y Milord de Deeping había aprendido en ellas sus artes guerreras y casi aventajaba a sus maestros. Sin embargo, no me gustaba el asunto, pues era consciente de que mi primo no temía a Dios ni respetaba al ser humano: su propia vida significaba poco para él y la de los demás aún menos. Pero sabía que estaba orgulloso de su título y su patrimonio, de los cuales yo era heredero por ser el pariente consanguíneo más próximo, aunque no los haya aceptado por las razones que esta historia mostrará. Permanecí sentado en silencio reflexionando, mientras Maese Pentry fijaba sus grandes ojos sobre algo fuera de mi alcance. Al cabo de un rato, al ver que yo seguía dubitativo, se puso en pie y, cogiendo la gran Biblia que había en el escritorio junto a la ventana, la dejó caer ante mí con un golpe seco parecido al disparo de un mosquete.

—Abrid el Libro, Hubert Leyton —me espetó—: y el Señor os mostrará qué debéis hacer.

Siempre he creído poco en la adivinación a partir de las Escrituras, a la manera de los paganos y sus interpretaciones de Virgilio, aunque sin duda hay muchas profecías muy apropiadas citadas por ambas fuentes, como la del difunto Rey Carlos. Pero Maese Eldad me conmovió, no sabría decir por qué, y tras sus palabras abrí el Libro al azar y mi vista fue a posarse en el versículo nueve del primer capítulo del *Libro de Josué*, que aquel hombre y yo leímos juntos:

«¿No te mando yo? Esfuérate, pues, y ten valor; nada te asuste, nada temas...».

—Eso es para vos —dijo Maese Eldad con severidad—; ahora leamos lo que es para mí.

Pasó las pesadas hojas y sus ojos y los míos fueron a parar a un versículo de las *Lamentaciones de jeremías*:

«Han hundido mi vida en una fosa, arrojando piedras sobre mí. Subieron las aguas por encima de mi cabeza, y me dije: “Muerto soy”».

Esto me sobrecogió y volví la vista hacia aquel sujeto por encima del hombro; pero él sonreía, aunque con tristeza, y su mirada estaba perdida en la distancia.

—Siempre me pasa lo mismo cuando busco un oráculo en el Libro —comentó—. Sé lo que me sucederá y, aun así, voy. ¿Os amilantaréis entonces vos?

Puse mi mano sobre la suya, que tenía un tacto duro y seco como el pergamino, y dije:

—Maese Pentry, iré con vos.

CAPÍTULO II

De nuestro viaje a Marsham y lo que encontramos allí

Habría dispuesto que Maese Eldad pasara la noche en mi casa, pero no quiso, pues dijo que debíamos regresar al menos un día antes de que la semana de gracia concedida por el Conde finalizara, ya que mi primo y sus soldados no mostrarían compasión. Así pues, terminada la cena, metí en mis sacas de viaje un traje más vistoso que los que estaba acostumbrado a gastar, para no parecer demasiado el hombre de letras pobre en casa de mi pariente, de la cual era heredero y podía ser propietario algún día. Asimismo cogí mis camisas de blanda y otras cosas. Eldad me observaba con una sonrisa amarga, y le oí murmurar no sé qué sobre lo mudables que son las prendas de vestir y los mantos, a lo que repliqué que tales vanidades me preocupaban tan poco como a él, aunque no quería aparecer como un andrajoso ante mi primo ni ante la mujer italiana. Maese Pentry inclinó la cabeza, como solía hacer, y no dijo nada más. Enseguida trajeron nuestros caballos, pero el suyo estaba muy cansado por el viaje y, para ser sinceros, era poco más que una mula de carga. Así que hice sacar el caballo que mi criado solía montar, un animal fuerte aunque más lento que el mío, y partimos. Yo llevaba un estoque italiano de un nuevo tipo, con una hoja fina y ligera, y adecuado para los lances de esgrima, arte que me había esforzado en practicar en Cambridge con el fin de despejar mi mente del exceso de lectura. Maese Pentry llevaba la espada de Goliat de Gat y una pistola grande. Pero no hallamos ningún motivo para utilizar nuestras armas, ya que, según dije, esa región quedaba lejos de la guerra. Nos desplazamos lo más deprisa que pudimos y, para no agotar a los caballos, nos detuvimos a descansar tres noches en algunas ventas que encontramos a nuestro paso. Y el cuarto día por la mañana estábamos cerca de Marsham.

Hasta ese momento Maese Eldad había hablado poco y la mayor parte fueron frases bíblicas. Cuando le pregunté sobre el Conde y la mujer italiana, sólo pudo añadir a lo ya sabido que mi primo parecía más viejo y su rostro era más fiero que en otro tiempo, como cabía esperar. Maese Pentry nunca había visto a la extraña mujer, pero quienes la conocían decían que no era nada corpulenta ni bella, lo que reafirmaba su creencia de que era una bruja. En relación con mi primo, de lo único que habló fue de la condesa fallecida, de la que comentó sus buenas acciones en el pueblo y cómo había pasado sus días, mientras su esposo estaba en las guerras, entregada a la oración y las obras piadosas sin apenas otra compañía que la de su pariente, la señorita Rosamund Fanshawe. Le pregunté por esta dama y si todavía vivía en el castillo. Dijo que sí, y que era joven, agraciada y amable con todo el mundo, pero que temía que su corazón fuera incrédulo, mundano e impúdico, lo que interpreté como que se reía de vez en cuando, cantaba pequeñas canciones para animar a la Condesa y pronto se cansaba de las exposiciones doctrinales de Maese Pentry.

Poco más logré sacar a mi compañero. Hacía unas tres horas que había amanecido cuando llegamos a una colina, no muy empinada pero bastante larga, donde dejamos a los caballos ir al paso para que recuperaran el resuello, pues el camino había sido ascendente durante varios kilómetros. Al llegar a la cumbre, Maese Eldad hincó la espuela en su montura. Yo hice lo mismo, y cabalgamos velozmente hasta atravesar una zona de pequeños árboles y arbustos, que venía dibujándose contra el azul del cielo desde hacía tiempo como una franja negra e irregular. Entonces tiró de las riendas y, volviéndose hacia mí, dijo:

—Mirad.

E hizo bien en llamar mi atención, pues jamás había contemplado una vista tan hermosa y, sin embargo, tan extraña. A nuestros pies, la colina recubierta de hierba descendía en fuerte pendiente y el blanco camino serpenteaba de acá para allá como una cinta de encaje en el vestido de una doncella. Más allá había unas laderas de

trigales dorados, con mieses ya segadas, algunos prados verdes y hermosos huertos en los que se veían unos tejados de paja entre los árboles; varios pequeños hondones, con arroyuelos en su fondo, se abrían camino por las faldas de la colina, y podía verse una iglesia de torre cuadrada que era la parroquia de Marsham, según me dijo Maese Eldad, sin párroco desde la muerte del último cura porque el Conde de Deeping tenía otras cosas que hacer antes que nombrar párrocos.

Hasta ese momento, el panorama, aunque muy hermoso en aquella mañana soleada, era semejante, gracias a Dios, al que todavía se puede contemplar en muchos caminos de nuestra Inglaterra, donde ni siquiera la guerra civil había empujado a Croatas o Panduros^[4] a incendiar y saquear a amigos y enemigos. Pero ahora surgía la rareza de aquel paisaje. Sobre la llanura que se divisaba desde la colina se extendía lo que parecía el dibujo de un deshojado árbol gris, como un roble que hubiese sido herido por un rayo; cuando miré de nuevo, vi que el tronco del árbol era un río, cuyas aguas fluían por una depresión oscura, y las ramas cauces ondulantes vacíos, que sin duda se llenarían con la pleamar. Al dirigir la vista más lejos, vislumbré un terreno pantanoso, ribeteado y surcado por canales más oscuros, salpicado de verde allí donde una orna servía de agarradero a la tosca hierba. Más allá todo era gris: los canales se ensanchaban y una fina niebla se cernía sobre los salados marjales, que parecían difuminarse en la distancia como la visión de un mago; era imposible distinguir nada, salvo, por decirlo así, en el mismo confín del mundo, donde se advertía el deslumbrante reflejo del mar abierto.

La apariencia del lugar transmitía algo temible, con aquel desierto gris y salado desplegándose al borde de esas hermosas praderas y los campos y prolongando sus rías como los brazos de una hidra fabulosa o un monstruo marino. El fuerte sol, y el viento alborózano que soplaba entre los arbustos, sólo contribuían a que la vasta grisura pareciera aún más sobrecogedora, tal como ocurre con la luz del sol cuando se oculta tras un nubarrón que atraviesa penosamente el cielo estival.

La voz de Maese Eldad junto a mi hombro me arrebató de estas fantasías.

—¿Veis la casa del hijo de Belial, Hubert Leyton? —dijo con su tono áspero y calmado. Y apuntó su delgado dedo índice hacia la zona donde la bruma se espesaba sobre la marisma. Al principio no vi nada; pero al cambiar el viento pude percibir el centelleo del sol sobre una veleta como una repentina llama dorada surgida de una humareda. Guiándome por ese punto, distinguí la torre de un campanario, un gran torreón redondo que coronaba una sombra borrosa por la niebla y, por último, una mansión con tejado de faldón y un grupo de edificios en uno de los lados de la sombra. Todo ello estaba rodeado por fangales grises y vaporosos y por surcos de agua oscura, y la reverberación de la bruma me cansó la vista.

—Eso debe de ser Deeping Hold —dije volviéndome hacia Maese Pentry—. ¿Cómo puede mantenerse en pie entre esas pizarras y esas arenas movedizas?

—Porque vuestros antepasados —contestó con sonrisa burlona—, pese a no ser grandes lectores de las Escrituras, fueron lo bastante sabios para construir su casa sobre una roca después de que el terreno se hubiese tragado la primera. Deeping Hold se alza sobre una roca en la marisma. Sólo hay ocio lugar en tierra firme y está más allá del castillo, donde apunta mi dedo.

Siguiendo de nuevo sus indicaciones, al principio no vi nada, pero cuando mis ojos se acostumbraron al resplandor de la niebla, advertí un promontorio de roca negra de una de cuyas laderas colgaba lo que parecían ser las ruinas de un rosco edificio, situado, según juzgué, a unos dos kilómetros de Deeping Hold. Quise saber qué vivienda podía haberse levantado sobre un asidero tan estrecho y pregunté a Maese Eldad.

—Las viejas del lugar dicen que ésa era la casa de un santo católico o ermitaño de la antigüedad —contestó en tono de mofa—. Y cuentan que un Conde de Deeping, al ser reprendido por el santón debido a su mala vida, le asesinó y derribó su celda monacal,

y por ello recibió tal castigo que él y los suyos fueron tragados por un fabuloso Leviatán. Mirad, ahí estaba Deeping Hold en otro tiempo, según dicen.

Movió el brazo y señaló un punto en el que un muro esquinado, el pico de una torre como si dijéramos, se agarraba al borde de un precipicio sobre la marisma, y más abajo había una escarpada pared rocosa, como si un diente inconmensurable hubiera dado un gran bocado a la colina. Asimismo se veían los pedruscos amontonados por un desprendimiento de tierras, medio ocultos por hierbajos y arbustos, y una pendiente de pizarra gris; en dirección al mar, uno de los riachuelos más anchos que morían en la desembocadura del río ascendía junto a la costa. El cauce estaba casi seco, pero su forma era extraña; pues en medio había una mancha negra de unos quince metros de anchura y el lodazal grisáceo que la rodeaba era como un embudo pronunciado.

—Sí —dijo mi compañero cuando vio que mi mirada se posaba sobre aquellas ruinas y el espacio que había a sus pies—; a esa mancha negra la llaman el Agujero. Dicen que no tiene fondo, y que allá abajo duerme el Leviatán, con el viejo Conde y su castillo en su vientre, hasta que llegue el día en que se trague a otro. Pero todo eso son cuentos de viejas. Va hemos perdido demasiado tiempo mirando y cotorreando. ¡Vamos!

Agité las riendas y descendimos por el camino empinado, a la trápala pero con cautela. Pese al desdén que Maese Pentry había mostrado, en mi mente resonaba su relato y los antiguos versos que tanto concordaban con el sentido del mismo. Y a cada recodo, cuando aparecía la perspectiva de la playa y la marisma, me rezagaba un poco para dirigir la vista hacia el Agujero, que se extendía negro y ominoso bajo los restos del viejo castillo. Podía hacerlo con comodidad, porque mi montura era mucho mejor y siempre adelantaba a Maese Eldad antes de llegar a la siguiente curva del camino. Finalmente, un cerro cubierto de zarzas me tapó la vista del Agujero, y durante aquella mañana no lo volví a ver ni, a decir verdad, pensé más en él, pues ese período no iba a ser nada relajado para mí. Habíamos llegado al pie de la colina y atravesábamos un desfiladero lleno de zarzas, que cubrían de espinas las paredes salpicadas de moras rojas, y con grandes dedaleras sobresaliendo aquí y allá; sólo se veían las escarpaduras verdes y, sobre ellas, el ciclo azul, de modo que la tierra parecía un lugar feliz y tranquilo. Mientras cabalgábamos bota con bota debido a lo angosto del camino, Maese Eldad se volvió hacia mí y me dijo con su voz áspera, tan cerca de mis oídos que me estremecí de manera extraña:

—He de buscar a los hombres del pueblo, Hubert Leyton, para que puedan hablar con vos y decidir qué se debe hacer. Si queréis descansar en mi casa, hay un lugar próximo que hemos construido para congregarlos y donde podemos reunimos hoy.

De las palabras de Maese Pentry deduje que se había nombrado ministro o predicador de los hombres de Marsham, y que éstos habían construido lo que llamaban un conventículo porque no querían utilizar la parroquia, aunque estaba vacía. Según me dijo, había ejercido la profesión de sastre; pero, considerando inapropiado que un mensajero del Evangelio contribuyera a las vanidades humanas, vivía, de forma bastante modesta, de los regalos que sus feligreses podían hacerle y de los productos de su huerta. Así que no contaba con que me ofreciera ningún banquete, y sólo podía esperar, al ser una persona frugal y culta, que algún granjero se sintiera dispuesto a mejorar la comida de mi anfitrión.

—Desde aquella curva —dijo Maese Eldad cuando salíamos del desfiladero—, os mostraré mi casa y el lugar de reunión cercano.

Mientras hablaba llegamos a un recodo desde el que el pueblo se veía muy bien, agrupado en torno a la iglesia. Me detuve y miré hacia allá; me pareció que todo estaba demasiado tranquilo, pues no se oía el canto de un gallo ni el mugido de una vaca como es costumbre en los pueblos. Tampoco se veían hombres trajinando por el lugar ni se oía cantar a ninguna muchacha; de repente un sudor frío se apoderó de mí y temí que hubiésemos llegado demasiado tarde. Mientras me estremecía con ese temor.

Maese Pentry, que había estado observando con la mano a modo de visera debido al sol, soltó un grito agudo y extraño.

—¡Ha desaparecido! ¡Ha desaparecido! —exclamó—. ¡Deprisa! ¡Deprisa! —añadió, y espoleó su caballo en dirección al pueblo.

Salí rápidamente tras él y me pregunté qué podría haber visto para turbarse así, pues cabalgaba como un loco, agitando los brazos y diciendo disparates. Pero muy pronto lo comprendí. Después de rodear aquel pueblo silencioso, llegamos a un espacio donde pude ver los restos de dos edificios construidos con la piedra típica de esos parajes, de color gris o herrumbroso. Pero sólo quedaban los cimientos o ni siquiera estos; un hueco chamuscado indicaba dónde se había alzado una pared, y se veían piedras y vigas, paja calcinada y cascotes dispersos, como trozos de piltrafa arrojados al suelo para que las gallinas los picotearan. Maese Eldad se apeó del caballo con precipitación y se arrastró por el solar de lo que debía de haber sido su conventículo. Yo también desmonté, preguntándome cuál habría sido la causa de tal desastre; al acercarme a las piedras, sentí un fuerte olor que revelaba la villanía que se había cometido. Todo había sido obra de la pólvora y sólo mi excelentísimo primo podía haberla utilizado. No soy ningún caballero andante con ansia de aventuras y amante del peligro; y confieso que mi primer pensamiento fue sobre la acogida que mi pariente me iba a dar cuando me dirigiera a él como embajador de paz. La irreflexiva crueldad que había podido malgastar dos cuñetes de buena pólvora para arrasarse un par de pobres casuchas, que una gavilla de paja y unos trozos de pedernal y eslabón habían destruido con tanta facilidad, no tendría que esforzarse mucho para atravesarme la cabeza con una bala. Pero dejé de pensar en ello y me acerqué a Maese Pentry. Parecía haberse recuperado un poco y murmuraba algunos versículos en los que David maldice a los hombres malvados, que son los que siempre me han gustado menos de los Salmos.

—Venga, Maese Eldad —dije cogiéndole del brazo y ayudándole a incorporarse. Cuando estuvo en pie, permaneció con la mirada fija en los restos calcinados.

—Es un acto diabólico —añadí—, pero volveréis a tener vuestra vivienda; sí, y vuestro lugar de reunión, aunque tenga que empeñar mi casa para ello. Dios quiera que no hayan hecho ningún daño peor. Vamos al pueblo a ver qué ha ocurrido.

—¿Qué cosa peor podían hacer? —preguntó—. La casa del Señor ha sido destruida y arrasada por el fuego... —y empezó a divagar y maldecir otra vez.

—Bueno, también hay templos humanos del Señor —repliqué llevándole hacia los caballos—, y esos villanos pueden haberlos destrozado o deshonrado. Vamos a salvarlos, si es que todavía estamos a tiempo.

Mis palabras parecían tener poco sentido para Maese Eldad, pues aquél era un duro golpe que desde luego podía haberle ofuscado; además, según he podido comprobar en varias ocasiones, un hombre dominado por el celo religioso suele pensar muy poco en el bien terrenal de los demás. No obstante, logró espabilarse y montar su caballo; yo hice lo mismo y entramos juntos en la aldea de Marsham. Una vez allí, nos detuvimos ante la pequeña taberna «El Manzano», cuyo letrero colgaba con osadía aunque la mitad de las manzanas estaban atravesadas por agujeros negros. La puerta estaba atrancada y golpeamos con las manos y las empuñaduras de las espadas en vano. Entonces Maese Eldad alzó la voz, supongo que porque había oído ruido dentro.

—¡John Saunders, John Saunders! —gritó—, ¿cuánto tiempo vas a dejar a tu ministro en la calle? Ven a abrirnos; aquí sólo estamos Eldad Pentry y un amigo.

Me dio la impresión de que si John Saunders estaba vivo aquella llamada le haría venir, pues era imposible olvidar o no hacer caso a la voz de Maese Eldad. Y la verdad es que se oía cierta agitación en el interior. Al cabo de un rato, quitaron las trancas y retiraron los cerrojos, y John Saunders, el tabernero, apareció en el umbral. Era un hombre gordo, que debía de haber sido rubicundo de cara y jovial como un Baco pagano; pero un inmenso terror le había dejado pálido y sus grandes mejillas le

colgaban como bolsas. Cuando vio ni caballo y mis ropas se asustó, temeroso de que fuera un enemigo; pero Maese Eldad desmontó y le agarró por el hombro.

—¡Habla, cobarde! —exclamó de manera bastante ruda—. ¿Qué ha ocurrido?

John Saunders empezó a contar una historia confusa de la que entendí muy poco, pues cada vez que Maese Pentry le interrumpía con alguna pregunta rápida, el tabernero perdía el hilo de su relato y se veía obligado a comenzar de nuevo, por lo que desistí de enterarme de algo por él. Mientras John Saunders seguía divagando, oí crujir los goznes de una puerta al otro lado del camino y vi asomar una cabeza pelirroja y, a continuación, el resto del cuerpo. Después, la cara pálida de una mujer apareció tras la mancha oscura de un cristal roto, y así fueron saliendo los aldeanos, uno a uno y tímidamente, como el gato que ha sido perseguido por un perro hasta un agujero y apenas se atreve a salir en busca de su leche.

Pronto Maese Eldad y yo nos vimos en medio de un círculo de caras pálidas; cuando mi acompañante les dijo quién era yo y a qué había venido, sacaron el valor necesario para contarnos lo que había ocurrido, deteniéndose en los pequeños detalles y volviendo a relatar la historia una y otra vez como hace la gente de los pueblos, que normalmente tiene poco que decir pero muchas ganas de hablar. Al parecer, el Conde de Deeping, después de haber fijado una fecha para que la gente de Marsham abasteciera su castillo, había enviado a algunos de sus hombres para enterarse de qué se estaba haciendo con ese fin. Esos tipos fueron a «El Manzano», pagaron su bebida y, hablando de manera bastante educada (pues eran unos bribones muy hábiles), consiguieron sacar al mozo de la taberna todo lo referente al viaje de Maese Pentry. Mi primo, que ignoraba que Maese Eldad había ido a buscarme (y de haber sido informado tampoco lo hubiese creído), sufrió un tremendo ataque de ira diabólica (según supe más tarde y entonces pude suponer), pues pensó que el hombre que más odiaba había partido en busca de los soldados del Parlamento; y quizás eso es lo que habría hecho Maese Pentry si hubiera tenido alguno a mano. Así que, sin avisar a los aldeanos ni intentar saber si éstos estaban enterados del plan de su ministro, el Conde, acompañado de treinta hombres, casi toda su guarnición, ascendió por el río a bordo de tres chalanas y un esquife antes de que subiera la marea, y ordenó que sus soldados se llevaran de las casas grano y harina, mantequilla y queso, huevos, tocino y jamones; y a Saunders le robaron todas sus provisiones de cerveza y sidra. Después empezaron a perseguir y atrapar a las gallinas y las ocas, y a conducir a las vacas, las ovejas y los cerdos hasta las embarcaciones. Los hombres del pueblo estaban en el campo, a excepción del tabernero, que no se atrevió a decir palabra, el herrero y uno o dos viejos que no pudieron hacer otra cosa que maldecir a los ladrones y ser objeto de sus burlas. En cuanto a las mujeres, la mayoría huyó del lugar; pero la muchacha de la taberna, una picarona alegre que gustaba de hablar con los soldados, se marchó con los villanos por su propia y alocada voluntad. La hija del herrero, una moza de buen ver, intentó impedir que sus ocas cayeran en manos de los asaltantes y dos de ellos se la llevaron a las barcas; su padre, que salió tras ellos y logró atizar a uno con un martillo, fue golpeado con la culata de un mosquete y se quedó tirado en el suelo, sin habla, durante una hora.

Tras coger lo que querían y destrozar el fondo de los botes para que nadie pudiera perseguirles, los ladrones aprovecharon la marea para remar hasta Deeping Hold; pero antes, el propio Conde se dirigió a la casa y al conventículo de Maese Eldad con dos de sus hombres más próximos, cada uno de ellos con un barril de pólvora. Al cabo de un rato regresaron riendo. Cuando ya estaban en las chalanas, se oyeron dos explosiones tremendas, una tras otra, acompañadas de una violenta sacudida, y pudo verse una gran llamarada y una extensa columna de humo. Aquel estruendo y aquella visión hicieron que los aldeanos regresaran a toda prisa, aunque algunos de ellos ya habían sido avisados por las mujeres. Cuando asomaron por las colinas, sólo pudieron

ver el brillo de las armas sobre las negras embarcaciones, que descendían con la marea por el laberinto de canales y arenas movedizas que nadie conocía tan bien como los hombres de Deeping Hold.

Desde aquel momento —habían pasado dos días—, los hombres de Marsham habían atrancado sus puertas y las mujeres, con lo que quedaba del ganado, se habían escondido al subir la marea para que los soldados del Conde no las acosaran de nuevo. Pero no se había vuelto a saber de ellos. Todo esto es lo que supimos por los habitantes del pueblo. No hace falta que comente con qué lágrimas y maldiciones acompañaron su relato.

CAPÍTULO III

De mi travesía hasta Deeping Hold

Una vez oído el relato del saqueo, bastante desgraciado por cierto, nos correspondía analizar lo que se debía hacer. Pero antes, como ya era casi mediodía, Maese Eldad y yo teníamos que dejar descansar a los caballos, comer y beber, pese a estar todavía temerosos de los hombres de Deeping hasta que la marea subiera un poco. Los aldeanos habían perdido gran parte de sus reservas de víveres, pero los saqueadores habían olvidado coger algunas cosas y las mujeres habían ocultado otras cuando vieron acercarse los botes. Así pues, para ser gente que se alimentaba sin muchos lujos, nos dieron de comer bastante bien y nuestras monturas encontraron acomodo de sobra en los establos del ganado. Después nos reunimos en el cementerio, situado en una zona más elevada que el resto del pueblo, desde donde se podía ver el río y el lugar de desembarco más cómodo a través de un claro entre los árboles. Además, para mayor seguridad, colocamos un vigía en el campanario de la iglesia, y así permanecemos juntos y charlamos.

Maese Pentry, como era su costumbre, habló en primer lugar, citando mucho las Escrituras y deformando a veces de manera extraña su verdadero significado. Su consejo era no aceptar ninguna condición de tregua con el hijo de Belial y aislarle totalmente con sus secuaces; a decir verdad, su cólera y su sed de venganza no me sorprendieron, pero no veía la manera de conseguir su objetivo. Porque, a excepción de su espada, mi estoque y su pistola, armas no teníamos; y los demás tendrían que contentarse con utilizar sus horcas y guadañas sin poder fundirlas para hacer espadas y lanzas, ya que el herrero no sabía forjar armas. Debido a mis lecturas sobre las guerras, tampoco confiaba mucho en su profecía de que el Señor pondría a los villanos en nuestras manos. Pues es sabido que el Señor permite que las causas injustas ganen a veces el campo de batalla, como demuestran los avatares de nuestra azarosa Guerra Civil o, aún más, los de la guerra de Alemania, en la que cada bando triunfaba de forma alternativa hasta que ambos se hundieron en una paz vergonzosa. Algo así dije a los hombres cuando me pidieron consejo después de oír a Maese Eldad, a quien no le agradó mucho tal petición. Se consideró conveniente, pues, intentar la vía de un tratado de paz antes de empuñar las armas. Porque aunque nuestra situación era poco menos que desesperada en comparación con la de los rufianes del Conde, la suya no sería mucho mejor cuando un navío de guerra o una fuerza de caballería del Parlamento tuviera tiempo de localizar su escondrijo. Y en caso de que adujeran el estado de guerra para justificar sus actos de pillaje, su única esperanza era ser colgados como ladrones y forajidos, individuos con los que todos los generales muestran, con razón, escasa piedad.

Cuando hube terminado de hablar y nadie quiso decir nada más, se acordó, sin otras discrepancias que las de Maese Pentry y el herrero, enviar al Conde un embajador con bandera de paz y ofrecerle un salvoconducto para salir del país con sus hombres, garantizándole la seguridad de su castillo y de los enseres que en él hubiera, y exigiéndole a cambio sólo el pago por la destrucción de la casa y el conventículo de Maese Pentry. Si rechazaba las condiciones, debíamos dejar claro nuestro propósito de reclamar la ayuda del Lord General Cromwell, a quien yo conocía muy bien y que había mostrado hacia mí una amistad desusada.

Este último detalle era conocido por mi primo, pues habría oído hablar de la efusiva carta que me envió Cromwell y sabría, por tanto, que si yo intervenía en la disputa era muy probable que el Lord General la hiciera suya; además (aunque yo lo desconocía entonces), el Conde se había apoderado de parte del bagaje del General en una de sus correrías y había asesinado de forma bárbara y brutal a uno de sus criados.

Sobre la elección de nuestro embajador no hubo discusión alguna, pues todos, sin excepción, me confiaron el cargo; y no pude negarme, ya que había sido el principal

impulsor de la medida. Ciertamente, sabía que mi primo no prestaría oídos a nadie que no fuera de su propia clase, pues su orgullo y su arrogancia eran desmedidos, y que ningún emisario de humilde cuna se libraría de recibir un tiro aunque llevase un centenar de banderas blancas. Por tanto, me correspondía ocupar ese honroso puesto, no codiciado por nadie y menos por mí.

En primer lugar, escribí una carta al Lord General Cromwell exponiéndole los malvados actos del Conde de Deeping y suplicándole que, en virtud de la amistad que me tenía y de la repulsa que le provocaban el asesinato y la opresión, enviara sin tardanza una tropa a Marsham y acabara con aquella guarida de ladrones. Entregué la misiva a Maese Eldad y le dije que si me hacían prisionero o asesinaban, escribiera al pie de la carta lo que me había ocurrido y la enviara por medio de un mensajero de confianza, a lomos de mi caballo, hasta el puesto de ejército del Parlamento más próximo. Maese Pentry cogió la carta y, a su debido tiempo, hizo con ella lo que le encargué; aunque (según se verá) podía haberme ahorrado los esfuerzos para asegurar mi vida o vengar mi muerte, pues todo se dispuso de otro modo.

Una vez hecho esto, sólo quedaba trasladarse a Deeping Hold para ver a mi primo. Para ello debía esperar a que pasara la pleamar y partir en bote con el reflujó. Aunque existía un camino a través de las marismas por el que se podía llegar hasta cerca del castillo durante la bajamar, el sendero era sinuoso, resbaladizo y estaba lleno de arenas movedizas en las que cualquier hombre que no conociera el lugar como la palma de la mano podía atascarse en el fango y perderse; ni siquiera debía confiarse quien fuera experto, ya que las arenas cambiaban con una marea intensa o una fuerte tormenta. Pero yendo en bote los riesgos que podía correr no eran muchos, pues estaba acostumbrado a manejar los remos y a nadar con ímpetu; en aquellos parajes, el mar era seguramente menos traicionero que la tierra.

Bajamos juntos hasta el río y encontramos un viejo bote de uno de los aldeanos, que los soldados del Conde habían ignorado porque estaba fondeado en un regato entre los sauces. Era pequeño y apenas ofrecía condiciones para navegar, pero nos las arreglamos para calafatear las costuras. Trajeron mis sacas, y un palo con un pañuelo blanco atado como bandera de paz, y las pusieron en el bote con los remos. Pasado el mediodía, cuando todo estaba dispuesto, llegó la pleamar. Fue un fenómeno extraño. El lugar en el que nos hallábamos podía haber estado a varias leguas de la costa, según me pareció al mirar hacia el regato y observar el talud de pizarra gris al final del cual se deslizaba con rapidez la corriente silenciosa del río. No hubo ninguna gran ola, como suele ocurrir en el río Severn, sino un siseo prolongado y un rumor procedente de las marismas, que fue aumentando y aproximándose hasta acabar en una pequeña onda de color gris fangoso, con una densa cresta de espuma amarillenta, que pugnaba contra la corriente. Le siguieron algunas más, agolpadas unas sobre otras como niños en un espectáculo. Cuando mire alrededor, vi que el cauce del río comenzaba a llenarse de agua espesa, hasta cubrir los agrietados ribazos grises, y las olas saltaban sobre la orilla verde.

Esperamos a que la marea menguara su flujo. Cuando las crestas de espuma amarilla y las madejas de cieno dejaron de agitarse con terquedad y quedaron atrapadas en los juncos y las hierbas, empezamos a descender por el talud. Había llegado el momento; subí al bote y los hombres de Marsham lo empujaron por el arroyo, que ahora rebotaba. Antes de impulsarlo hacia el reflujó, todos me dieron sus bendiciones e hicieron sus advertencias mientras las mujeres lloraban apesadumbradas; Maese Eldad me agarró la mano y, de pie sobre la orilla, se quitó el sombrero y habló con seriedad, pidiendo al cielo que mi travesía sirviera para la gloria de Dios y la salvación de los oprimidos.

—Y no temáis, Hubert Leyton —añadió, posando sus extraños ojos en mí—, porque me ha sido revelado que se os dará la vida por botín. Partid hacia el piélago y seguid el

canal principal hasta el hachón; antes de llegar a la playa, torced hacia la izquierda.

En ese momento estalló un clamor de voces, un alarido de espanto.

—¡No! ¡Por ahí no! —gritó uno—. Ese canal lleva al Agujero.

—¡Ningún hombre va allí! —exclamó una mujer—; ¿no conoce la historia?

Maese Eldad movió la cabeza con gesto desdeñoso y miró a la gente como si fuera el mismo Goliat entre los pigmeos.

—¡No hagáis caso a esos cuentos de viejas! —señaló—. Marchad en el temor de Dios, y pisaréis sobre áspides y víboras, y hollaréis al leoncillo y al dragón.

Dicho esto, se apoyó en el palo que sostenía en sus manos y empujó el bote hacia el río, donde la corriente y el reflujo unidos descendían velozmente formando pequeños remolinos de agua gris y espesa y abundantes orlas de espuma. Sujeté los remos a los toletes y dirigí la proa del bote hacia la corriente; al mirar por encima del hombro para situarme en el centro del cauce, apenas pude ver a la gente del pueblo y oír un murmullo de voces, en el que era posible distinguir algunas palabras temerosas como “el Agujero”, “el Agujero”, y a Maese Eldad reprendiendo a su grey con citas de las Escrituras.

La corriente y la marea menguante me arrastraron con rapidez y no tuve que esforzarme mucho, pues uno o dos golpes de remo bastaban para gobernar el bote cuando el río serpenteaba. Solamente podía ver las riberas verdes, bordeadas por una amplia franja de humedad gris, porque la marea había bajado un poco. No pasó mucho tiempo hasta que atisé por encima de mi hombro derecho, enhiesta sobre un montón de pedruscos, una columna de piedra con una gran cesta de hierro medio corroída por el viento salino, y supuse que debía de ser el hachón del que había hablado Maese Pentry. Al volver la vista hacia delante, observé que la corriente principal describía un brusco giro a la derecha, a la izquierda salía un canal ancho, cerca de la playa, y más allá se encontraba la maraña verdigrís de la marisma. Éste, pues, debía de ser el camino que mi amigo me había ordenado seguir para evitar una amplia curva del río principal en mi recorrido hasta Deeping Hold; y en algún lugar de aquel canal también debía de estar la negra sima que los hombres de Marsham denominaban aterrados «el Agujero». Su superstición me helaba la sangre, pues no podía olvidar los extraños versos que aparecían en el viejo libro; a pesar de todo, al pasar junto a la cesta del hachón, que recordaba el ennegrecido esqueleto podrido de alguna bestia sorprendente, dirigí la proa del bote hacia el espacioso canal. El reflujo se deslizaba con lentitud por los bajíos, y tiré de los pesados remos mientras un sol intenso me daba en la cara. Sin embargo, el fuerte viento que soplaba a rachas me refrescaba.

La corriente fue debilitándose poco a poco y cesó; el viento amainó y el sol empezó a calentar con más fuerza, por lo que me vi obligado a soltar los remos para secarme la frente. En ese momento noté un extraño olor en el aire, frío, fétido, salino y repugnante, como de algo muerto arrastrado por el mar. Miré alrededor y no vi el cadáver flotante que esperaba encontrar. El canal por el que me deslizaba era oscuro y extrañamente silencioso. Levanté la vista hacia la playa y vi una franja de pizarra gris; más allá, había un montón de pedruscos, como restos de un acantilado, y, recortado contra el azul del cielo, un esquinazo roto, que sabía era el único fragmento del viejo castillo. Pronto descubrí que debía de estar remando por el mismísimo «Agujero». Con algo de miedo, y también de impaciencia, me puse de pie en el bote y observé ambas orillas. No había nada que pudiera asustar a un hombre, salvo el apestoso olor, que parecía proceder de un légamo gris y brillante, cuyas hebras y grumos flotaban sobre el agua densa, o se aproximaban lenta y sinuosamente a la orilla, mientras de vez en cuando surgía una burbuja que no tardaba en estallar. Desde tan cerca, la negrura del Agujero era menor que desde la colina; pero aun así, pude apreciar que formaba un círculo de unos diecisiete metros de diámetro, según calculé. Me encontraba en el centro de ese extraño lugar y pensé, por el limo, que aquello debía de ser la boca de algún pozo de

betún, tal como leemos en la historia de Sodoma y Gomorra. Mire hacia abajo y, echando hacia atrás el cuerpo para equilibrar el bote, me puse de rodillas y asomé la cabeza por uno de los costados hasta que mi rostro quedó cerca del agua, clara y sin cieno en aquel punto, y negra sólo por la profundidad. Viajé con la mirada por aquel abismo insondable hasta donde alcanzaba la luz, y no me sorprendió que los aldeanos dijieran que el pozo no tenía fondo. Mientras mis ojos penetraban la oscuridad, semejante a una gran piedra de ágata negra, noté que algo se movía; al forzar más la vista, me pareció ver un zarcillo gris, del color del lodo, que serpenteaba en la negrura y ascendía rápidamente hacia mí. Solté un grito agudo, como cuando uno se despierta de una pesadilla, y el hilo negro osciló y se replegó hacia abajo hasta desaparecer.

Me dije a mí mismo que aquello no era más que una hilacha de cieno y que debía cumplir mi misión y llegar a Deeping Hold, donde sin duda encontraría más peligros que en el Agujero. No obstante, podía entender muy bien que el horror a aquel lugar estuviera grabado en las mentes de los hombres de Marsham; porque, para ser sinceros, el olor del légamo y el culebreo de aquella cinta gris en el agua negra me produjo más miedo del que estaba dispuesto a reconocer. Así pues, inclinándome sobre los remos, seguí avanzando y, con un par de paladas, abandoné el oscuro círculo del Agujero y me encontré entre las saltarinas ondas del canal; sin apenas esfuerzo, logré llegar otra vez hasta el río principal, que, como Maese Pentry había dicho, describía una amplia curva y se alejaba de las marismas. Volví a sentir la corriente y fui arrastrado entre unas riberas de arena y pizarra, con abundantes islotes cubiertos de hierba gris o salpicados de áspero empetro. Al poco rato vislumbré el resplandor titilante de la veleta situada sobre el campanario del castillo y, después, un tejado y las marcadas líneas de las murallas. Pensé que si podía ver también podía ser visto, así que cogí la bandera blanca que me habían dado y la coloqué en la proa del bote.

Y no me anticipé demasiado. Pues al doblar otro recodo del río vi un gran lienzo de muralla y el reflejo de un casco de acero y una pica; distinguí a dos o tres hombres, uno de los cuales echó a correr por el adarve y desapareció, al parecer para informar de mi llegada. Como lo único que tenía que hacer con los remos era gobernar el bote, me había sentado a mirar hacia delante, remando de proa como los barqueros de Venecia, y así podía ver bastante bien. Impulsado por el reflujo y la corriente, vi asomar el resto del castillo y, al llegar a una ensenada, Deeping Hold surgió ante mí sobre su isla, fuera de las marismas.

No era de gran tamaño y estaba cercado por el agua. La isla rocosa sobre la que se alzaba tenía unos cuarenta y cinco metros de anchura y una forma de pera con un montículo en la punta, donde se encontraba el torreón. La muralla, guarnecida con torres, era baja y bordeaba el islote, que se elevaba algo más de un metro por encima de la marca de la marea viva, a la que había que añadir los dos metros de la muralla. En algunas zonas, la roca había sido escarpada hasta el agua; en otras, se había levantado un talud de pizarra gris contra la muralla. Todo el castillo tenía el mismo color que la roca sobre la que se alzaba, gris con manchas de moho; claramente, había sido construido con la piedra excavada en sus sótanos y almacenes. En el extremo más ancho del islote estaba la mansión, construida en tiempos de la Reina Isabel, cuando los hombres no temían a enemigos personales; era bastante hermosa, aunque no muy grande, y tenía miradores, una pequeña torre con una campana y una veleta dorada. Todo esto pude verlo bien mientras la marea menguante y la corriente del río me hacían avanzar por la caleta. Los centinelas estuvieron observándome con curiosidad, con las manos a modo de pantalla para protegerse los ojos del reflejo del sol en el agua, hasta que estuve al alcance de un tiro de mosquete; uno de ellos, apuntando su arma, más en tono de broma que le amenaza, me dio el alto:

—¿Quién vive?

—Un amigo —contesté, y me acerqué a la muralla aunque no sabía dónde fondear.
—¿Estáis a favor del Rey o de los rebeldes? —volvió a gritar.
—De ninguno —respondí con acritud y en tono algo despectivo al encontrar tal puntillo militar en una guarida de ladrones—. Vengo a buscar paz, como indica esta bandera.
—¿Así que navegáis bajo la enseña del trapo de cocina? —inquirió con sonrisa maliciosa—; ¿y se puede saber quién es su excelencia?
Me repugnó la insolencia de aquel vulgar asesino y me temo que hablé con demasiada brusquedad para mi misión de paz.
—Cuando hayáis acabado de jugar a los soldados —repliqué—, podéis decirle a vuestro señor, el Conde de Deeping, que su primo Hubert Leyton quisiera hablar con él. El bribón de guardia emitió un gruñido a través de su barba rojiza y el que estaba a su lado se rió.
—¡Vaya chasco, amigo! —dijo—; ¿para qué pedir el santo y seña a un tipo cuando no hay ningún otro en varios kilómetros a la redonda?
Después se dirigió a mí, que estaba debajo de la muralla intentando mantener el bote alejado de la roca con ayuda de un remo.
—Si dais la vuelta a la torre, señor, veréis la entrada y el fondeadero, y yo os conduciré hasta el Conde —sugirió en tono bastante cortés antes de desaparecer de la muralla.
El otro empezó a caminar de acá para allá, maldiciendo a todos los hipócritas *Roundheads*^[5] y traidores extranjeros, y yo me dispuse a remar de nuevo, porque el agua era demasiado profunda para impulsar el bote con un solo remo. Mientras bordeaba la torre se abrió una pequeña ventana, horadada en una vieja aspillera que había sido agrandada, y vi asomar una cabeza. Mis ojos, que miraron hacia arriba por instinto al oír el ruido de las bisagras, se encontraron con los de una muchacha de unos veinte años y cabellos oscuros y ensortijados, como era moda entonces, cuyos ojos grises (aunque en aquel momento no me percaté de su color), encajados en unas profundas ojeras, denotaban abatimiento y pesar. El chapoteo de los remos le había sobresaltado del mismo modo que el crujido de la ventana había llamado mi atención; nos quedamos así, en silencio, observándonos mutuamente, un instante, hasta que recordé el saludo debido a una dama y, según las reglas de cortesía imperantes, me quité el sombrero y lo agité de manera bastante torpe. Ella inclinó la cabeza y se ruborizó antes de desaparecer. Yo volví a los remos y me pregunté quien podría ser. Aunque, a decir verdad, no tuve que esforzarme mucho, pues Maese Eldad sólo había hablado de dos mujeres en el castillo, y ésta no podía ser una de las muchachas arrebatadas a los aldeanos; además, había comentado que la italiana era pequeña y poco favorecida. Por tanto, la joven que había visto no podía ser otra que la señorita Rosamund Fanshawe, pariente de la difunta Señora de Deeping.
Di la vuelta a la torre y vi un pequeño fondeadero construido en un saliente de la roca, reforzada con mampostería, en el que estaban amarradas las chalanas y los botes de la guarnición, defendidos por dos culebrinas y por las troneras de una barbacoa a la que se accedía a través de una puerta protegida por un rastrillo. Aquí me tropecé con más hombres. Unos estaban ocupados calafateando las embarcaciones y otros pescaban desde las rocas; algunos haraganeaban, en justillos de gamuza y calzones, y el resto se había quitado las botas y las calzas. Mientras me miraban boquiabiertos, pensé que jamás había visto tantos rostros malvados juntos en mi vida. Porque aquí estaba no sólo la maldad inglesa pura y simple, sino la flor de los truhanes de todas las naciones. Acá, un soldado irlandés greñudo reñía por unos cuantos peces con un alemán fornido en cuya barba asomaban cicatrices, y entre ambos destrozaban nuestro idioma. Allá, un español, con un labio que parecía atravesado por un rígido mostacho, jugaba con un italiano cetrino cuya mano siempre se iba a la empuñadura de la daga cuando los dados le eran desfavorables. Todos hicieron una pausa en su tarea o diversión para mirarme y decir alguna chanza sobre mi rostro y mi atuendo, pero

ninguno se dignó ofrecerme ayuda para amarrar mi bote. Me las arreglé para hacerlo yo solo y, sin prestar atención a aquellos bellacos, cogí mis sacas y me dirigí con decisión hacia la puerta, ahora abierta, donde esperaba el hombre que me había indicado remar hasta allí.

Era alto, y su cara podría haber sido agradable de no ser por una cicatriz que le recorría la mejilla; tenía el pelo rubio y la piel curtida por el sol y el viento. Sus ropas parecían elegantes, algo raídas pero no tan astrosas como las de algunos de los otros hombres. Llevaba una larga espada al cinto y hablaba bien, aunque con un marcado acento extranjero que me hizo pensar que debía de ser nórdico, quizá sueco, como así fue; porque, del mismo modo que muchos ingleses y escoceses habían ido a servir al gran Gustavo, no pocos soldados de fortuna, suecos o alemanes, habían venido a ayudar a una u otra facción inglesa.

—Bienvenido a Deeping Hold, Maese Leyton —dijo con una cortesía militar que le favorecía—. No son muchas las caras nuevas por aquí y es posible que seamos algo groseros con un forastero. Permittedme que me presente humildemente: soy Eric Guldenstierna, en otro tiempo de Upsala, apodado por mis hombres Gulston de Ningún Sitio, corneta de las tropas de milord, o de lo que *Noll* Cromwell ha dejado de ellas.

El porte de aquel hombre me pareció tan franco y caballeroso que, sin pensarlo dos veces, alargué la mano para saludarle. Pero hice amago de retirarla, pues me vino a la mente que ese sueco, con toda seguridad, habría ayudado a mi primo en sus últimas correrías, y sabe Dios en cuántas más y peores antes. Sin embargo, me dominé y no retiré la mano con más rapidez de la necesaria. No sé si mis ojos llegaron a delatar ese conflicto; Gulston, como le llamaré para abreviar, soltó una irónica carcajada y, dándose la vuelta, me condujo a través del patio del castillo, que tenía una parte pavimentada y el resto era roca viva. Junto a la puerta abierta de la mansión, un moro negro vestido con ropas vistosas tomaba el sol. Sus blancos globos oculares giraron hasta posarse sobre nosotros y después entró con desgana en la casa para anunciar mi llegada al Conde.

CAPÍTULO IV

De mi embajada y cómo me fue

El negro tardaba en llevar su recado, como siempre ocurre con los de su raza cuando no ven el látigo, y para pasar el tiempo me puse a charlar con el sueco. Era bien hablado, había visto mundo y su franqueza militar le sentaba bien. Con todo, me sorprendió apreciar en sus palabras un cierto desprecio por lo que os hombres sencillos consideran bondad. Los que militaban en su propio bando no le merecían ningún respeto, excepto el Príncipe Rupert, del que incluso se reía como de un estúpido que no quería dar a su señor, apocado e indeciso, un golpe en la cabeza y arrebatarle su corona.

—En cuanto a su guerra —dijo sonriendo bajo su barba rubia—, ustedes los ingleses desconocen el significado de esa palabra. *Noll* Cromwell puede disponer bastante bien su orden de batalla y sus santos llevar unas espadas tan largas como sus sermones; sin embargo, ¿dónde es posible encontrar, en cualquiera de las dos huestes, un auténtico soldado que no sea uno de nosotros, hombres procedentes de Alemania o de los Países Bajos? Aquí se ordena a los *Ironsides*^[6] que marchen sobre un pueblo y son incapaces de quemar una choza o raptar una muchacha.

Le respondí que sin duda ésa era la conocida disciplina sueca de la guerra, tal como la había enseñado el mismísimo Gustavo el Grande.

—Oh sí —dijo Gulston en roño jocoso—. Cuando nosotros empezamos éramos una especie de *Roundheads*, aunque no cantábamos nuestros salmos con voz gangosa. Pero el Rey, aunque buen guerrero, era un imbécil, y fuera del campo de batalla mi hombre era el viejo Wallenstein, que de no haberse ido a contemplar las estrellas cerca de los alabarderos de cierto bribón irlandés^[7] habría sido nuestro líder. Wallenstein jamás habría colgado a un hombre por la bolsa de un comerciante o por un asunto de una o dos muchachas. Ustedes no tienen verdaderos soldados ni los tendrán.

Le contesté, me temo que con alguna brusquedad, que si no teníamos tales guerreros entre nosotros, el esparto de nuestras sogas sí era lo bastante bueno para recompensarles por sus acciones; pero volvió a sonreír.

—Olvidé que los hombres dicen que tenéis una parte de *Roundhead* —señaló— y no es precisamente la parte que combate. Pero yo le recomendaría que se guardara sus sermones para cuando esté con el Conde y la Signora. Y citar el esparto podría ser de mal agüero para su excelentísima y pacífica persona.

No hice caso de su sarcasmo porque tenía curiosidad por saber más de la mujer italiana; así que le pregunté si podía decirme algo de ella.

El sueco sacudió sus cabellos y sonrió con ironía.

—Lo que sé se dice pronto —contestó—, y lo que no sé, pero creo, no se dice jamás. Se llama Fiammetta Bardi, y su padre fue herido de muerte por una muchedumbre en Ratisbona. Algunos le llamaban mago, otros sabio. Todo lo que sé es que milord y algunos de los nuestros la privaron de la oportunidad de bañarse en el Danubio y desde entonces ha acompañado al Conde.

—¿Y qué sabéis del final de mi prima, la Condesa? —le dije viendo que era una pérdida de tiempo preguntarle más sobre la Signora.

—Sé que está muerta porque está enterrada —contestó Gulston—; y sé que está enterrada porque yo estuve presente; todo lo demás se lo pueden contar el Conde y la Signora, si quieren. Y ahora debo despedirme, pues veo que el criado moreno regresa. Se llevó la mano al sombrero a modo de saludo y cruzó el patio en dos zancadas. El negro, que se aproximaba con una actitud de mayor presteza, cogió mis sacas y me pidió que le siguiera.

La casa, como ya he dicho, no era grande, porque a sus constructores les había faltado espacio y riqueza para ello. Desde la entrada accedí al comedor, donde no había nadie y el sol de la tarde proyectaba un rayo de luz sobre la gran mesa a través del ventanal

de poniente. La parte superior tenía cristales pintados con el blasón del Conde, plata con un castillo de gules, que yo conocía bien pese a no utilizarlo. Como era costumbre, en la cabecera de la mesa, situada sobre un estrado, había dos hermosas sillas de roble tallado para el señor y la señora del castillo. Mientras la luz caía sobre ellas tuve la extraña visión de una sombra que arrastraba la cola de su vestido y llevaba una mancha roja en el pecho. Me asusté y grité: «¿Qué es eso?», y de inmediato me di cuenta de que era un necio, pues sólo se trataba del juego de la luz sobre la madera teñida con el color rojo del castillo del blasón. Pero al mirar al negro vi que temblaba como si tuviera la malaria y la cara se le había puesto gris de miedo.

—¿La ha visto el señor? —preguntó balbuceando—. Pompeyo la ha visto muchas veces —añadió, y empezó a santiguarse y a farfullar un galimatías que supuse eran oraciones mezcladas con ensalmos paganos, como hacen los africanos.

Le pedí que me condujera hasta su amo y, sin dejar le mascullar, me llevó hasta una puerta situada en el extremo más alejado del salón y señaló hacia ella con un dedo tembloroso; entonces le hice señas para que se marchara y, musitando todavía sus conjuros, abandonó el lugar sigilosamente.

Aunque sabía que no era más que una sombra, aquella visión, unida al temor del negro, me había inquietado de manera extraña, por lo que permanecí un rato junto a la puerta. Pero el recuerdo de los pobres hombres de Marsham, así como las palabras del oráculo de Maese Pentry, volvieron a mi mente, entonces llamé y oí que me invitaban a entrar.

La estancia a la que accedí era pequeña y algo oscura, pues estaba revestida con paneles de roble ennegrecidos por el tiempo. Había una mesa de roble en el centro y, más allá, una chimenea en la que el fuego ardía con viveza. En la habitación se hallaban sólo dos personas, un hombre y una mujer, con los rostros vueltos hacia el fuego; al oírme entrar, el hombre se puso en pie, y reconocí a mi primo, que estaba algo cambiado. Parecía más grueso y más alto que la última vez que le había visto y tenía el cabello ceniciento; pero lo que más me impresionó fue la fiereza de su mirada, que se desplazó con inquietud desde mi rostro hasta los diferentes rincones de la habitación, y pasó sin causa aparente, de la cólera encendida a la inexpresividad más absoluta. Sin embargo, avanzó hacia mí y me dio la mano con un gesto de amabilidad.

—¡Sed bienvenido, primo! —exclamó con una voz que quería ser cordial—, bienvenido cualquiera que sea el motivo de vuestra visita. Permitidme que os presente a la Signorina Bardi, persona ilustrada como vos y capaz de disertar sobre curiosos conocimientos que harían las delicias de los estudiosos de Cambridge.

Mientras decía estas palabras, la mujer se había levantado de su asiento y, como mi primo continuó hablando, tuve tiempo de observarla, cosa que hice con la máxima atención, pues tenía curiosidad por saber si era verdad lo que Maese Pentry me había contado. Tal como él había dicho, no era nada corpulenta ni bella, tenía una estatura inferior a la media y era delgada, pero parecía ágil y bien proporcionada a juzgar por el vestido ceñido que llevaba. Su cara carecía de color y tenía los ojos entornados, muy juntos y algo rasgados al estilo de los orientales. Según llegué a saber más tarde, eran verdes, aunque parecía reacia a abrirlos del todo. Llevaba el pelo recogido bajo una redecilla dorada; era tupido y rojizo, como en las pinturas venecianas, pero más oscuro, por lo que supuse que ese color era natural y no imaginado por los artistas como dicen los viajeros, que afirman que las bellas venecianas nacen morenas. Iba vestida de color rojo oscuro, con bordados en el escote, y no vi que llevara más aderezo que una gran joya roja colgada al cuello, que brillaba como un ascua a la luz trémula de las llamas.

Hice una reverencia y me las ingení para saludarla con una o dos palabras en italiano, tras lo cual sus labios, finos y de color granate, esbozaron una sonrisa y su rostro cambió, de modo que me pareció hermosa por un instante. Su voz era muy musical, con un sonido melodioso que hacía que nuestro idioma (que hablaba con bastante

corrección) resultara muy agradable al oído. Al escucharla estuve a punto de olvidar lo que era, y lo que probablemente había hecho o logrado que se hiciera. Mi primo nos miró con una sonrisa rencorosa.

—Así que también os ha hechizado a vos, primo Hubert —dijo, y sentí que se me subían los colores mientras él se reía—. Jamás os avergoncéis de secundar a quien es cabeza de vuestro linaje —añadió—; pero sentaos y vaciad vuestro fardo de noticias. No, esperad, no es bueno contar una historia con la garganta seca.

Entonces cogió una jarra de vino que había a su lado y llenó una copa veneciana para mí y otra para él, después de que la Signora la rechazara con un movimiento delicado de sus largos dedos.

—Bebed a la salud del Rey, puritano o no, y ahogad vuestra conciencia.

—No es necesario —repliqué—; por el Rey, para que los honores que le corresponden le sean devueltos con felicidad y justicia.

Y vacié mi copa de vino, que encontré demasiado caliente para mi gusto.

—Un brindis propio de un conciliador —bromeó—; os enseñaré otro mejor. Por el Rey, al que maldigo por ser un estúpido que no sabe mandar y no durará.

—Vaya —dije sonriendo (pues no quería enojarle tan pronto)—; por lo que respecta a los deseos, creo que soy mejor *Cavalier*¹⁸¹ que vos, aunque he de reconocer que habéis combatido bien por el Rey.

—Sí, nadie ha combatido mejor —contestó, mostrando los dientes como un perro—, aunque sea yo quien lo diga. ¿Y cuál ha sido mi recompensa? Estar aquí en mi propia casa como un tejón en su madriguera, esperando que los cazadores la ahúmen para obligarle a salir de su escondrijo y echarle los perros.

La mujer suspiró con una especie de hastío desdeñoso y él se volvió hacia ella.

—Y habrá suficientes perros para atacar al gato que habita en la madriguera del tejón, *cara mia*.

Entonces vi el camino abierto para hablarle de mi misión y, aprovechando la oportunidad, dije:

—No es necesario pensar en un fin tan innoble y desdichado para la sabiduría de la Signora y vuestro valor. Tenéis más de león que de tejón, primo; y yo soy el ratón de la fábula que puede libraros del lazo.

Soltó una violenta carcajada.

—Será un plan muy sigiloso, sin duda —comentó—; alguna estratagema de fingida sumisión, cobarde e insignificante, para salvar mi gaznate si acepto cantar salmos con voz gangosa. ¡Por la condenación de todos os bribones neutrales! —exclamó llenando su copa para vaciarla de un trago.

Por naturaleza, soy de temperamento tranquilo y no me ofendo con facilidad; pero su rudeza me asqueó.

—Milord —dije de la manera más calmada que pude—, si sabéis lo que voy a decir antes de que lo diga, es evidente que aquí no hago ninguna falta; sólo me queda aceptar vuestro símil y dejar que el tejón caiga en las fauces de los perros, que sabrán encontrar argumentos más apropiados para su entendimiento.

Al oír esto se irritó y buscó su espada, que yacía envainada sobre la mesa; yo permanecí alerta, maldiciendo su locura y mi propia necedad, dispuesto a sacar el estoque si era necesario. Pero mientras los ojos de mi primo recorrían la habitación se encontraron con los de la mujer italiana y me quedé sorprendido; porque se produjo en él un cambio semejante al que sufre un demonio cuando reconoce a la hechicera o una bestia salvaje cuando ve al domador. El fuego desapareció de sus ojos y su mano soltó el puño de la espada; cuando volvió a hablar, se comportó como un niño a quien se ha reprendido por su falta de educación.

—Os ruego me perdonéis, primo —suplicó—; soy un hombre desdichado y me irrita por nimiedades. Bebed conmigo para mostrar que me perdonáis y sed mi pariente y buen

amigo de nuevo —y volvió a llenar nuestras copas.

Rocé la mía con los labios y la deje en su sitio mientras él vaciaba la suya de un trago.

—Vamos, hombre, sin dejar nada —dijo—; o creeré que me guardáis rencor.

—En absoluto —contesté—; pero vuestro vino es demasiado noble para mi débil cabeza y me gustaría conservar todo mi juicio para servirlos.

—Está bien —replicó con sonrisa irónica—, entonces beberé por vos.

Se disponía a llenar de nuevo su copa cuando la Signora volvió a mirarle con sus ojos rasgados.

—No más, *Filippo mio* —dijo con su voz melodiosa; y apartando la jarra me pidió que siguiera hablando.

—La situación es la siguiente —comencé, sopesando mis palabras antes de pronunciarlas—: os encontráis aquí, con una compañía de hombres desesperados, encerrado en un rincón de las marismas hasta que a los hombres del Parlamento les plazca pensar en vos y os expulsen. Será una tarea dura para ellos, no cabe duda, pero el final es inevitable; además, cuanto más daño les causéis, menos piedad mostrarán. Y tampoco estoy seguro de que vuestros soldados puedan evitar la tentación de entregaros para salvar sus pescuezos cuando vean la partida perdida; en ese caso, sucumbiríais de manera oprobiosa a causa de una simple traición. Ahora bien, si estáis dispuesto a despachar a vuestros hombres para que regresen a sus respectivos países, o se unan a las fuerzas del Rey que todavía resisten, podréis quedaros aquí tranquilamente sin que nadie os moleste. Si preferís que no parezca que os rendís, podéis partir hacia los Países Bajos, donde no faltan ocupaciones honorables para un soldado, y esperar a que todo vuelva a estar aquí como lo dejasteis, cuando el Rey sea restaurado.

Hasta ese momento mi primo había escuchado con paciencia, tabaleando sobre la mesa; pero ahora me interrumpió con una blasfemia.

—¡Por Lucifer! —exclamó—; he dado mi palabra de no irritarme pero esto es demasiado. ¿Qué será de mi casa y mis tierras mientras yo me muero de hambre en los Países Bajos? ¿Esperar a que todo vuelva a estar como lo dejé?, ¡ciertamente! Pero no, encontraré más de lo que deje: ¡media docena de mequetrefes orejudos, hijos del *Roundhead* gordinflón que poseerá Deeping Hold!

—Ni hablar —me apresuré a contestar—; porque yo seré vuestro administrador, primo, y cuidaré de vuestra casa. Vuestros aparceros han jurado respetar el pacto que haga con vos y yo os enviaré vuestras rentas por medio de un mensajero fiel. Es posible que sea un conciliador, pero nadie puede decir que haya faltado a una promesa o robado un cuarto. Y si el Parlamento intentara quitarme la casa, aunque no sé cómo podrían, me las arreglaría para enviaros algo de mi propia hacienda.

Entornó los ojos y me miró.

—¿Y todo eso con qué fin? —preguntó con una sonrisa de desprecio en los labios—. ¿Por qué no quedarme a salvo en mi casa y bailar el agua a *Noll* Cromwell para asegurarme el futuro?

—Primo Philip —le respondí, aunque no resultaba nada fácil hablar con calma—, los pobres hombres de Marsham me han confiado su causa y estoy moralmente obligado con ellos; además, soy de vuestra sangre y linaje, y no me gustaría nada que al Conde de Deeping le diesen un golpe en la cabeza durante una refriega deshonrosa como a un vulgar ladrón. Más aún, aunque no tengo especial motivo para estimar a la Signora Bardi, me molestaría que tanto saber e inteligencia acabaran hundidos en el fango o asfixiados por el humo.

Esto último lo dije para ganarme a la italiana; y sin duda no mentía, pues la superstición bárbara de la brujería había llevado a la hoguera a muchas pobres mujeres que parecían menos brujas que ella.

Noté que mi comentario le había impresionado, porque sus ojos se agrandaron, aunque

no hubo ningún otro signo de agitación en su rostro; pero, pese a su perspicacia, se podía leer su mente. La visión del poste y los haces de leña, que no eran un temor vano, intimidaron a un espíritu incluso tan elevado como el suyo; además, al otro lado del mar estaban las vicisitudes y oportunidades del campamento y la ciudad, las peripecias de la guerra, la política y las intrigas, y la posibilidad de ser la araña en la red de Maquiavelo.

Durante un rato, ambos permanecemos con la mirada fija en el Conde, que estaba sentado en su gran silla, con las piernas cruzadas y tabaleando sobre la mesa. Parecía que él también era capaz de apreciar la sabiduría de mi consejo, pues su ceño fruncido denotaba meditación más que enfado; realmente, era un hombre de buena pasta cuando no le dominaba la fiereza. Por fin, se inclinó hacia adelante y sus labios se separaron como si tuera a hablar. Yo esperaba que aceptara el plan que le había presentado; y así habría sido, pero en el mismo momento en que comenzó a hablar le cambió el talante. Se quedó abstraído, con la mirada perdida en algún lugar encima de la ventana el rostro congelado por el terror. Lo que habría querido contestar no llegó a salir de su garganta, que sólo emitió murmullos difíciles de comprender para mí pero me pareció oírle decir: «¿Por qué habéis vuelto? ¡Yo no os maté! ¿No tenéis piedad en la muerte?») y otros murmurios semejantes, como si hablara con alguien que no podíamos ver. Creyendo que mi primo sufría alguna clase de locura, me volví hacia la ventana, que tenía las armas familiares pintadas en el cristal; por un instante me pareció ver la imagen de una figura blanca, con una mancha roja sobre el pecho, mientras caía el sol de la tarde. Sin embargo, sabía que sólo era el color rojiblanco de la ventana, como había ocurrido antes en el salón. Tampoco podía entender que un engaño visual tan común hubiera impresionado a mi primo, que continuaba sentado en su silla con la cabeza inclinada y susurrando. Cuando se irguió, vi su mirada fija y paralizada, ya no en la ventana ni por el miedo, sino más bien por la desesperación, como si aquellos ojos pertenecieran más a un demonio que a un hombre. Esperaba que se abalanzara sobre mí en un ataque de cólera, pero lo único que hizo fue golpear con fuerza un timbre plateado que había junto a su silla, cuyo tintineo recorrió el salón contiguo. No dijo una palabra más hasta que entró el negro Pompeyo, al que habló al oído durante un momento. Después le despidió y nos quedamos sentados en silencio como antes.

Finalmente, no pude aguantar más.

—Primo Philip —dije—, os he contado mi plan; ¿no podéis darme una respuesta antes de que regrese con quienes me han enviado?

Hizo como si no me hubiera oído; estaba a punto de preguntarle por segunda vez cuando llegaron hasta mis oídos unos golpes sordos como los de un hacha o un martillo sobre la madera. El Conde dio un respingo en su silla y una sonrisa malvada apareció en sus labios.

—Ahí tenéis la respuesta, primo —dijo en tono despectivo—. He ordenado que hagan leña menuda con vuestro batel de estado, pues podemos necesitarla durante las brumas otoñales. Estoy dispuesto a permanecer aquí hasta que ocurra lo que tenga que ocurrir; y en vista de que no esperamos una gran afluencia de gente, me alegraría que vuestra erudita compañía nos ayudara a pasar el tiempo. No deseo separarme a la ligera de mi único pariente; es posible que la comida sea algo vulgar, pero podéis contar con la hospitalidad de un soldado.

Sus afables palabras rezumaban sarcasmo; y el hecho de que el desenlace de mi misión fuese acabar convertido en prisionero de mi primo y sus rufianes me indignó. Me puse en pie de un salto y, mirándole a la cara, dejé caer la mano sobre la empuñadura de mi estoque; pero ni se inmutó.

—Me parece que habéis olvidado que soy un embajador bajo bandera de paz —señalé— y que debo dar una respuesta a quienes me han enviado.

—¡Oh sí! —exclamó en tono burlón—; había olvidado que sois el heraldo de Su Majestad Eldad Pentry, por la gracia de Belcebú, remendón y predicador de las ratas de Marsham. Quedad satisfecho, mi muy puntilloso primo; dentro de unos días les llevaré mi respuesta en persona y vos estaréis cerca para oírla. Hasta ese momento, y acaso más tarde, debéis ser mi invitado; mientras se aproxima la hora de cenar, Pompeyo os mostrará vuestros aposentos.

Y volvió a golpear la campanilla.

No podía marcharme así, y empecé a suplicarle de nuevo que considerara mis consejos y evitara, a sí mismo y a los demás, un destino fatal. Desesperado porque no me contestaba, me volví hacia la mujer italiana y, pensando que ella tendría más influencia sobre él que yo, le rogué que uniera su voz a la mía. Pero al oír sus primeras palabras los ojos del Conde se llenaron de ira y dio un golpe en la mesa con el puño.

—¿Cómo? ¿Tú también? —exclamó al estilo de César dirigiéndose a Bruto en el momento de su muerte—. Quieres que parta hacia los Países Bajos para abandonarme por un galán más rico o contratar a alguien que me envenene. No, ¡por Dios! Os quedaréis los dos aquí y compartiréis mi final. Ni una palabra más, primo, o llamaré a Gulston y a un grupo de mosqueteros para que os coloquen contra la pared y os fusilen como a un traidor *Roundhead*. Es posible que sea un hombre desesperado, pero todavía soy el Señor le Deeping Hold; dispongo de hombres que cumplen mis órdenes y de suficientes reservas de pólvora para volar todo antes de que llegue el fin. En cuanto a ti, Fiammetta...

Al decir esto se volvió hacia la italiana y la miró, y ella le devolvió la mirada; los ojos de la mujer eran como los de una serpiente hechizando a un pájaro para que revolotee hasta su boca. Sin embargo, mi primo no bajó la vista como antes, sino que sus ojos brillaron de manera extraña, como los de una bestia en medio de la noche, hasta hacerla temblar y apartar la mirada.

En ese momento entró Pompeyo, y el Conde le ordenó, mientras sonreía a la Signora, que cogiera mis sacas y me condujera a mis aposentos.

Seguía dispuesto a no rendirme, pero cuando intenté hablar la mujer me hizo una brusca seña para me fuera; me di cuenta de que su actitud era más sabia que la mía, pues mi primo estaba dominado por un demonio.

Así pues, tras un saludo que pasó desapercibido, seguí al negro a través del salón, donde la luz incidía por encima de las sillas, y crucé el patio; en mi cabeza, a pesar del enojo por la traición de mi primo y el desprecio hacia mí mismo por haberme dejado atrapar tan fácilmente, volvieron a resonar los antiguos versos del libro:

Cuando el Señor de Deeping Hold
al Maligno haya vendido su alma...

Y me puse a pensar en las negras profundidades del Agujero y en la espiral gris que había visto culebrear desde sus entrañas.

CAPÍTULO V

De la señorita Rosamund Fanshawe y mi conversación con ella

Seguí al perezoso Pompeyo a través del patio, caminando tan despacio como él, pues estaba angustiado por el fracaso de mi embajada y me parecía que mi propia insensatez había desencadenado nuevas desgracias. No obstante, por más que buscaba, era incapaz de encontrar cómo podría haberme expresado mejor o actuado más sabiamente. Era seguro que mi plan había resultado aceptable a mi oponente, la mujer italiana, cuya suerte estaba ligada a la de mi primo; y él tampoco lo había tomado tan mal hasta que tuvo aquella visión en la ventana, aunque a partir de ese momento se había comportado como si estuviera poseído por un demonio. Pero no pude irritarme con él del mismo modo que con un extraño, porque empezaba a comprender que el sino de aquel hombre le hacía ser arisco y perverso, igual que al Faraón, a quien Dios le endureció el corazón para que no dejara marchar al pueblo de Israel. Como si alguien me hablara al oído, supe que debía esperar y contemplar el final sin interferir más en los inescrutables juicios divinos.

Cuando llegué a mis aposentos, que consistían en una pequeña cámara entre las paredes de la torre, enrejada como una mazmorra pero amueblada bastante bien para alguien nada inclinado a una vida regalada, me cambié de ropa y miré por la ventana hacia las marismas, en las que el mar había bajado aunque seguía oyéndose su chapoteo a los pies de la torre. El sol, grande y bermejo, comenzaba a ocultarse tras las colinas, y las charcas cenagosas mostraban un intenso color rojo como si en ellas hubiese tenido lugar una carnicería; sobre las aguas se veía una gran nube, parecida a un monstruo que arrastrara sus largos brazos y sus garras por el cielo. Salvo por el paso medido del centinela, y el sonido metálico de su pica contra la piedra cuando daba la vuelta al final de su ronda, la tarde era extrañamente tranquila. Aburrido de mis propios pensamientos y con la esperanza de hablar con alguien, bajé los gastados escalones de piedra que conducían al patio, aunque todavía no era la hora de cenar.

Supuse que los hombres de la guarnición estarían cenando, pues las puertas se encontraban cerradas y no había nadie a la vista a excepción de un centinela en cada muralla. En una habitación del castillo podían verse dos ventanas iluminadas, de las que procedía el sonido de una conversación ruidosa, con risas estridentes, y en una ocasión surgió un grito de mujer, que no era de terror. Creyendo que quizá podría tropezarme con el sueco o con algún otro tipo de los de mejor pelaje, me quedé por allí; y no me equivoqué, pues enseguida salió Gulston de su alojamiento, cercano al cuarto de la guardia, y me saludó con bastante corrección. Nos pusimos a charlar sobre las guerras de Alemania, porque creí más seguro hablar de ese tema que de nuestras propias preocupaciones; logré entretenerle con estrategias de guerra tomadas de Tito Livio y Polibio, y pude comprobar que le entusiasmaba escuchar y era avisado, aunque poco instruido. Por su voz deduje (ya que era imposible leer su rostro en la penumbra) que su desprecio hacia mí se había atenuado al oírme hablar con conocimiento sobre el orden de batalla; además, tuve la precaución de condescender con él como con una persona de gran experiencia, pues, a decir verdad, sus palabras eran a menudo muy pertinentes. Estábamos charlando sobre la combinación apropiada de alabarderos y mosqueteros, cuando oí unos pasos en los escalones de la torre y me callé para ver quién era; el sueco soltó una carcajada.

—Sólo es el espectro de la fiesta —dijo con su sonrisa acostumbrada—; el fantasma blanco vestido de negro, que se sienta a la mesa, nunca habla y apenas come. Me refiero a la prima de mi difunta Señora, la señorita Rosamund. Quizá le dirija la palabra, porque vos no sois uno de los nuestros. Yo, por mi parte, estoy cansado de verla, aunque es muy frecuente que desaparezca durante varios días. Os presentaré.

Pero no hicieron falta sus buenos oficios, los cuales, me temo, hubieran sido de poco valor con la señorita Fanshawe. Porque mientras ella permanecía indecisa en la puerta

de la torre, apareció un rufián de la guarnición, borracho, que había sido enviado con la cena del centinela y venía haciendo esos por el patio; bien porque la confundió con una doncella, bien porque había bebido demasiado para poder distinguir nada, el tipo la agarró por el brazo e intentó besarla. Ella consiguió librarse dando un grito de repugnancia más que de miedo, pero él la persiguió, y como el alcohol estaba en su cabeza y no en sus piernas, logró acorralarla en un rincón de la muralla; cuando estaba a punto de atacarla de nuevo, corrí en su ayuda y, cogiendo al bribón por el cuello, lo eché a un lado. Entonces profirió un par de juramentos, desenvainó su espada y se fue a por mí; la señorita Rosamund pidió ayuda a voces, pero el sueco permaneció impassible, mofándose.

Yo también desnudé mi arma, pues desconocía la habilidad de aquel hombre en el arte de la esgrima; pero en cuanto vi la rudeza con que manejaba la espada, desdeñé la posibilidad de herirle y practiqué una treta que había usado a menudo con mis inexpertos amigos de Cambridge. Manteniéndole alejado algunos pasos, hice como si abriera la guardia y, cuando se lanzó hacia mí, desvié la hoja de su espada por debajo de mi brazo izquierdo y trabé su empuñadura con el costado al tiempo que con la mano derecha ofrecía la punta de mi estoque a su garganta. El tipo soltó la espada y retrocedió tambaleándose, con tan mala fortuna que tropezó con el talón en una piedra y cayó al suelo; y así se quedó, embobado. Tras esto, Gulston se rió sorprendido y se acercó a mí.

—¡Espléndido, puritano! —exclamó—. Verdaderamente, para ser hombre de paz, tenéis cierta destreza con vuestra arma. Pero ¿por qué no matasteis a este bellaco? —preguntó antes de dar un puntapié a aquel hombre, que todavía estaba aturdido por la bebida y la caída. Y añadió:

—Giles Warner, ¡levántate y dame tu espada!

Cuando el tipo obedeció, Gulston le dio un golpe en la mandíbula con el puño del arma y los dientes le castañetearon. Luego, ordenándole que envainara su espada y jamás volviera a sacarla hasta que hubiera aprendido a distinguir entre la empuñadura y la punta, le condujo al cuarto de la guardia y me dejó a solas con la señorita Fanshawe.

La dama había permanecido inmóvil en la penumbra después del primer grito, pues (según me dijo más tarde) se dio cuenta de que el hombre no podía herirme; pero luego se acercó a mí y me puso la mano en el brazo. Sus primeras palabras me sobresaltaron, pues parecían un eco de la pregunta del sueco.

—¿Por qué no le matasteis? —dijo de repente, y vi brillar sus ojos bajo la sombra de su capucha.

La dureza de sus palabras me impresionó de manera extraña, pues su voz era dulce y suave y no parecía apropiado que ella hablara con tal ira y odio; al principio balbuceé y me fue imposible encontrar palabras para responderle. Además, tampoco sabía cuáles eran los sentimientos de cólera o pesar que le habían perturbado hasta entonces. No obstante, logré decir algo así como que aquel tipo no era más que un pobre borracho y no merecía la muerte por su torpeza; pero ella me interrumpió como si estuviera fuera de sí.

—¡Oh! —exclamó—, si yo fuera hombre, los mataría a todos, ¡a todos! Pero vos sois tan frío como los demás y no tenéis agallas para vengar un agravio.

—Si no me hubiese parecido tan fácil —dije, pues no quería que me considerara mejor de lo que era—, tal vez habría encontrado el valor necesario para herirle.

A decir verdad, sólo habría tenido que tender la punta de mi espada para que él se echara encima.

—Pero me alegro de haberle perdonado la vida aunque sólo sea por desprecio —añadí—; porque no es bueno derramar sangre por una disputa privada cuando Él ha dicho: «A mí la venganza, yo haré justicia».

—¡Oh! —exclamó débilmente, como si un sollozo se entremezclara con sus palabras—;

los hombres son todos iguales, y cuando una mujer es agraviada sólo saben aconsejar paciencia y hacer un comentario jocoso o soltar una cita como quien arroja calderilla a un mendigo. Estoy harta de ellos.

La brusquedad de su lenguaje contra mí, aunque seguramente era fruto del funcionamiento de un cerebro sobreexcitado, me impresionó de manera singular, pues pensé que si la otra persona del castillo —no diré virtuosa, pero no entregada del todo a la iniquidad— me interpretaba mal, aquello podía presagiar lo peor para nosotros dos. Además, no sé por qué, me llegó al alma que me hubiera tildado de frío e insensible a su adversidad, tanto más cuanto que me sabía una persona de espíritu timorato. Cuando estaba a punto de darle explicaciones para que me disculpara, la gran campana de la torre anunció la hora de la cena y la señorita Fanshawe, recogiendo las faldas, se apresuró a dirigirse al salón y no pude hablar con ella hasta que estuvimos dentro.

Mi primo acompañaba a la Signora hasta la silla de respaldo alto situada junto a la suya, donde la Condesa acostumbraba a sentarse y la luz del sol había trazado la figura de un fantasma con sangre en el pecho hacía solo unas horas. La señorita Rosamund observó a la Signora mientras se sentaba y me pareció percibir un profundo desprecio en los ojos de ambas. El Conde me saludó de manera afable y me presentó a la señorita Fanshawe como a una invitada distinguida; después, hizo que me sentara al lado de la Signora y ensalzó mis virtudes como pariente y erudito. Ella tampoco fue parca en adulaciones y palabras agradables, para las cuales tenía una habilidad muy superior a la habitual entre las mujeres, y me fue difícil recordar que había sido hecho prisionero por falta de lealtad. Pude ver que la señorita Rosamund me miraba con desdén mientras fingía prestar atención al discurso ramplón de Gulston, nuestro único acompañante en la mesa. La comida era poco apetitosa, con sabor a rancho militar, aunque bien servida por Pompeyo y dos soldados, que eran los criados del Conde: sólo el sueco, habituado a las dificultades de la vida, comía y bebía con avidez, como quien espera no volver a disfrutar de otra comida hasta después de mucho tiempo. Había buenos caldos de la Gascuña y de las islas Canarias, aunque mi primo prefería el vino español y bebía más que comía; la Signora probaba con melindre algún que otro bocado mientras la señorita Rosamund se limitaba a aparentar que comía. Mi primo no se había olvidado de ella y, de pronto, con una amabilidad que no parecía en absoluto fingida (porque su humor cambiaba como el viento), se inclinó hacia adelante y llenó su copa con vino de la Gascuña, pidiéndole que bebiera a la salud de su honorable invitado y primo común de ambos; después ordenó a Pompeyo que me sirviera vino para que pudiera devolver el brindis, bebió a mi salud y pidió a la Signora que hiciera lo mismo. Pero ésta se excusó con delicadeza, diciendo que le correspondía a mi pariente brindar antes que a ella, que era sólo una simple extraña. En cuanto al sueco, no había podido esperar a las refinadas reglas de protocolo y, tras saludarme con un movimiento de cabeza, había vaciado su copa de un trago tan pronto vio los labios del Conde rozar la suya.

Observe que a la señorita Rosamund la había indignado la falsa humildad y deferencia de la italiana, y su semblante pasó de la palidez al sonrojo cuando vio que todos los ojos se fijaban en ella. Sin embargo, logró controlar su indignación y alzó la copa rebosante con mano firme.

—Me parece, señorita Bardi —comenzó con frialdad, dejando caer sus palabras con lentitud como haría un médico con una medicina amarga—, que si habéis sido capaz, de vencer vuestra humildad para sentaros en la silla de mi difunta prima, bien podríais aventuraros a brindar antes que la afligida pariente de milord. No obstante, no sólo no os contrariaré, sino que incluso brindaré por mi buen primo como corresponde a sus méritos y le desearé muchas veladas tan alegres como ésta.

El Conde frunció el ceño y murmuró algo mientras la italiana miraba a la señorita

Fanshawe entornando los ojos; pero Gulston intervino con una de sus sonoras carcajadas y nos pidió que hiciéramos chocar las copas según la costumbre alemana. Mi prima se puso en pie con una sonrisa y alargó su copa sobre la mesa. Yo hice lo mismo y, no sé si casualmente o adrede, pues tampoco quiso aclarármelo después, ella estrelló su copa contra la mía con tal fuerza que ambas se rompieron y el vino le manchó el vestido de rojo sangre.

El Conde se levantó de un salto, con el rostro descompuesto como el de un loco, y estalló en un torrente de maldiciones y palabras soeces que no me atrevería a repetir aunque las hubiese oído con claridad; entonces cogió un cuchillo de la mesa y mostró su intención de clavárselo a la señorita Rosamund, que permaneció inmóvil con el pie de la copa en la mano y sin retroceder. Antes de que yo pudiera reaccionar, la Signora agarró la muñeca de mi primo e hizo una seña a Gulston, que se acercó a él y le quitó el cuchillo. Ya casi había recuperado la cordura y estaba avergonzado de haberse dejado dominar por la cólera en su propia mesa —acaso más avergonzado de lo que hubiera estado por faltas mucho peores, pues era hospitalario como la mayoría de las personas desprendidas.

—Primo Hubert, y vos, señorita —dijo mirando a la joven, que no respondió—, últimamente estoy de muy mal humor y cualquier cosa me altera. Ruego me perdonéis si os abandono antes de lo previsto.

Volvió a mirar la mancha del vestido y un fuerte escalofrío recorrió su cuerpo. El sueco, ayudándole a levantarse, le acompañó hasta la puerta; la Signora les siguió, y la señorita Fanshawe y yo nos miramos a través de la mesa sin movernos. Pompeyo, como si ya conociera estas situaciones, cogió la jarra de vino español y se dirigió a los aposentos de mi primo mientras los sirvientes recogían la mesa porque la cena había terminado. La señorita Rosamund no se movió ni habló hasta que hubieron barrido los trozos de vidrio y retirado el mantel, y nos quedamos solos.

—Lo siento por vos, primo —dijo—; aunque esta noche milord está más agitado que de costumbre, es posible que asistáis a ataques de ira semejantes en días venideros. Debería haberme quedado en mi cámara, pues tengo la desgracia de irritarle con frecuencia. Lástima que la señorita Bardi fuera tan rápida; de lo contrario se habría librado de mi compañía para siempre y vos habráis podido hablar de los poetas italianos con ella, que tanto disfruta con vuestra erudición.

El desdén con que dijo esto me dolió en el alma y estiré mis brazos hacia ella con vehemencia.

—¡Por todos los santos! —exclamé—, ¿por qué tenéis tan mal concepto de mí? Soy como un hombre al que han arrojado a una mazmorra oscura, en la que oye un siseo de serpientes y no sabe dónde pisar. Dios sabe que no pretendía hacer este viaje y que vine con la única voluntad de ayudar a la pobre gente de Marsham a salir de sus apuros; ahora mi intervención lo ha empeorado todo, pero mi intención era buena. Aquí soy un prisionero como vos, prima, y no un adulador ni un parásito dispuesto a aguantar el humor de los malvados. Pero ¿qué le voy a hacer? Debo hablarles con cortesía o pondré en peligro no sólo mi propia vida, sino otras más importantes; puede que sea cobarde, pero soy un hombre leal, y si pensáis que soy un villano me volveré loco.

Mientras hablaba, al principio me miró con frialdad, por lo que su desdén me hizo ser más vehemente de lo que era mi costumbre y casi llegué a llorar; mas cuando ya desesperaba de ganar su confianza, vi que el semblante le cambiaba de un modo maravilloso, los ojos se le hacían más grandes y oscuros y su pecho se agitaba como si se ahogara por falta de aire. Parecía que iba a romper a llorar, y eso es lo que quizá hubiera hecho cualquier mujer sin tanta nobleza. Sin embargo, se limitó a ofrecirme sus manos, que yo, complacido, estreché entre las mías.

—Primo Hubert —dijo, y me agradó que recordara mi nombre—, perdonadme que

dudara de vos. En esta casa de muerte, donde los hombres murmuran por los rincones, no sé quién es amigo o enemigo, apenas distingo un ser vivo de un fantasma o un diablo y creí que erais otro espía como el sueco.

Le hice una seña para que guardara silencio, pues la puerta del aposento del Conde se había abierto con sigilo y salía Gulston. No sé si el sueco llegó a escuchar las últimas palabras, pero cuando vio que le estábamos observando se acercó con aire despreocupado, tarareando una canción, mientras Pompeyo corría la cortina tras él.

—¿Qué, todavía discutiendo? —preguntó con ligereza.

A la vista de la situación, podíamos ser tanto amigos como enemigos, pues dudo que el desorden de mi cerebro se reflejara en mi rostro.

Al escuchar sus palabras se me ocurrió que podía ser conveniente dejar que siguiera en su error, pues le consideraba más astuto que malvado. Por eso, de acuerdo con su conjetura, y pensando que no juzgaría a un simple hombre de letras capaz de ser lo bastante sutil para fingir, le contesté con rapidez.

—En absoluto —dije—, me niego a discutir por el mal genio de una mujer, aunque me ha costado una copa llena de buen gascuña. Sólo le estaba diciendo a la señorita Fanshawe que milord tenía sobradas razones para enojarse y que, incluso en Cambridge, me molestaba ver cómo se desperdiciaba de forma innecesaria el buen vino, pues es posible que llegemos a necesitarlo cuando el castillo sea asediado.

Añadí otras cosas semejantes que no recuerdo ni merece la pena citar, pero que servían a mi propósito. Al principio, el rostro de la señorita Rosamund, que yo podía entrever a la luz de la vela, y el sueco no, por estar detrás de ella, mostró tensión y desprecio por mi osadía al reprenderla, y temí que su mala opinión de mi persona se impusiera de nuevo. Pero al cabo de un rato sus ojos se iluminaron y sonrió para indicar que había comprendido mi táctica. Con el mismo tono frío de antes, aunque con un mayor desdén que yo sabía fingido, me espetó que me guardara mis reprimendas para los mozos de comedor de Cambridge y mis excusas para aquellos de los que esperaba favores, dicho lo cual salió del salón hecha una furia y me dejó a solas con Gulston.

—¿Veis como es cierto lo que dije? —comentó el sueco mesándose su amarillenta barba—; esta noche está hecha una fiera, aunque me asombra que vos la hayáis alterado tanto. Si hubiéramos tenido una muchacha semejante en el campamento de Alemania la habríamos domado pronto; pero milord es demasiado considerado con las mujeres y la joven tiene cierto parecido con su difunta esposa, aunque puedo aseguraros que no es ninguna santa. Si queréis conservar la cara libre de arañazos, haríais bien en rehuir a la señorita Rosamund.

De ello deduje que el sueco había intentado entretenerse con picardías, a la manera de los de su clase, y se había encontrado con el recibimiento que me podía imaginar; y ese comportamiento no mejoró mi opinión de él.

—Bueno —repliqué con tranquilidad—, no estoy enfadado, sino entristecido de ver a una persona tan joven y agradable con una mente tan díscola; estoy dispuesto a persuadirla para que su temperamento sea más dócil y femenino. Y no quisiera que le hicierais daño, aunque os provoque; es un rehén como yo, y está comprobado que los rehenes hacen que la impaciencia por atacar una plaza sitiada disminuya, e incluso salvan a quienes les retienen cuando éstos están en apuros.

Recogió mis palabras tal como yo pretendía, y se puso a jugar caprichosamente con la empuñadura de su espada mientras salíamos del salón.

—¿Creéis entonces que nos van a asediar? —preguntó con cierto nerviosismo.

—A menos que las fuerzas del Rey se recuperen, es muy probable —respondí—; los generales del Parlamento sin duda sabrán de nosotros y enviarán sus tropas a atacarnos.

—¡A atacarnos! —repitió—. Vos no sois de los nuestros, sino más bien de su bando, y

no tenéis nada que temer.

—Perdonad —dije sonriendo—, pero nunca he oído decir que una bala de cañón tenga la delicadeza de elegir dónde o a quién debe golpear, ni que los rehenes se hayan cebado mientras la guarnición se muere de hambre. Antes bien, espero ser devorado el primero cuando las provisiones falten. Y no soy un *Roundhead*, pues el propio Cromwell me pidió que sirviera a su lado y no quise. Sería muy capaz de dejarme morir aquí y demostrar su amistad hacia mí ideando nuevas formas de agonía para vos y vuestros hombres.

—Vuestras palabras tienen algo... —murmuró mientras se volvía hacia la puerta de su alojamiento—. He de hablar con vos otra vez, pero no ahora, pues Pompeyo está en la puerta de la casa y espía a la Signora y a los demás por encargo de milord, o a milord y a los demás por encargo de la Signora, una de dos. ¡Buenas noches!

Dicho esto, se marchó y yo me fui a mi cámara, complacido de haber ganado algún terreno y con la esperanza fervorosa de poder salvar a la señorita Rosamund y a mí mismo a pesar de mi primo, y a éste a pesar de sí mismo.

Llegué hasta la puerta de la torre, donde una tea encendida alumbraba la escalera, y cuando iba a cruzarla oí una voz débil que me llamaba desde la penumbra de la pared. Enseguida supe que era la señorita Rosamund.

—Sólo tenemos un momento, porque la guardia vendrá pronto —susurró con rapidez—. ¿Hice bien la fiera ante aquel sabihondo, primo? ¿Hemos logrado despistar al sueco?

Le dije que sí, al menos eso creía, y que parecía haber disensiones en la guarnición y esperanza de conseguir algo ventajoso; le pregunté cómo la trataba el Conde y si había algún modo de escapar del castillo.

Contestó, apresuradamente y buscando a la guardia con la vista, que no la trataban mal y que tenía a una muchacha, la hija del herrero de Marsham, a su servicio, pero que tenía miedo de milord y de la Signora, sobre todo de esta última, pues se dedicaba a la hechicería y quizá también a los venenos, y sin duda había urdido la muerte de la Condesa por medio de sus propias artes y la violencia del Conde.

—Me dijeron que había muerto de una hemorragia —señaló entre sollozos—, y la verdad es que llevaba mucho tiempo con achaques. Pero no vi cómo murió; aunque, si no fue asesinada ¿por qué sufrió milord un ataque de locura cuando vio el vino derramado o aquella sombra sanguinolenta en su silla? Primo, si no me sacáis de esta maldita casa acabaré loca.

—¡Ay! —exclamé—, el bote en el que vine está hecho astillas, y si intentáramos nadar hasta tierra nos perderíamos y nos hundiríamos en el fango; pero espero poder formar un grupo con hombres de la guarnición o encontrar a alguien que a cambio de prometerle dinero o respetarle la vida nos proporcione un bote. No veo otra esperanza, salvo en la mano del Señor y en nuestra paciencia.

—¡La mano del Señor! —exclamó con más tristeza que burla—. Nada de eso; si tenemos que esperar a que los cielos se abran y caiga fuego sobre los malvados podemos morir de viejos. Y no me pidáis paciencia, pues he visto cómo acabaron la piedad y la resistencia de mi prima.

Me dio pena escuchar palabras tan rebeldes de su boca y estaba dispuesto a convencerla de que debía cambiar de actitud; pero antes de que pudiera pensar algo que decirle, oí ruido de armas y unas fuertes pisadas que cruzaban el patio.

—¡Viene la guardia! —susurró— y no deben vernos juntos. Buenas noches, primo —añadió cogiéndome la mano y soltándola con rapidez para subir las escaleras en silencio. Yo la seguí más despacio, recorriendo a tientas el camino hasta mi cámara.

Cuando encendí una vela y miré alrededor, observé que la llave había desaparecido de mi puerta y no había modo de cerrarla desde dentro. Sin embargo, recordé que había un cerrojo que ofrecía cierta seguridad ahora que todas las personas de la casa, menos

una, podían considerarse enemigas. Así que, sin otra cosa que hacer, me dispuse a acostarme; antes de tumbarme, oí ruido de pasos en la escalera y vi el resplandor de unas antorchas por la rendija de la puerta. Alguien metió una llave en la cerradura y la giró, y entonces supe que iba a ser un auténtico prisionero hasta la mañana siguiente. No obstante, me acerqué a la ventana y la abrí para ver si por casualidad había alguna salida; pero los barrotes eran demasiado estrechos para que un hombre pudiera deslizarse entre ellos y, aunque corroídos por el viento marino, parecían gruesos y fuertes y estaban bien sujetos al muro. Permanecí así durante un rato, contemplando la noche, cuyas estrellas estaban veladas por la bruma y soplaba una fría brisa terral. Al final cerré la ventana, pues me pareció percibir el olor del limo del Agujero, aunque es probable que fueran algunas algas o peces muertos depositados por la marea junto a la muralla del castillo.

CAPÍTULO VI

Del final de Maese Eldad Pentry

Siempre he dormido mal en una cama extraña y mi primera noche en Deeping Hold fue una noche inquieta, aunque no hubo más ruido que el rumor del agua al pie de la muralla y, de vez en cuando, los pasos del centinela durante la ronda. Pero me fue imposible tranquilizarme y descansar. En mi duermevela, cualquier sonido me hacía pensar que unos hombres venían a asesinarme; me despertaba sobresaltado y cogía mi estoque, que colgaba del cabecero de la cama, hasta que me daba cuenta de que no había ningún motivo para el terror, pues mi primo no necesitaba actuar a escondidas si pensaba quitarme la vida. Cuando por fin conseguía dormir, me asaltaba alguna pesadilla espantosa y me despertaba gritando, sin poder recordar lo que me había asustado.

Al final pude conciliar el sueño y no me desperté hasta que el sol estaba bien alto sobre el mar y la mañana era tranquila y hermosa. Mientras me vestía con presteza, el mundo me pareció un lugar agradable para vivir. Además, cuando probé a abrir la puerta, ésta cedió con facilidad y salí al patio sin que nadie me dijera nada. Los hombres iban de acá para allá, acarreando madera y agua, o salían decididos a pescar y a cazar ánades, y su aspecto no parecía tan infame como el día anterior. No sé si se fijaron en mí, pues no hicieron el menor comentario jocoso, por lo que pensé que el Conde (al que temían) les había dado orden de tratarme con cortesía, o el tipo al que había vencido la noche pasada les había contado algún cuento sobre mi habilidad con la espada. Así pues, estuve deambulando con bastante agrado por el patio durante un rato hasta que Gulston salió y me dijo que le acompañara a desayunar al salón, donde estuvimos solos mientras Pompeyo nos servía. Hablamos con la precaución necesaria para que el negro no nos oyera y, cuando acabamos, salimos de nuevo al patio. Quería tantear al sueco sobre la posibilidad de lograr un trato con los hombres de Marsham, pero a la primera palabra Gulston me hizo un guiño para que mirara hacia la puerta de la casa, donde Pompeyo tomaba el sol. Cuando alcé la vista por encima del negro, vi una cortina descorrida y el rostro de la Signora, quien, al darse cuenta de que la habíamos visto, nos sonrió y saludó con una inclinación de la cabeza.

Juzgué, por tanto, que debía esperar una ocasión más apropiada para conversar con Gulston, si es que se podía confiar en aquel hombre. Comenzamos a hablar de otras cosas hasta que él dirigió la conversación hacia cuestiones de esgrima y me preguntó por mi maestro italiano, pidiéndome que le enseñara, con el estoque envainado, algunos de los recursos aprendidos en la escuela, cosa que me dispuse a hacer para que la italiana no sospechara. Después de enseñarle una estocada o dos, apareció mi primo y se acercó a saludarme; cuando vio nuestro juego, dijo que nada le agradaría más que le sacaran un par de floretes y cruzar el hierro de modo amigable conmigo, con Gulston como juez. El Conde manejaba el arma bastante bien para ser un soldado, aunque mostraba más fuerza que arte y era más temerario que el sueco, siempre sereno y vigilante; en cambio mi primo se impacientaba con facilidad, pretendía desarmarme a golpes y desperdiciaba su fuerza dando tajos al aire. Pero tenía aptitudes y gozaba con el ejercicio; le enseñé un par de ingeniosos movimientos de quite y respuesta, aunque nada le dije de la estocada Favorita de mi maestro italiano que tanto me había costado perfeccionar, pues pensé que podría ser conveniente reservarla para defenderme cuando el Conde estuviera poseído por su demonio.

Al poco rato se cansó del combate, pues era muy inconstante, y se marchó a sus aposentos; yo me retiré, algo acalorado, para descansar y ver si por casualidad me encontraba a la señorita Rosamund. Pero no la vi hasta la hora de la comida, durante la cual no pudimos hablar con libertad, ya que siempre estuvimos vigilados por mi primo y la Signora o por uno de sus criados. De modo que me puse a hablar de los cuadros y los poetas italianos, los secretos de la naturaleza y los misterios de la alquimia, aunque

en esta última mi curiosidad es mayor que mis conocimientos. Así fue pasando el día. Los soldados del Conde regresaron con sus peces y sus ánades, y yo seguí sin aproximarme lo más mínimo a mi objetivo. Sólo a la hora de la cena logramos conversar con menos reserva; mi primo habló de nuestro lance con los floretes aquella mañana, expresando su deseo de que hiciéramos lo mismo al día siguiente, y la señorita Rosamund se dio el placer de burlarse de mi habilidad mientras el Conde la alababa, una manera excelente de afianzarle en el error de que sus dos primos estaban reñidos. Cuando ella dijo que era una locura por mi parte enseñar a otro mis secretos de defensa, me reí y contesté que aún conocía una o dos estocadas que podían sacarme de un apuro. Alcé la vista y vi que la Signora me miraba con atención, de manera extraña, como si estuviera tramando alguna sutil estratagema. Pero no dijo nada y la cena transcurrió sin que se produjera ninguna discusión, pues mi primo estaba más alegre de lo que era usual. Cuando la señorita Fanshawe se marchó a su habitación y Gulston se fue a resolver cierto asunto de la guarnición, el Conde me pidió que entrara a jugar una partida de ajedrez con la Signora, pues él también estaba ocupado. Entre movimiento y movimiento empezarnos a charlar; aparte de otras cuestiones, me preguntó sobre el Lord General Cromwell y su amistad hacia mí, a lo que respondí con verdad, quizás exagerando un poco el valor de la amistad que el general me profesaba. Porque, para ser sinceros, una vez alcanzado su esplendor, Cromwell nunca encontró ocasión para recordar mi nombre, lo que hería mi vanidad pero podía favorecerme cuando el Rey Carlos, que en ese momento dominaba la situación, fuera restaurado en el trono de su padre. No jugamos durante mucho tiempo, pues mi primo regresó y dijo que debía acostarse temprano; así que me retiré a mi habitación y, como esa noche nadie echó la llave después de mi llegada ni la guarnición hizo el ruido habitual, pronto me quedé dormido como un tronco.

Al rayar el alba me desperté sobresaltado, pues la puerta se abrió de repente y media docena de hombres con petos y espaldares, armados de espadas y mosquetones, rodearon mi cama y me ordenaron que me levantara y les acompañara. Mientras me preguntaba qué podía augurar todo aquello, salí de la cama y me puse mi ropa de viaje, de prisa y corriendo bajo la luz de la antorcha que uno de ellos llevaba, les pregunté sobre el propósito de su premura, pero no dijeron palabra; sólo cuando iba a ceñirme la espada, uno de ellos puso la boca de su mosquete contra mi pecho y me dijo que dejara el estoque, cosa que hice, pues habría sido una insensatez discutir con ellos. Cogí mi capa, porque el aire era frío, y bajé escoltado hasta el patio; allí estaba reunida la mayor parte de la guarnición, y el Conde, con una cota de piel y una coraza, les daba órdenes.

Se me ocurrió que tal vez pretendía llevar a cabo su amenaza de fusilarme por traidor, aunque no sabía qué nuevo motivo de rencor podía tener contra mí; y fue una desagradable coincidencia encontrarme frente a una fila de rufianes con teas encendidas. Las primeras palabras de mi primo disiparon mis temores.

—Buenos días, primo Hubert —dijo dirigiéndose a mí—. Debo excusarme por haber roto vuestro dulce sueño, pero el tiempo y la marea no esperan a nadie y debemos aprovechar ésta para llevar nuestra respuesta al Rey Eldad I de Marsham y a sus amados súbditos; vos, como embajador suyo, también debéis asistir a la conferencia.

Cuando supe su propósito, comencé a censurarle con severidad; pero él me interrumpió ordenando a los hombres que me subieran a la barca, por lo que preferí salir a la barbacana por mi propio pie en vez de ser conducido bruscamente por los soldados.

Bajo la luz gris del amanecer pude ver dos embarcaciones balanceándose en el muelle, con uno o dos hombres en cada una; subí a la más cercana y me senté en la popa, arrebujiándome en la capa. Los remos ya estaban colocados en los toletes y en la parte delantera de cada barca había uno o dos barriles y un haz de paja, además de una

cesta con alimentos y botellas de licor. Al cabo de un rato salieron los hombres, unas dos docenas, y ocuparon sus puestos en las barcas sin decir palabra; por último, llegaron Gulston y el Conde, el primero de los cuales se sentó en la popa de la otra chalana. Mi primo dio un salto y, situándose a mi lado, ordenó desatracar; poco tiempo después estábamos fuera del puerto y la marea ascendente nos impulsaba hacia tierra bordeando la muralla.

Intenté hablar con mi primo, pero ordenó que me callara, pues necesitaba concentrarse para gobernar la nave; ciertamente, no era tarea fácil mantener una embarcación pesada alejada de los bancos de arena. El sueco, que conocía esas aguas menos que su jefe, encalló más de una vez su chalana, aunque pronto conseguía navegar de nuevo. Con ayuda de la marea y los remos no tardamos en llegar cerca de la playa, y me di cuenta (porque la luz aumentaba con rapidez) de que nos dirigíamos hacia el pico del castillo en ruinas que dominaba el Agujero.

Hubo algunos murmullos, pues los soldados que eran de la región sabían la historia de ese lugar por sus madres y se la habían contado a los otros; pero el Conde mantuvo el rumbo.

—¿Conocéis el cuento de viejas sobre este lugar, primo? —dijo en voz baja mientras dirigía la embarcación hacia aquella zona del río, negra y redonda.

—Claro que lo conozco —respondí—; y es un lugar de lo más extraño, idóneo para infundir miedo en el corazón de los hombres, como bien puedo afirmar, pues vine al castillo por aquí.

—¿Y visteis al monstruo?

—No —contesté—; vi algo extraño, o al menos eso creo; algo como una serpiente gris que ascendía desde las profundidades. Pero no sufrí ningún daño, sólo un desagradable olor, como éste —pues estábamos en medio del Agujero y pude percibir el insoportable olor salino del limo, aunque ahora era más débil debido al frío.

Mi primo no respondió, pero gritó a sus hombres que dejaran de remar y cubrieran los luchaderos de los remos para no hacer ruido. Una vez hecho esto, los soldados estaban impacientes por seguir adelante, pues el olor del lugar y el miedo a su negrura les había atemorizado. Antes de dar la orden, mi primo habló al oído de uno de los hombres que había a su lado, que rápidamente me rodeó los brazos con un cinturón y abrochó la hebilla con fuerza sin que yo pudiera hacer nada.

—¿Por qué hacéis esto, primo? —le pregunte indignado por tal ultraje.

—Para salvar vuestra vida, amigo —replicó sin pestañear—; aunque seáis hombre de paz, temo que intentéis precipitaros hacia uno u otro lado y encontréis vuestro fin por causa de una bala o perdáis el favor del Rey Eldad por cooperar con vuestro propio pariente. Ahora ¿queréis que os amordace o me dais vuestra palabra de caballero de que no gritaréis para avisar a los hombres de Marsham? Pero si prometéis hacerlo y rompéis vuestra promesa, os juro por mi espada que os arrojaré a este Agujero con mis propias manos.

Le dije que prefería que me tapara la boca, pues no estaba dispuesto a colaborar en su empresa ni siquiera bajo promesa forzada; entonces se quitó la corbata y la ató alrededor de mi boca para que no pudiera gritar. Después dio la orden de seguir remando, con sigilo, y tras un par de paladas salimos del Agujero y pusimos rumbo hacia la cesta del hachón cuya negra silueta destacaba sobre el cielo gris. Así que llegamos al río y sentimos de nuevo la marea, que nos llevó hacia la aldea. Toda la precaución de mi primo fue vana, pues Maese Pentry era un hombre más cauteloso de lo que él creía. Cuando nos estábamos aproximando al pueblo, la proa de la primera chalana chocó con una cuerda tendida bajo el agua y la arrastró; acto seguido oímos sonar una campana que había colgada en un árbol de la orilla. El Conde profirió un juramento y ordenó cortar la cuerda, pero ya era demasiado tarde.

—¡Malditos bribones orejudos! —exclamó—; han cogido una campana de la iglesia y la

han colgado en aquel árbol para dar la alarma. ¡Remad, amigos! —añadió, y tras ello me desató la corbata y me dijo que podía hartarme de vociferar si se me antojaba.

—¿No sería mejor retroceder ahora que nos han descubierto? —sugerí.

—¡No! —rugió—. ¡Mil veces no! ¡Bogad, bogad! ¡Atrapémosles antes de que se pongan los jubones!

Toda pretensión de sigilo quedó desechada, pues después de la campana pudimos oír ladrar a los perros y gritar a los hombres del pueblo al tiempo que aparecían de manera confusa algunas luces en las ventanas. Los hombres se curvaron sobre los remos como si participaran en una regata y en un instante llegamos al embarcadero bajo la iglesia. Allí amarraron las barcas; mi primo saltó a tierra el primero y condujo a la mitad de sus hombres hasta la aldea mientras Gulston daba un rodeo junto a las casas para coger por detrás a quienes presentaran batalla. Pero antes de irse, ordenaron a los hombres de la guardia que me vigilaran con atención, aunque sin descortesía, y me dejaron en la chalana.

Al ser de esas tierras y tener un gran respeto por nuestro linaje, obedecieron la orden. Uno de ellos hasta me ofreció un trago de cerveza holandesa acercándome la botella a los labios; y no me vino nada mal algo que me entonara en aquel frío amanecer. Como no podía hacer otra cosa, me puse a mirar hacia el pueblo para ver qué ocurría; si algunos soldados del Parlamento hubieran llegado hasta aquellos parajes, mi primo podría encontrarse más de lo que esperaba. Sin embargo, pronto me di cuenta de que no había lucha y, según supe después, el ingenio de Maese Pentry solamente había servido para que la mayor parte de sus feligreses tuviese tiempo de escapar a los bosques. Cuando el Conde y sus hombres subieron corriendo y gritando por entre las casas, vieron que las puertas estaban abiertas y no había hombres ni mujeres en su interior; y aunque Gulston y su banda procuraron cortar la retirada de los que huían, sólo pudieron retener a una anciana inválida a la que luego dejaron marchar. El Conde se puso fuera de sí (eso me dijo Gulston más tarde) cuando vio que su estratagema había fracasado y quiso perseguir a los habitantes de Marsham hasta sus refugios; el sueco se opuso diciéndole que perderían la marca y habrían de quedarse medio día mientras los del pueblo reunían a los campesinos de los alrededores para aplastarles en masa. Así pues, debía dar orden de saquear el lugar y regresar.

El Conde tuvo que ceder ante este consejo, que era muy sensato, y los hombres se entregaron al pillaje; pero su cosecha fue exigua, ya que parte del ganado y los rebaños estaban en los campos y el resto había sido conducido a los bosques. Los soldados encontraron algo de pan y tocino y se divirtieron persiguiendo a las gallinas; pero la recompensa fue pequeña. El Conde volvió a ser presa del frenesí y juró que pagarían el engaño como merecían; así que cogió paja de los establos, y madera y brea que los hombres habían trasladado en las barcas, y, para acabar de una vez con este desgraciado relato, prendió fuego a todas las casas y dejó que ardieran.

Todo esto me lo contaron, pero lo demás lo vi. Primero una nube de humo azul, y luego otra, ascendieron por el cielo claro, que amarilleaba por la luz del sol. Cuando la paja empezó a arder, el humo se hizo más denso y oscuro y las llamas se elevaron por encima de los árboles; entonces oí crujir las vigas como si fuera un combate de mosquetes, mientras, de manera desordenada y en grupos de dos o tres, los hombres de mi primo iban llegando, entre risas y mofas, con su pobre botín.

La visión de sus hogares ardiendo debió de enloquecer a los habitantes de Marsham, pues la mayoría se había aventurado a regresar al ver a los soldados abandonar el pueblo y pasó junto a las casas en llamas. Los más prudentes se esforzaron en apagar el fuego, pero los más audaces, llevados por las ansias de venganza, cayeron sobre la retaguardia del grupo liderado por el sueco, armados de piedras, guadañas y horcas. Ante esa acometida, los soldados se volvieron y, con un par de disparos, mantuvieron a raya a los aldeanos, que sólo contaban con un tosco armamento; creyendo que habían

atemorizado a los campesinos, los rufianes prosiguieron su descuidada retirada hacia las barcas.

Cuando cruzaban un soto muy espeso por un sendero cercano a la iglesia, se oyó un disparo y uno de los soldados cayó abatido. Trató de escapar agarrándose a los matorrales, pero aún no había dejado de moverse cuando empezaron a salir hombres de la maleza y a abalanzarse sobre los malhechores, que se achicaron ante lo inesperado del ataque. Al frente del grupo había una figura extraña; parecía un antiguo guerrero salido de la tumba —pues llevaba una armadura de escamas de metal que le cubría de los pies a la cabeza y blandía una espada enorme— y le seguían otros hombres armados de hoces y guadañas; antes de que fuera posible dar ninguna orden, habían matado a otro soldado del Conde y herido a tres, de modo que el resto retrocedió. Sólo Gulston, que gritaba a sus hombres llamándoles cobardes, logró arrebatarse un mosquetón a uno de ellos y disparar a un tipo grande que iba a golpearle con una hoz; luego arremetió contra el líder con su espada, pero la hoja resbaló sobre las láminas y el guerrero le asestó un golpe, que hubiera sido su fin de no haber llevado un capillo de hierro, haciéndole caer de rodillas y dejándole medio aturdido. Le habría traspasado allí mismo si mi primo, que había vuelto a saltar a tierra al oír ruido de armas, no hubiera cruzado su espada y trabado batalla con él. Estuvieron dando mandobles, lanzando tajos y parando los del contrario, sin llegar a alcanzarse mutuamente, durante un rato, pues aunque el Conde manejaba mejor el arma la cota de aquel hombre era invulnerable. Pero el peso del arnés y el esfuerzo de empuñar su gran espada le agotaron enseguida; mi primo, al verlo, apartó la hoja de su espada, le rompió la guardia y, poniéndole la zancadilla, lo derribó. Los hombres de Marsham que aún quedaban retrocedieron y huyeron por el sendero.

El Conde ordenó trasladar a los muertos y heridos a las embarcaciones, atar al prisionero con cuerdas y conducirlo también hasta allí; cuando el valiente guerrero fue llevado hasta la barca en la que yo estaba y le levantaron la visera del casco, pude ver el rostro de Maese Eldad Pentry, enrojecido por el combate y tremendamente agotado, pero sin la menor sombra de miedo.

—Maese Pentry —dije asombrado—, lamento veros en esta situación y no poder ayudaros.

—No lo lamentéis, Hubert Leyton —consiguí decir entre jadeos—; en verdad está escrito, desde antes de la creación del mundo, que así, y no de otro modo, debía acabar. No necesito que nadie diga una palabra en mi favor. No arriesguéis, pues, vuestra vida, porque he tomado la espada y a espada debo morir.

Mientras hablaba, el Conde saltó a la popa de la barca en la que estábamos y ordenó zarpar; y sus ojos se iluminaron al descubrir a su enemigo.

—¡Voto a Dios! —exclamó—, sed bien hallado, Maese Eldad. No creía que pudieseis manejar un pincho tan largo como esa espada; pero ¿de dónde sacasteis vuestro jubón y vuestras calzas de hierro? Esperad, ya lo sé; el muy bribón ha robado la armadura del tercer Conde, mi antepasado, de la cripta de la iglesia. Mirad, mis propias armas labradas en el peto. ¿No había otra cota más humilde que sirviera a este sastre canalla y pretencioso?

Maese Pentry se limitó a esbozar una sonrisa y su intrepidez me asombró.

—Es muy fácil insultar a un hombre atado —replicó—, casi tanto como asesinar a una mujer achacosa.

Al oír esto, el Conde se puso en pie de un salto con la mano en la daga, pero volvió a sentarse, pues vio que Maese Eldad no se inmutaba lo más mínimo.

—No quiero manchar mi acero con sangre plebeya —dijo sonriendo con ironía al prisionero—. ¿Qué decís vos, primo? ¿Qué muerte debemos escoger para el Rey Eldad? El hacha es para los hombres de alcurnia, como el Conde de Strafford y el Arzobispo...

—Sí —precisó Maese Eldad—, y acaso para el señor de ambos... —momento en el que un soldado le dio un golpe en la boca. Pero él siguió sonriendo.

—¿Y si le colgamos con la cota que ha usurpado? —prosiguió el Conde—. ¿O mejor asamos al puerco en la armadura hasta que esté como el chicharrón? —a lo que Gulston y los extranjeros de la tropa asintieron con sonoras carcajadas, pero los ingleses sólo murmuraron.

—Ya que pedís mi opinión, primo —señalé, esperando contra toda esperanza que si no salvaba a Maese Eldad aún podría ofrecerle un respiro o al menos procurarle una muerte digna—, siempre he leído que en la guerra entre dos estados, que es en lo que se ha convertido ésta, aunque con una rebelión civil en sus inicios, es costumbre perdonar la vida al prisionero capturado en combate limpio y abierto, y pedir rescate por él o intercambiarle mediante cartel, según la ley de las naciones.

Mi primo soltó un grito y me llamó pedante, y el propio Maese Pentry se negó a aceptar mi intercesión, pues su doctrina fanática era para él más preciosa que la vida.

—No, Hubert Leyton —dijo girándose sobre sus ataduras—, entre los hombres leales y los traidores no es posible pedir o dar cuartel, y vuestro pariente es un rebelde declarado contra el Parlamento de Inglaterra; si él estuviera aquí, sentado y atado como yo, tampoco le perdonaría aunque vos intercedierais por él.

El Conde se rió de sus palabras y ordenó a los hombres que dejaran de remar, de modo que las barcas siguieron avanzando a la deriva, una junto a la otra, y vi que nos acercábamos de nuevo al círculo negro del Agujero.

—¡Por Dios que me gusta vuestro espíritu, amigo! —exclamó—; decidme, ¿qué muerte me ofreceríais si fuese vuestro cautivo?

Maese Eldad miró a su alrededor, observando el lugar donde nos encontrábamos, y sus ojos se tornaron grandes y brillantes, como si viera algo invisible para nosotros.

—Creo que este lugar podría orientaros, Philip de Deeping —dijo con su voz áspera y disonante—. Aquí, si la historia no miente, yace vuestro antepasado, de cuyo nombre y maldad sois heredero, y nada me agradaría más que enviaros junto a él.

—¡Bien hablado! —exclamó mi primo mesándose la barba—; y así se hará con vos. ¡Eh! vosotros dos, levantadle y arrojadle en medio de la poza.

Los dos hombres que estaban sentados a ambos lados de Maese Pentry se echaron hacia atrás rezongando, no porque le apreciaran o no estuvieran dispuestos a asesinarle, sino porque al ser de aquellas tierras conocían la vieja historia del Agujero y temían despertar al monstruo que moraba en él; empezaron a balbucear su miedo, mostrándose lastimeros y divididos entre el temor a la Cosa de la poza y a la ira de su amo. Sin embargo, mi primo no les escuchó y señaló a otros dos, quienes, al ser rufianes de las guerras de Alemania y no temer ni a Dios ni a los hombres, se aprestaron a levantar al prisionero. Éste imploró permiso para hablar, que se le concedió entre mofas, y se volvió hacia mí.

—Hubert Leyton —dijo con seriedad como si estuviéramos los dos solos—, no temáis por vos, porque me ha sido revelado que se os dará la vida por botín; ni busquéis vengar mi muerte, ya que, como sabéis, estaba predestinado a ella antes del comienzo del mundo. La venganza caerá, sin duda, sobre el hombre de Belial, y no por mano humana. En cuanto a vos, hijo de la perdición, volved con vuestra ramera y divertíos, porque la vida es breve.

Al oír a Maese Eldad aludir a la mujer italiana, el Conde no pudo aguantar más y cerró la visera del viejo casco, por lo que no volvimos a ver el rostro de aquel hombre; entonces, empujándome hacia atrás (pues aun atado intenté ayudar a Maese Pentry), dio la orden a dos de sus soldados, que levantaron a la figura de hierro por los pies y los hombros, la balancearon tres veces, y a la tercera la arrojaron a la parte central y más oscura del Agujero. El impacto del cuerpo contra el agua salpicó a todos los que estábamos en la barca y nos trajo el olor salino y fétido del limo.

Cuando la agitación de las aguas disminuyó, me asomé con impaciencia por la borda, pues se me ocurrió pensar que podíamos presenciar alguna extraña manifestación. Pero no se veía ni oía nada y no cabía esperar que apareciera nadie; porque ningún hombre, aunque fuese buen nadador y no estuviera atado, sería capaz de emerger a la superficie con una armadura tan pesada. Vi una o dos burbujas, y nada más; finalmente, mi primo mandó que me aflojaran las ataduras y dio orden de remar hacia Deeping Hold antes de que perdiéramos la marea.

Mientras los hombres preparaban los remos, la poza, inmóvil y negra debido a su profundidad insondable, se agitó, y fue como si una fuente lanzara un chorro de limo gris, de olor fuerte y desagradable, desde el fondo; algo negro, parecido a un hombre, surgió del centro del Agujero, hundiéndose y emergiendo de nuevo como una pelota en un surtidor. Gulston, que era quien más cerca estaba, le dio un golpe con un bichero que había cogido y lo atrajo hacia él. Entonces vimos que era de hierro.

—Según parece, el bribón vuelve con nosotros —dijo mi primo—. Súbele, Eric, y veamos si aún sigue con vida.

El sueco, ayudado por los dos hombres que habían arrojado a Maese Pentry al agua (pues el resto no se atrevía a echar una mano), alzó la armadura, que estaba manchada de limo gris. Cuando levantaron la visera, el rostro había desaparecido y en su lugar había una vacía negrura; al mirar en el hueco, sólo encontraron agua y fango. Después cortaron las correas con sus dagas y abrieron los quijotes y las grebas, pero seguía sin haber nada. Hasta que llegaron a los escarpes (pues era una cota completa); en el derecho podía verse lo que había sido el pie de un hombre, aunque los huesos del tobillo habían desaparecido y asomaba la carne desgarrada como en la pinza de una langosta a la que se ha sorbido la molla. Ante esa visión, un gran malestar y estremecimiento se apoderó de todos y mi primo se desplomó en su asiento como un muerto; sólo yo, quizá porque no había intervenido en aquel crimen, tuve la fuerza suficiente para echarme hacia adelante y empujar hasta el agua, otra vez inmóvil y limpia de lodo, ese montón de hierro, fango y carne humana. Entonces grité a los hombres que se curvaran sobre los remos para salir de aquel lugar maldito.

Antes de que lográramos abandonar el Agujero (pues al principio los hombres estaban bloqueados por el miedo), uno de nuestros heridos, creo que Giles Warner, el que había acosado a la señorita Rosamund, se puso en pie de un salto aullando de terror como una bestia y, al caérsele el vendaje que le cubría el muslo, la sangre le empezó a salir a chorros; y así se desplomó y murió, sin que nadie, excepto yo, le prestara la menor atención.

CAPÍTULO VII

De nuestro regreso y el entierro de nuestros muertos

La visión de lo acaecido dejó a la tripulación, e incluso a mí mismo, con pocas ideas sobre lo que se debía hacer o ganas de hacerlo; pues es sabido que muchos hombres, valientes y capaces en otras circunstancias, actúan como peleles en tales situaciones y se muestran dispuestos a obedecer las órdenes de cualquiera que mantenga la cordura. Así ocurrió aquí: los mismos aguerridos soldados que antes me despreciaban por ser un hombre cultivado y medio *Roundhead*, ahora se inclinaban sobre los remos, acatando mis órdenes y dejándose guiar hacia donde yo quisiera. Pensé que si les mandaba llevarme a tierra no tendrían capacidad para negarse. Pero no quise obrar a la ligera; ¿qué podía hacer en tierra? Maese Pentry estaba muerto y la gran nube de humo negro procedente de Marsham ascendía por la colina. Aquellos pobres hombres, de los que había sido desafortunado embajador, habían sufrido toda la maldad que su tirano podía ocasionarles y no quedaba nadie a quien ayudar excepto la señorita Rosamund; a ella sólo podría salvarla mi presencia en Deeping Hold, mientras que si huía el único beneficiado sería yo. Por tanto, sin más demora, puse rumbo hacia el castillo. No me consideré un héroe por tomar tal decisión, pues la extraña forma en que se había cumplido la profecía de Maese Eldad respecto de sí mismo me hizo creer con firmeza que el resto de sus palabras no caerían en saco roto y la vida me sería dada por botín.

Al cabo de un rato, la oportunidad de escapar que había tenido ya no era mía; pues el sueco, acostumbrado al peligro e incapaz, de impresionarse demasiado por nada que no pudiera ver o manosear, se recuperó con rapidez y empezó a insultar a sus hombres llamándoles hatajo de cobardes y gallinas. Al oírle, mi primo se estremeció en su asiento y se sacudió como un perro al salir del agua, como si quisiera vaciar sus oídos de la maldición que en ellos resonaba. Después, sin decir palabra, me arrebató la caña del timón y nos condujo hacia el castillo. Yo me levanté y me acerqué al cuerpo de Giles Warner, que yacía en un charco de sangre y lodo. Pero no había nada que hacer, pues el hombre estaba bien muerto. Le cerré los ojos, cuya mirada inerte y horrible seguía clavada en el cielo, y me senté en la proa para mirar hacia tierra, donde aún se veía una humareda ascendiendo desde Marsham.

Cuando dirigí la vista hacia la playa, creí que el humo se había extendido hasta cubrir más de la mitad de la bóveda celeste; pero pronto supe que aquello no era humo, sino un nubarrón de tormenta que se había formado en tierra y parecía aún más oscuro debido al sol matutino que nos rodeaba. Mientras observaba, las estrías de un relámpago zigzaguearon sobre un claro de las colinas y el retumbo del trueno llegó hasta nosotros.

Lo inesperado de la tormenta, y su rareza en época otoñal, provocó mi fantasía y casi llegué a creer que aquélla era la venganza del Señor por el crimen y el pillaje. Los soldados, que podían apreciar el desarrollo de la nube tan bien como yo, tuvieron el mismo pensamiento y empezaron a remar con toda la fuerza que el miedo les infundía. Así que muy pronto llegamos al castillo. Cuando rodeábamos la muralla para dirigirnos al fondeadero, el puñado de hombres que había permanecido en la fortaleza comenzó a gritar hacia nosotros y corrió a abrir las puertas. Al pasar por debajo de la torre se abrió un ventanuco y la señorita Fanshawe asomó su cara pálida, que se ruborizó de repente cuando sus ojos se posaron en mí; después volvió a retirarse al interior. Sin saber porqué, el latido de mi corazón se aceleró.

Llegamos a puerto y amarramos las barcas. El Conde se apresuró a ordenar el traslado de los muertos, Giles Warner y los dos que habían caído en la refriega, al interior del castillo, donde debían reposar en un almacén vacío hasta que todo estuviera listo para su entierro. Los demás pusimos pie en tierra y seguimos a mi primo, quien, sin decir palabra, subió hasta la puerta de la casa, en la que estaban la Signora, envuelta en una

gran capa oriental, y Pompeyo, que sostenía una jarra y varias copas. Tambaleándose por el cansancio y el apresuramiento, el Conde vació una copa de vino y volvió a llenarla, pero no se le ocurrió ofrecernos un trago ni a mí, que estaba a su lado, ni a Gulston, que se sirvió una copa sin pedir permiso a nadie.

La mujer italiana habló en voz baja, susurrando en su propia lengua, y le preguntó (según deduje) por la suerte de la empresa; él alzó la cabeza y respondió en tono de hastío, «*È morto!*», hablando, sin duda, de Maese Pentry. El rostro de la Signora se enrojeció y sus ojos verdes se agrandaron y brillaron como los de un gato.

—¿Cómo murió? —preguntó con una sonrisa de placer.

Pero al Conde ya no le importaba el regocijo de la venganza.

—Está donde pronto estaremos nosotros —murmuró, aunque su voz no fue tan débil como para que no pudiera oírla—. La maldición está echada, Fiammetta, ¡está echada! Tras estas palabras, los párpados de la Signora se cerraron y su rostro se encogió de terror; sin embargo, consiguió dominar su miedo, y estaba a punto de hablar cuando los cielos se abrieron con una llamarada azul seguida por un estruendo, como si el mar y el cielo juntos fueran a derrumbarse.

Pese a haber advertido el crecimiento de la nube negra, la repentina magnitud del relámpago y el trueno me sobrecogieron; pero para los demás fue como si hubiera llegado el Día del Juicio Final. Algunos de los rufianes se tiraron al suelo llenos de miedo y la alocada muchacha de la taberna de Marsham, que estaba de charla con unos soldados, se puso a correr de acá para allá gritando que había llegado el fin del mundo. No obstante, nadie resultó herido ni aquella era la venganza del Señor, según pudimos comprobar enseguida; pues mientras la mayoría esperábamos algún temible juicio, el siguiente relámpago brilló con amplitud e intensidad en la lejanía, sobre el mar. Esta vez el trueno tardó más en romper y su retumbo fue sordo y no tan violento. En ese momento, un chapaleteo acompañó las primeras gotas de lluvia, que se hizo más tupida hasta convertirse en un susurro sobre las piedras, y todos corrimos a refugiarnos. Me costó bastante esfuerzo llegar hasta la puerta de la escalera y subir a mi cámara, pues el agotamiento y el horror de aquella mañana me habían debilitado; ni siquiera se me ocurrió cambiarme de ropa, y me senté sin más junto a la ventana para contemplar la cortina de lluvia gris que oscurecía las colinas. La tormenta pasó tan de repente como había llegado y el sol volvió a aparecer en tierra firme, donde un delgado hilo de humo aún se elevaba desde la negra cicatriz que fuera Marsham. El aire, que había sido sofócame, se hizo más fresco con la llegada de la tormenta y comenzó a soplar un viento frío desde tierra que me golpeó el rostro; entonces me di cuenta de que estaba mojado y me cambié de ropa. Luego bajé al patio y anduve un rato sorteando los charcos y sin ver a nadie, pues no se habían apostado centinelas.

Paseé durante una media hora, sin alejarme de la muralla pues el aire era frío y húmedo tras la lluvia, y me pareció que el viento tenía un regusto al limo del Agujero; las brisas amainaron, según comprobé por la bandera de la torre, inclinada con languidez en torno al mástil, y subí al adarve para ver si Marsham seguía humeando. Cuando miré sobre las almenas no vi el menor rastro del pueblo ni de las colinas que había detrás, pues una espesa niebla se había adueñado de la marisma y, aunque no había viento y el aire era manso, húmedo y frío, iba acercándose lentamente. Me dio la impresión de que el regusto salado y sepulcral era más intenso que antes; una nube blanca veló la luz del sol y las marismas se me antojaron más solitarias y desoladas de lo acostumbrado.

Mientras contemplaba cómo la bruma avanzaba con sigilo, oí un ruido de pasos en la escalera de la torre; al instante aparecieron la señorita Fanshawe, cubierta con su capucha, y su doncella, la hija del herrero de Marsham. Me apresuré a bajar al patio y, quitándome el sombrero, la saludé. Sin apenas responder a mi saludo, me preguntó sobre los acontecimientos de aquella mañana, y le conté todo lo que aquí consta, si

bien preferí no relatar lo que había sucedido tras la muerte de Maese Pentry; porque cuando pensaba en eso, el espanto no me dejaba respirar y el hedor del Agujero me venía a la memoria. Sólo puse interés en hablarle de mi voluntad y esfuerzo por salvar a aquel hombre, y de cómo él mismo había elegido su muerte y la forma en que había ocurrido, pues no quería que la señorita Rosamund me tomara por un cobarde o me creyera reacio a ayudar a mis amigos. No obstante, mi aprensión era innecesaria, ya que, según me dijo después, estaba deseosa de alabar mi valentía pero se reprimió, pues sabía que los hombres valerosos se encogen cuando oyen demasiados elogios sobre sus actos; y acaso yo estuviera tan ávido de escuchar sus cumplidos como convencido de que no los merecía.

También recuerdo que la doncella, una muchacha atractiva que siempre estaba mirando a uno u otro lado con miedo, me preguntó por la gente del pueblo; le dije, con intención de tranquilizarla, que no había muerto nadie excepto Maese Pentry y el tipo alto que había herido de muerte con su hoz a Giles Warner. Se interesó por ese hombre, pero lo único que yo sabía es que llevaba una gorra azul, según pude ver desde la chalana. Al oírme decir esto, la muchacha soltó un grito tremendo y conmovedor y, tras pronunciar un nombre masculino, comenzó a sollozar; cuando la señorita Rosamund le rodeó el hombro con su brazo para consolarla, se apartó de nosotros como una bestia herida y huyó hacia la puerta de la torre. No fue difícil deducir que el hombre que había muerto era querido para ella, quizá su enamorado.

La señorita Rosamund siguió a la doncella con una mirada llena de la más dulce compasión e hizo ademán de salir tras ella, pero la retuve diciéndole que en esos estados de tristeza las mujeres estaban mejor a solas; además, no quería en absoluto perder la oportunidad de charlar con la señorita Fanshawe. Hablamos de esto y de aquello, cosas que no recuerdo, hasta que de repente se puso pálida y empezó a tambalearse, y de no haberla sujetado con mi brazo se habría desvanecido. Se recuperó al momento y me pidió excusas por lo que llamó su estúpida debilidad; y añadió que el desagradable olor del aire le había provocado náuseas y mareo. Ciertamente, el hedor del Agujero había aumentado; cuando alcé la vista, pude ver los primeros celajes de niebla blanca, que asomaban por las almenas como los brazos de un monstruo fantasmal y envolvían el castillo con su vapor malsano, cada vez más denso debido a la ausencia de viento. Pronto el patio se llenó de una bruma, a intervalos más espesa o más ligera, cuyo olor provocaba un malestar horrible y un miedo informe.

—No es más que la bruma de la marisma —dije, aunque mi voz sonó hueca y sin sentido.

La señorita Rosamund asintió con la cabeza y habló de las nieblas que siempre rodeaban al castillo cuando el aire se enfriaba de repente. Pero los dos sabíamos que ésa no era la bruma habitual del mar o el río. Entonces oímos unos extraños lamentos en el aire que venía de tierra; un gran temor se apoderó de mí y me pregunté qué podía ser lo que se aproximaba, pues parecían las voces de los fantasmas que, según la mitología, se agitan sobre la laguna Estigia. Algo blanco se elevó por encima del adarve y pasó rozando nuestras cabezas, y pude ver que aquello no era un espectro, sino una gaviota a la que seguían otras muchas. En un instante, el patio se llenó de aves que revoloteaban alrededor de las torres y describían círculos sobre las murallas, sin posarse jamás y chillando en tono lastimero, como si avisaran con tristeza de algo que nosotros desconocíamos y ellas querían decirnos. Durante unos minutos continuaron volando y gimiendo mientras la bruma se espesaba, hasta que una de ellas tomó un nuevo rumbo y, como atendiendo a una orden, las demás le siguieron hasta formar una nube que se dirigió hacia el mar, donde la niebla era más ligera, antes de desaparecer con sus chirridos. A partir de ese momento, no volvimos a sentir un aleteo en el aire ni sobre el agua de la marisma, en la que siempre había muchas aves

gritando y disputándose el alimento.

El chillido quejumbroso de las gaviotas y su posterior huida, como si presintieran algún peligro, nos impresionó de manera extraña: y aunque ninguno de los dos dijo nada, en nuestras mentes había un pensamiento: esas criaturas salvajes, más próximas a los secretos de la tierra y el agua que nosotros, habían venido para advertirnos que escapáramos de algo horrible o para lamentarse de que no lo hiciéramos. La señorita Rosamund, siempre más valiente de lo que era usual en las mujeres y aun en los hombres, sacudió los hombros como para despojarse de su miedo y dijo con voz suave que quizá las gaviotas se habían asustado por algo que había en tierra; entonces subió al adarve para observar y fui tras ella. Sin embargo, no se veía nada, sólo la bruma blanca deslizándose con lentitud sobre las marismas y el roce pausado del agua en la base de la muralla, con alguna hebra de limo gris aquí o allá.

Mientras estábamos mirando, sin descubrir nada que nos explicara por qué habían huido las gaviotas, se produjo un gran revuelo en el patio y vimos aparecer a algunos hombres de la guarnición, que venían hablando entre ellos con sobriedad y en voz baja, utilizando menos palabras soeces de lo que era su costumbre. Después llegó Gulston, que me saludó y preguntó qué hacía allí arriba; le dije que había visto una gran bandada de gaviotas y estaba buscando qué las había asustado.

—¡Por Baco! —exclamó—, como diría la Signora; he oído decir que esos pájaros son los espíritus de los marineros ahogados y es posible que, a su modo, estuvieran cantando una endecha por nuestros soldados. Maese Leyton, hemos formado un grupo para enterrar los cuerpos de los hombres que asesinaron vuestros amigos de Marsham. Sería un gesto de caridad por parte de Vuestra Solemnidad ser nuestro capellán, pues dejamos a nuestros párrocos con *Noll* Cromwell en el campo de Naseby por ser un equipaje demasiado pesado para nuestras prisas.

Estuve a punto de decirle que se llevara los cuerpos de sus hombres al diablo que ya poseía sus almas, y que hiciera lo mismo con su chanza estridente; pero no quise ceder a la indignación delante de la señorita Rosamund, que había oído todo. Cuando iba a darme la media vuelta y alejarme sin responder, ella apoyó su mano sobre mi manga y vi que sus ojos se oscurecían y se le saltaban las lágrimas.

—¿No vais a despedir a esos pobres muertos con un responso? —preguntó—; es verdad que actuaron con maldad, pero no sabían lo que hacían, y si no les perdonamos en la muerte ni les compadecemos, ¿cómo podemos esperar piedad? Id con ellos y yo me quedaré aquí rezando por sus almas.

Hizo una pausa y en sus labios asomó la sombra de una sonrisa.

—¡Oh, primo! —exclamó—, olvidaba que sois un puritano y debéis tildarme de papista. Sin embargo, ¿creéis que es una equivocación rezar por los muertos? Negué con la cabeza, pues no había tiempo para responder. A decir verdad, desde que empecé a pensar con seriedad en estos asuntos, siempre he creído que las funestas prácticas antiguas de ciertos papistas, que hicieron de las mercedes divinas un mercado, nos han conducido a los protestantes a ser extremadamente severos y a negar un lugar de arrepentimiento tras la muerte a aquellos que, por su juventud o ignorancia, fueron incapaces de encontrar el camino de la salvación. Así pues, me dispuse a acompañar a los soldados, y cuando miré de nuevo a la señorita Rosamund, ésta había inclinado la cabeza sobre la almena y (sin duda) estaba rezando por las pobres almas salvajes de aquellos tres hombres.

Para entonces los soldados ya habían sacado los cuerpos de sus compañeros, envueltos en velas y capotes viejos utilizados a modo de sudarios; tras depositarlos en una de las embarcaciones, desatracamos y remamos a través de la bruma, que no era muy densa, pero a veces impedía reconocer las marcas de referencia. Y los vapores cambiaban de manera extraña, de modo que unas veces podía verse con claridad la superficie del agua, que se abría ante nosotros como un camino gris entre murallas

blancas, y otras nos envolvía la blanca oscuridad y volvíamos a percibir el regusto frío del Agujero. Apoyados en los remos cuando la bruma era demasiado espesa, e intentando orientarnos cuando disminuía, nos dirigimos hacia tierra. El propósito de Gulston no era enterrar los cuerpos en tierra firme, cosa que hubiera sido peligrosa, pues los campesinos se habían alzado en armas contra nosotros; nuestro destino era un islote de la marisma que se había elevado unos palmos por encima de la pleamar a consecuencia de una antigua tempestad y se hallaba cubierto de hierba áspera y empetro. Nada más desembarcar, algunos hombres se aprestaron a cavar una tumba en aquella amalgama grisácea de arena y pizarra; y como tenían experiencia en tal labor debido a su práctica en construir fortines en las guerras, pronto hicieron un agujero lo bastante ancho para albergar los tres cuerpos, aunque no muy profundo, pues en aquel terreno enseguida se llegaba al agua. Depositaron en él a sus compañeros muertos, con la solemnidad conveniente, y permanecieron en pie mientras yo pronunciaba parte del Servicio de Difuntos, que conocía bien al haber sido educado en el seno de la Iglesia; conociendo el tipo de hombres que habían sido y la actividad en la que habían encontrado su fin, no pude sacar ánimos para hablar con convicción sobre su recompensa el día de la Resurrección y preferí encomendarles a la infinita compasión del Señor, que siempre supera los límites de nuestros credos y controversias.

Me pareció que algunos hombres se conmovían al oír mis palabras aunque las entendieran poco; uno de ellos, un español de rostro cetrino como el cuero y cosido de cicatrices, musitó a toda prisa sus oraciones con gran devoción. Cuando hube acabado, los hombres empezaron a rellenar la zanja, arrojando tierra sobre los cuerpos, y el español se ocupó de entrelazar dos palos que había traído con la intención de hacer una cruz.

Mientras trabajaban, me quedé observándoles desde la barca, y de vez en cuando volvía la vista para mirar hacia la marisma, donde la bruma empezaba a disiparse. Comenzó a soplar una brisa terral, suave al principio y más fuerte después, y la niebla se deslizó formando extrañas figuras fantasmales; el olor del Agujero se hizo patente en el aire, que corría cada vez con más fuerza, hasta que la fetidez y el frío me hicieron sentir náuseas. Debido al viento, la quietud del agua grisácea junto al islote se convirtió en un chapoteo sobre la orilla; sin embargo, a través del rumor del agua me pareció oír otro sonido. Al principio fue un susurro lejano, pero luego se convirtió en una aspiración ruidosa, como cuando el agua es atraída hacia el inferior de un remolino o una cañería. La bruma se había desvanecido debido al viento, y en el canal que conducía al Agujero se podía ver, aquí y allá, un rápido movimiento en espiral, como un embudo, que se arremolinaba y desaparecía para después volver a aparecer más cerca. Me pregunté qué podía ser aquello y se lo dije a Gulston, que estaba apremiando a sus hombres para que acabaran y pudiéramos marcharnos de la marisma pestilente. Cuando se volvió a mirar, los remolinos del canal habían desaparecido y sólo se advertía la fetidez y algunas hebras de limo que pasaron flotando ante nosotras. Gulston soltó una carcajada y dijo que aquellas aguas estaban llenas de remolinos; después escupió, maldijo el hedor y, sacando del bolsillo una petaca de licor, me la ofreció. Yo no quise beber, pero él echó un trago para aclararse la garganta, según dijo. Para entonces el túmulo estaba acabado; el español se acercó con la tosca cruz de madera que había hecho y, quitándose el sombrero, la plantó en la cabecera de la tumba. Cuando estábamos a punto de marcharnos, el sueco comentó que uno de los lados de la sepultura se había hundido un poco. Cogió la pala de un soldado y arrojó un montón de arena y pizarra sobre el túmulo; después, batió la tierra con el dorso para aplanarla, como hacen los niños cuando construyen castillos en la arena.

En el mismo momento en que golpeaba el túmulo, el lado hundido se desplomó con un fuerte ruido, como si hubiera sido sorbido desde abajo, y donde había estado el

montículo surgió un espumoso remolino de arena gris, agua y lodo. Gulston retrocedió dando un grito y se apoyó en la pala; todos nos quedamos absortos viendo cómo el remolino aumentaba y el túmulo desaparecía ante nuestros ojos mientras la cruz, que acababa de ser colocada se balanceaba hasta hundirse con el resto. En ese instante, el español se echó hacia adelante con la intención de salvar su obra y logre detenerle a tiempo, pues el montículo que habíamos levantado y los cuerpos que yacían bajo el habían desaparecido y sólo quedaba un vórtice de agua y arena. Cuando nos asomamos al borde de aquel embudo, el español con ojos de turbación y yo detrás de él agarrándole por el brazo, el remolino pareció sumirse hasta las negras profundidades y se llenó otra vez con un chorro de agua fangosa, en medio del cual pudimos ver uno de los cadáveres, que había perdido su sudario, con las manos extendidas hacia arriba como si quisiera escapar. Aunque el cuerpo estaba cubierto por hebras de limo gris pudimos ver su rostro: era Giles Warner, tal como le había visto muerto; pero los ojos que yo había cerrado con mis propias manos estaban abiertos y tenían una mirada tan espantosa que era imposible soportarla. Mientras seguía observando con asombro, pues no podía apartar la vista, el cuerpo fue arrastrado hacia el abismo y los zarcillos de limo se apretaron como cuerdas a su alrededor; cuando por fin conseguí mirar hacia atrás, vi cómo los hombres subían en tropel a los botes, maldiciendo y gritando de pavor. De no haber sido por Gulston, que mantuvo la cordura, nos habrían abandonado al español y a mí sobre los restos desmoronados del islote.

Pronto ganamos el costado de la embarcación, aunque no nos sobró tiempo; porque cuando eché al español, paralizado por el miedo, por la regala y apoyé la rodilla para subir, la tierra firme sobre la que descansaba el otro pie desapareció y tuve que agarrarme al hombre más próximo para trepar hasta la barca. Donde habíamos cavado la tumba sólo quedaba un remolino gris y la cruz del español zarandeada por las aguas.

No pude ver nada más, pues Gulston dio orden de remar y los hombres se entregaron a la tarea, sin preocuparse del rumbo, con el único deseo de alejarse todo lo posible de aquella maldita tumba; de pronto, el viento amainó y la bruma volvió a envolvernos con su blanca sombra. Avanzamos a la ventura, encallando en los bajíos y tanteando con los remos para localizar los canales. Como los hombres estaban turbados por el miedo, podríamos haber vagado por las marismas mucho tiempo si Gulston no se hubiera acordado de su pistola y la hubiera disparado; al cabo de un rato, oímos un disparo de mosquete procedente del castillo, que estaba más cerca de lo que creíamos. Cuando llegamos de nuevo a puerto, los soldados, abatidos por el pánico, se arrastraron hasta su alojamiento; Gulston se quedó conmigo, hablando del extraño remolino que se había tragado a nuestros muertos, y dijo que aquello solo había sido el repentino hundimiento de un médano de arenas movedizas de los que había muchos en las marismas. Fingí asentir a sus palabras del mismo modo que él fingió creerlas; pero mientras el sueco entraba por la puerta, volví la vista hacia el pequeño fondeadero y, al levantar un poco la bruma, me pareció ver una hebra de limo gris serpentear por el espigón rocoso que protegía el puerto y tentar el borde del muelle como un dedo que nos buscara a ciegas. De repente, la aparición se desvaneció. Y no podría asegurar que lo que vi no fue un engaño de la marea.

CAPÍTULO VIII

De mi conversación con la italiana y de ciertos hombres que fueron a pescar

Cuando llegamos al patio, la Signora estaba en la escalinata de la casa, al lado de mi primo. Se les veía incómodos, pues el Conde tenía fruncido el ceño como si estuviera de mal talante y en su rostro asomaba una mezcla de cólera y miedo. Cuando el sueco y yo nos acercamos, ella levantó la vista y, sin prestar mucha atención a Gulston, me sonrió y saludó con su cortesía extranjera y preguntó cómo nos había ido. Permanecí callado durante un rato, pues era difícil elegir las palabras adecuadas para relatar lo que habíamos visto; pero el sueco comenzó a hablar, como siempre solía hacer.

—Partimos con la estúpida misión de enterrar a unos hombres en estas malditas marismas de milord —dijo mesándose la barba—. Podríamos habernos ahorrado la molestia, pues cuando ya estaban enterrados unas endemoniadas arenas movedizas se abrieron y se lo tragaron todo; y nos habrían tragado también a nosotros si no hubiéramos espabilado. Que Dios bendiga la tierra y el mar, digo yo, pero que el diablo se lleve esta charca de limo que no es ni una cosa ni otra.

Al oír esto, el Conde dijo algo entre dientes y golpeó en la puerta de la casa con la mano; la Signora, tras posar sus ojos verdes sobre el sueco, me miró fijamente como si quisiera sacarme las palabras del alma.

—A decir verdad —apunté en tono vacilante—, fue más o menos como él ha dicho; la tumba, y el islote donde se excavó, se desmoronaron ante nuestros ojos de un modo extraño y tuvimos que huir para no perecer tragados nosotros mismos. Todo fue tan repentino que el horror todavía me estremece.

—¿Vieron u oyeron algo más, caballeros? —preguntó la italiana, de forma educada pero con frialdad.

—No, yo no vi ni oí nada —murmuró el sueco, moviendo la cabeza—; pero aquí Maese Leyton dijo algo de remolinos y no sé qué más.

La Signora volvió a mirarme, con unos ojos más grandes de lo que era usual en ella, como si estuviera impaciente por oír mis palabras. Así que le hablé del extraño ruido de aspiración que había oído y de los remolinos en el agua; cuando hube terminado, cerró los ojos e inclinó la cabeza para meditar. Todos permanecemos en silencio hasta que mi primo alzó el rostro y, atusándose el cabello, soltó una carcajada de júbilo desesperado y falso.

—¡Bien, así son las cosas! —exclamó dando una palmada a Gulston en el hombro—. Han desaparecido y ahora tendremos menos bocas que alimentar cuando el viejo *Noll* venga a ahumarnos para obligarnos a salir de la madriguera. Realmente, vamos a necesitar todas nuestras provisiones —añadió—, porque hoy nuestros hombres no han pescado un solo arenque y no han visto ni una aleta. Tal vez esos movimientos de las arenas hayan asustado a los peces.

La italiana abrió los ojos de repente.

—¿También han desaparecido los peces? —preguntó—. No me habías dicho nada de eso, *Filippo mio*.

—Bueno, se me olvidó —replicó el Conde con su risa funesta—. No temas, Fiammetta, verás cómo los peces regresan a tiempo para tu comida del viernes; y si no, ordenaré que los busquen más lejos. Pero hablar reseca el gaznate. Vamos a probar mi nuevo tonel de vino español, al que le han puesto la espita esta mañana. Si nos fallan los peces, tenemos un montón de vino y pólvora en la bodega. ¿Qué más necesita un soldado?

Gulston jamás rechazaba una invitación como aquella y yo también estaba dispuesto a aceptar la cortesía de mi primo. Pero la Signora me lanzó una mirada con sus ojos entrecerrados que expresaba claramente, sin necesidad de palabras, su deseo de que me quedara. Así que me excusé ante mi primo diciéndole, como era verdad, que su vino era demasiado noble para mi pobre cerebro; el Conde, sin esperar a que acabara

mis excusas, cogió a Gulston del brazo y entró buscando a Pompeyo para que le trajera la jarra. Cuando el ruido de sus pisadas sobre las losas del salón cesó, la Signora dio un paso adelante y se sentó en uno de los escalones, indicándome con un gesto que tomara asiento a su lado. Y así hice. Estuvimos en silencio un rato, pasado el cual me miró con seriedad y habló.

—Signor Uberto, estos acontecimientos en el agua y la tierra son muy extraños. ¿Qué opináis de ellos?

Comencé a decirle que no sabía nada de esas tierras ni de las corrientes o arenas movedizas de las marismas y los canales, pero me interrumpió con cierra impaciencia despectiva.

—¡Oh, sí! —exclamó—, eso está muy bien para el Signor Erico o la Signorina Rosamunda, pero vos no lo creéis ni tampoco Filippo. Decidme lo que pensáis. No soy ninguna muchacha inglesa y no me asustan los cuentos de hechiceros; además, como sois una persona instruida, tal vez pueda enseñaros algo sobre las artes ocultas. ¿No tengo acaso fama de bruja entre los campesinos?

Respondí algo así como que los hombres del campo tienen tendencia a creer que un extranjero es una bruja o un mago, pero ella no me dejó terminar.

—Estamos aquí diciendo necedades —dijo con airado desdén hacia mí y hacia ella misma— mientras el tiempo vuela y quizá ya sea demasiado tarde. Decidme qué sabéis y qué teméis.

—Hay un viejo relato sobre una Cosa que habita la profunda poza que llaman el Agujero —respondí—; el otro día estaba colocando los libros de mi biblioteca y me encontré un volumen de nuestra familia donde estaba escrita esta rima...

Entonces le recité los versos y me hizo repetirlos dos o tres veces hasta que se los hubo aprendido. Cuando iba a decirle que todo eso no era más que un cuento de viejas me interrumpió de nuevo.

—No os mintáis a vos mismo ni a mí, signor —dijo—. Existen cosas extrañas en el mundo que vemos y en el que no vemos, y aún más extrañas en la frontera entre ambos. Nos encontramos ante un peligro grave e inminente. Los grandes cañones de milord y los mosquetes de sus mezquinos soldados son sólo bagatelas que no pueden defendernos, como vuestro propio estoque, aunque sea de buen acero italiano y conozcáis la treta apropiada para utilizarlo.

Había sido tan desdeñosa con nuestra pérdida de tiempo en cumplidos que cuando se desvió del asunto en cuestión para alabar mi habilidad en la esgrima no pude evitar mirarla asombrado hasta que se rió con delicadeza.

—No, me estoy yendo del tema —dijo—. Perdonadme, pero he crecido entre espadachines y es un placer para mí veros jugar el florete con nuestro buen Filippo como un español torea un toro. Si hubierais sido italiano habríais recibido vuestra herencia hace mucho tiempo; una palabra airada de milord, fuera las cotas, uno o dos pases, un giro de muñeca y el Signor Uberto se convierte en el Conde de Deeping.

Me sorprendió sobremanera que hablara así, fútilmente, pues aún debía aprender que la Signora no decía una palabra que no fuera intencionada y tras la cual no se escondieran un par de oscuros propósitos. Le dije que no era tan buen maestro de esgrima como ella pensaba y que consideraba el duelo algo bárbaro, poco civilizado y nada cristiano, motivos por los que el Rey Gustavo de Suecia lo había prohibido con acierto entre sus oficiales. Mientras hablaba, la italiana abrió los ojos como si regresara de un sueño e interrumpió mi homilía, agitando las manos para desestimar mis razones.

—Basta, signor —señaló—; en parte coincido con vos. El estoque es un bonito instrumento, pero hay demasiado riesgo en el duelo. Un cordón del zapato suelto, una mota en el ojo ¿y dónde queda el artista? No, un erudito como vos cuenta con armas más apropiadas. Signor Uberto, sobre esta casa se cierne la sombra de un gran terror y

la maldad de un adversario sin nombre. ¿Qué podéis hacer para salvaros vos mismo y salvarnos a nosotros?

—No conozco más arma que la oración ni más ayuda que el Todopoderoso —contesté quitándome el sombrero.

—Sabía que diríais eso —replicó con suavidad, aunque pude apreciar el tono despectivo de sus palabras—. Ustedes los Puritanos siempre andan con el mismo tema. Pero el Todopoderoso está muy lejos y he visto que el hombre bondadoso pide ayuda a voces y después parece como si fuera un malvado. Hay otros espíritus, no omnipotentes pero desde luego poderosos, que están más cerca y pueden ayudar si uno conoce su lenguaje.

Comencé a decirle que no tenía ninguna fe en la invocación a los santos, pero al oír esta palabra me volvió a interrumpir con insolencia.

—*Dio mio!* ¡Qué pedantes son ustedes los ingleses! —exclamó—. No, yo no hablo de los santos sino de otros espíritus que tal vez se enmascaran santamente. ¿Acaso creéis que puedo suplicar ayuda a los huesos putrefactos de un fraile estúpido que borraría la sabiduría de los clásicos para disponer de pergamino donde escribir la jerigonza que él llama latín? Tengo mejores ayudantes que los santos, como ya veréis si no sois miedoso.

—No tendré tratos con diablos —dije con brusquedad, levantándome del escalón.

—¿Quién habla de diablos? —replicó entornando los ojos—. Para el sabio no hay diablo ni santo, sino fuerzas e inteligencias que tienen el poder de ayudar o causar daño, difíciles de controlar y mortales para los insensatos y cobardes, pero que responden a la palabra adecuada. Yo sola puedo hacer mucho, pero no suficiente. Uberto ¿os atreveríais a ayudarme?

Mientras hablaba, con más pasión de la que nunca antes le había visto mostrar, clavó su mirada en mí y me cogió por la muñeca; fue como si un grillete me aprisionara la mano y la voluntad. No sé qué habría contestado si la puerta no se hubiese abierto de repente y mi primo no hubiera avanzado hacia nosotros; al oír el golpe del picaporte, la mujer dejó caer mi mano y un velo grisáceo cubrió el verde resplandor de sus ojos. Gulston llegó tras el Conde, y ambos tenían el rostro enrojecido por el vino y se reían con ganas.

—Bueno, Fiammetta, ¿qué habéis estado parlotando durante tanto tiempo?

—preguntó cogiéndola de la barbilla y levantándole el rostro.

Pero ella se escabulló como una serpiente y le miró sonriendo.

—Sólo hemos estado hablando del manejo de la espada y de tretas de esgrima —respondió—; y estaba diciéndole al Signor Uberto que si hubiera nacido en mi país podría haberse ganado un gran nombre y una buena herencia con su dominio de la espada.

Al oír esto mi primo soltó una violenta carcajada y Gulston le imitó.

—A decir verdad, primo —exclamó el Conde—, no os tenía por un espadachín tan excelente, pero para ser puritano sois realmente avezado con vuestra arma. Y decidme, Signora, ¿qué nombre y fortuna podría haber ganado mi primo con su estoque? No sabía que los títulos y los bienes nobiliarios pudieran llegar a manos de los maestros de esgrima, ni siquiera de los más grandes.

Los ojos de la italiana se entornaron de forma maliciosa hasta convertirse en meras rendijas mientras le contestaba.

—No, milord, ¿pero qué decís del nombre y el patrimonio del Conde de Deeping?

Mi primo la miró y volvió a reír, esta vez sin demasiada complacencia.

—Oh, sí, ya entiendo —dijo—; un perfecto plan italiano. ¿Y vos qué decís, primo? ¿Queréis que juguemos los floretes quitándoles los botones? Vos apostáis un libro de sermones y yo esta fortaleza ruinosa y las rentas que nadie me pagará. No, la apuesta no parece justa; ¿preferís que incluya a Fiammetta en el premio?

Hablaba en tono de burla, aunque su talante daba a entender que me desafiaba a tomarle la palabra. Pero la Signora ya había demostrado su poder y, pese a estar enojada por su conducta despectiva, no quiso seguir llevándole por ese camino.

—No, *Filippo mió* —dijo con calma—, el combate sería desigual. El Signor Uberto es hombre de paz y sus tretas de esgrima apenas le servirían con las espadas desnudas. Por otra parte, por poco que valga, me considero demasiado valiosa para ser la apuesta de un asalto de esgrima.

El arranque de malhumor del Conde pasó y éste se volvió hacia Gulston, que había estado mirándonos sin comprender nada durante todo el rato.

—Eric —dijo mi primo—, los hombres dicen que no pueden pescar con sus cañas y que tampoco se ve ninguna ave en las marismas. Ordena que media docena de ellos zarpen en un bote con redes y escopetas y encárgate de que no regresen de vacío.

Al sueco se le mudó el rostro y se trasladó de un rellano al otro.

—Milord —comenzó—, le ruego que considere que los hombres están muy cansados por el trabajo de todo el día y a algunos les asustan las marismas por las extrañas arenas movedizas y el maldito olor. Además, la bruma puede rodearles y hacer que se pierdan en los canales.

El Conde frunció el ceño y profirió un juramento.

—¡Por todos los demonios! —exclamó—; ¿es que soy el capitán de una pandilla de comadres? Esperaba que dijeras eso, pues unos estúpidos cobardes han estado atosigando a los soldados con cuentos de viejas hasta hacerles asustarse de sus propias sombras. Envía a algunos de los que no estuvieron esta mañana y ordénales que se dejen de palabrería o les arrancaré la piel con la vara de los perros.

Gulston se encogió de hombros y nos abandonó sin más; poco después oí que mandaba salir a los soldados de su alojamiento y vi aparecer a cinco de ellos refunfuñando, dos con escopetas de caza y los otros tres provistos de aparejos de pesca y cebo. Aunque estaban acostumbrados a tomar esas salidas como una fiesta, ahora marchaban malhumorados, y si no hubieran sentido la mirada de su amo y sabido que él solía ser mejor que sus amenazas, quizá se habrían negado a ir de pesca. Uno de ellos, recuerdo, se dio la vuelta al llegar a la puerta del cuarto de la guardia y retrocedió como si hubiese olvidado algo; al rato salió con una gran espada ceñida al costado. Mi primo soltó una carcajada y le preguntó si la iba a emprender a tajos y empellones con el bacalao, pero el hombre no respondió. Entonces se levantó un poco de brisa, que desplazó la bruma hacia el mar, y un dorado rayo de sol bañó el campanario anunciando lo que parecía ser otra tarde despejada; al ver de nuevo el sol, los hombres desatracaron su bote con bastante alegría, pues todos eran unos bribones temerarios muy poco dados a sentirse alicaídos. Después partieron, y el Conde les gritó que si traían un buen cargamento de peces o aves no les faltarían licores ni cerveza para acompañar la captura.

Marchamos cada uno a nuestros aposentos; pero antes de dirigirme a mi cámara, paseé por el adarve durante un rato. Desde allí vi cómo la embarcación, ayudada de remos y una pequeña vela, avanzaba a buena velocidad hacia el mar hasta que un cambio de dirección del viento trajo otra vez la bruma y apenas pude ver el bote, que quedó reducido a una mancha negra sobre el agua gris. Al no oír disparos, deduje que no habían encontrado ningún ánade.

Cansado de los marjales grises, me retiré a mi habitación y me tumbé en la cama con intención de descansar durante media hora. En cuanto mi cabeza rozó la almohada caí en un profundo sueño, que debió de durar horas y al principio no fue acompañado de ensoñación alguna; pero al final tuve una pesadilla extraña —consecuencia, como suele ocurrir con tales visiones, de lo que había visto y oído— en la que se entremezclaban de manera insólita diversas fantasías. Soñé que me batía con mi primo y que a cada lado tenía una figura amortajada y encapuchada, que yo podía ver pero el

Conde no. Éste se enfadaba y su ataque se volvía más agresivo, como solía sucederle al ver que yo era un contrincante demasiado difícil para él; entonces, la figura situada a mi izquierda estiraba un brazo, retiraba el botón de mi florete y, apuntando su dedo largo y afilado al pecho de mi primo, decía, con una voz de mujer que era la de la Signora: «¡Descargad el golpe! ¡Bien muerto no tiene par!», como dijo Milord de Essex mientras pedía con insistencia la muerte del Conde de Strafford. Después, la otra figura se quitaba la capucha y mostraba el cráneo de un hombre, en cuyas cuencas brillaban los ojos de Maese Pentry, que decía con voz áspera: «¡A mí la venganza, dijo el Señor!», y pretendía detenerme. Pero en mi sueño yo desviaba la hoja del florete de mi primo con un rápido quite y, echándome hacia adelante, le atravesaba el pecho con la estocada favorita de mi maestro italiano; el Conde caía con el pecho chorreando sangre y ésta se convertía en finos zarcillos rojos que se arrastraban sobre las piedras para agarrarme hasta que gritaba lleno de espanto y se oía un trueno enorme. Al despertarme, el sudor me corría por el rostro y los retumbos del trueno aún resonaban en el aire.

Cuando estuve bien despierto, vi que la tarde había caído y por la ventana se deslizaban algunas capas de bruma oscura. Noté un suave olor fétido, que ya conocía, mezclado con el característico tufo de la pólvora, y ello me sorprendió, aunque no por mucho tiempo; al instante la oscuridad del patio se iluminó con un destello rojizo, al que siguió la ruidosa descarga de una culebrina procedente de la puerta, y el humo se juntó con la niebla dando lugar a la aparición de extrañas formas en el patio. Alarmado por lo que ello pudiera significar, me eche la capa sobre los hombros y bajé la escalera a toda prisa; la fortuna quiso que me encontrara con la señorita Rosamund Fanshawe por el camino. Ella estiró la mano y, cogiéndome de la capa, me preguntó qué sucedía, pero no pude decírselo; entonces vi una gran sombra que se abría paso entre la bruma y cuando fui a agarrarla descubrí que era el sueco. A mi pregunta respondió con brusquedad que los pescadores no habían regresado y el Conde estaba disparando el cañón para guiarles a través de la niebla. Así que le dejé marchar y subí al adarve con la señorita Rosamund; al cabo de un rato, oímos el disparo de un mosquete, muy lejano y amortiguado por la bruma, y me alegré de que los hombres volvieran sanos y salvos, pues en aquel lugar solitario y temible hasta el peor rufián parecía un amigo, ya que al menos era humano. Permanecimos atentos, tiritando entre la fría niebla que se espesaba; por fin se oyó otro disparo, algo más cercano aunque todavía distante, y luego otros dos o tres muy seguidos y un tremendo silencio. Poco después, el débil clamor de unas voces, que gemían o gritaban, llegó hasta nosotros; pero de repente enmudecieron y ya no oímos nada más.

Enseguida escuché la voz de mi primo que daba órdenes a los soldados para que encendieran un almenar en una de las torres y así los hombres pudieran dirigirse al castillo; también mandó hacer sonar la campana. Pero no hubo ningún grito o disparo de respuesta durante un par de horas. Después, la bruma levantó un poco y el vigía de la barbacana gritó que veía el bote. Todos se dirigieron al embarcadero y la señorita Rosamund y yo les seguimos; el aviso era cierto, pues pudimos ver una mancha negra que salía de la oscuridad y se deslizaba con lentitud hacia el muelle. Cuando se hizo más grande, no apreciamos ningún vestigio de remos u hombres. Finalmente, el bote golpeó contra el muelle y los soldados llamaron a voces a sus compañeros y se acercaron con antorchas para ver cómo les había ido.

Pero nadie respondió; el bulto negro se deslizó un poco más y, cuando la luz trémula iluminó el interior del bote, vimos que el casco estaba lleno de agua hasta la mitad y había hebras de limo que brillaban como la sangre bajo la luz roja de la antorcha. De los hombres, sus aparejos y armas, y de los peces o las aves que habían capturado, no había el menor rastro; pero, por uno de los costados de la barca, sobresalía la hoja rota de un espadón, incrustada en la madera como si un loco hubiera descargado un golpe

brutal. Entonces reconocimos el arma del hombre que había vuelto a coger su espada y supimos que le había aprovechado poco. Ése era el único indicio sobre el posible final de aquellos soldados.

CAPÍTULO IX

Del sacrificio del ave negra

Cuando mi primo vio el bote, y el trozo de espada que era el único vestigio de sus hombres, perdió los estribos y empezó a gritar como un loco que partieran todas las embarcaciones para tomar venganza del causante de aquello, fuera hombre o diablo. Como nadie hizo el menor intento de cumplir su orden, se dispuso a saltar a una de las barcas, pero la Signora le agarró de la capa y le susurró al oído algo que le detuvo. Después, volviéndose hacia Gulston, la italiana ordenó que regresáramos al patio y se atrancaran las puertas. Así se hizo, y cuando todos estuvimos al abrigo de las grandes murallas el temor de la guarnición disminuyó un poco. No obstante, los soldados siguieron formando corrillos y murmurando, como si tuvieran miedo de quedarse solos; entonces la Signora les habló con calma.

—Ha sido un hecho desgraciado —señaló—; los hombres debieron de enloquecer por el miedo o el licor y se atacaron unos a otros. Los disparos que oímos eran, sin duda, de la refriega, y quienes quedaron con vida se habrán lanzado por la borda. ¿No lo crees así, Filippo?

El Conde asintió con la cabeza sin decir nada; pero el sueco, enlazando con la historia de la italiana, juró y perjuró que sabía que una locura semejante se apoderaba a menudo de los hombres en las guerras y los naufragios; cuando los soldados recobraron un poco más los ánimos, se apostaron dos vigías en las murallas y nos retiramos a nuestros aposentos. Por lo que a mí respecta, me tendí en la cama tal como estaba, con la espada a mano; estuve así, tumbado y dominado por la inquietud, y corriendo a la ventana cuando el chapoteo del agua aumentaba y me recordaba el ruido de aspiración que había oído por la mañana, hasta que la propia honrilla me obligó a mantenerme echado. Durante la hora previa al amanecer, uno de los centinelas disparó su mosquete y la mayoría salimos a las murallas, pues el hombre imaginaba que había visto una especie de bulto negro agitarse por encima del muelle. Cuando encendimos unas antorchas y miramos, no había nada; Gulston puso entonces al tipo bajo custodia y prometió que por la mañana se sentaría en el potro de madera. Ya no volvimos a ser molestados, así que al rayar el alba me quedé dormido y no desperté hasta que la luz del sol brilló con fuerza sobre mi rostro.

Cuando me asome a la ventana, el día era hermoso y tranquilo, y la niebla flotaba sobre el pliegue de las colinas lejanas; se podía oír el ajeteo de los hombres y a uno de ellos entonar una canción. Según mi costumbre, bajé a pasear al patio; todo marchaba como antes y los acontecimientos del día anterior parecían haber sido sólo un mal sueño. Pero al cabo de un rato, oí unos quejidos que procedían de una cámara cercana al cuarto de la guardia y se me ocurrió que podía ser uno de los hombres heridos en el combate de Marsham; cuando el sueco salió, limpiándose la espuma de su trago mañanero de la barba, le pregunté cómo estaban los heridos.

—Uno está casi curado —contestó—, pero el otro sigue bastante mal, pues la hoz de aquel canalla le atravesó la mano de la espada antes de que yo le disparara. Le hemos vendado el brazo, pero supongo que morirá pronto porque no hay ningún cirujano entre nosotros. Bueno, uno menos para acabar con los víveres y un día más de vida para nuestros pollos.

Mientras hablaba, oí un cacareo y vi aparecer en el patio unas pocas aves de corral que se criaban en el castillo; la hija del herrero de Marsham, que era la doncella de la señorita Rosamund, las llamó desde la puerta de la torre y esparció algunas migas de pan y unas piltrafas que llevaba en una cesta colgada del brazo. Realmente era una imagen hermosa y pacífica ver a las gallinas picoteando entre las piedras mientras su amo y señor, el gallo, se pavoneaba al sol como un joven galán con su atuendo de fiesta. Gulston debió de pensar lo mismo, pues lanzó un par de suspiros y se rió como si estuviera avergonzado.

—¡Cáspita! —exclamó—, podría imaginarme a mí mismo en casa de mi madre en Uppsala, haciéndome una espada de madera para conducir a los hijos de los campesinos a la guerra mientras las muchachas echaban migajas de pan de cebada a las gallinas. Es una hermosa casa y delante de la chimenea está la piel del primer oso que cacé. ¡Quién sabe si volveré a pisarla alguna vez! —añadió suspirando de nuevo y soltando un juramento. Entonces se marchó a grandes pasos, con el bamboleo de su larga vaina entre las piernas, y dejó que me repartiera el señorío del patio con las gallinas.

Cuando hube dado una o dos vueltas, me di cuenta de que la Signora asomaba la cabeza por la puerta de la mansión; al verme solo, se dirigió con elegancia hacia mí para saludarme y preguntarme qué hacía. Le respondí que me limitaba a observar cómo comían los pollos y ella me preguntó, en tono de broma, si estaba practicando la adivinación con las aves como hacían los clásicos.

—No —dije riendo—; no tengo habilidad para los augurios, y me temo que podría haber estado entre quienes se mofaron del cónsul Claudio, que ordenó arrojar los pollos sagrados al mar y les mandó beber ya que no querían comer.

—Sí —replicó—, y de ese modo llevó a la más completa ruina a sus barcos y a el mismo, como advertencia a todos los que desprecian las adivinaciones.

Se detuvo de repente y miró con atención a una esquina del patio, donde, por mi parte, no vi más que una pequeña gallina negra picoteando las piedras, alejada de las demás. La Signora se volvió y pude observar que sus ojos brillaban como si hubiese encontrado un tesoro.

—Signor Uberto ¿recordáis que ayer hablamos de los poderes invisibles y de las artes ocultas que podían controlarlos?

—Sí —contesté—; pero yo siempre he valorado poco la magia.

—En eso estáis totalmente equivocado pese a toda vuestra erudición —respondió con desdén—; si no os asustáis, podréis ver algo pronto.

Entonces miró de nuevo al ave negra. Mientras me preguntaba qué podría ver en el picoteo de la gallina, el soldado herido volvió a gemir y a invocar a sus santos, pues era del sur, y ella quiso saber quién estaba enfermo. Le conté lo que el sueco me había dicho; y cuando le relaté cómo había sido herido aquel hombre, sus ojos se abrieron y se hicieron más brillantes.

—Ah, *povero!* —exclamó, aunque su voz era menos compasiva que sus palabras—; ¿y decís que su mano derecha está casi cortada? Voy a verle y quizá pueda aliviar su dolor con la cirugía que mi padre me enseñó. Pero antes decidme: ¿quién cuida de esos pollos?

Creí que pensaba coger una gallina para hacer caldo para el enfermo, así que le contesté que la doncella de la señorita Rosamund se encargaba de criar las aves. En ese momento salió la muchacha con otra cesta de mendrugos; cuando vio que los ojos rasgados de la italiana se fijaban en ella, la joven se puso pálida e hizo una reverencia.

—Acercare, muchacha —dijo la Signora.

La moza se aproximó despacio, arrastrando los pies como si llevara grilletes.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

Cuando oyó decir Elizabeth añadió:

—Muy bien, Elisabetta. ¿Ves aquel pollo negro? Cógelo, llévalo a mi cámara y espera hasta que yo llegue.

La muchacha vaciló un momento y empezó a balbucir que era la doncella de la señorita Rosamund y no tenía permiso para hacer otras tareas; pero la italiana le interrumpió.

—¿Quién eres tú, y quién es la Signorina Rosamunda, para decir qué ha de ser o qué no ha de ser? ¡Haz lo que te he dicho o probarás el látigo!

Me molestó oír a una extranjera hablar de ese modo a una campesina libre de mi país, cuyo origen no era acaso peor que el suyo y cuya moralidad sin duda era mejor; así

que le dije claramente que la muchacha no era una esclava y que no me gustaba escuchar palabras semejantes para dirigirse a una inglesa. La Signora se rió y me miró entornando los ojos hasta convertirlos en rendijas.

—Ya —dijo—; olvidaba que éste es el país de la libertad, donde la sirvienta es tan buena como su señora, y *Noll Cromwell* mejor que el Rey. No emplearé la violencia ni obligaré a nadie. Mírame, Elisabetta, y verás que no pretendo hacerte daño.

Su voz era suave y dulce como la miel, aunque siseaba como una serpiente. La joven sacó fuerzas y le miró a la cara. Cuando sus miradas se encontraron, la muchacha experimentó un temblor intenso y retorció el cuerpo como si quisiera desprenderse; pero estaba bien agarrada. Observé a la italiana y vi que sus ojos verdes miraban fijamente a la doncella mientras sus labios aspiraban como si le estuviera sorbiendo la vida. Así estuvieron durante un rato, hasta que la Signora estiró el dedo índice de su mano izquierda y señaló a la frente de la joven, que se estremeció con un profundo suspiro; sin decir palabra, la muchacha empezó a caminar despacio y cogió el ave negra. Antes de cruzar la puerta de la casa, volvió la vista de modo lastimero hacia la italiana, como si buscara la compasión que no había encontrado, y después hacia mí, que deseaba ayudarle pero no sabía cómo.

—Ahora debo entrar para ver si puedo aliviar a ese pobre hombre —dijo la Signora, aunque sonrió como si su intención no coincidiera con sus palabras.

Entonces oímos que la señorita Rosamund llamaba a su doncella desde la escalera de la torre; al no obtener respuesta, salió a buscarla y se acercó hasta nosotros.

—Perdonad Signora Bardi, y vos primo —dijo haciendo una reverencia apática a la italiana—; ¿habéis visto a mi doncella Bessie?

—Necesito a Elisabetta hoy —contestó la Signora.

Sus palabras hicieron que la señorita Fanshawe se acalorara y diera un fuerte golpe con el pie en el suelo.

—Pero ¿qué decís...? —preguntó—. Creo que a la joven se le ordenó atenderme a mí. Naturalmente, si necesitáis una mujer, ahí tenéis a la muchacha de la taberna, que puede servirlos de igual manera, o quizá mucho mejor, ya que le encanta la compañía de los soldados.

Temí lo que la italiana pudiera decir o hacer, pues conocía el odio que existía entre ellas. Sin embargo, la Signora se limitó a sonreír y hacer un gesto de desprecio con la mano, según su costumbre extranjera, como si desechara algo demasiado trivial.

—No puedo quedarme a discutir —dijo—, pues ese pobre hombre me necesita. La muchacha ha venido por su propia voluntad y eso basta; además, no sufrirá ningún daño conmigo si se porta como una verdadera doncella. ¿Por qué no tomáis a vuestro servicio a la otra en su lugar?

La señorita Rosamund negó con la cabeza y la Signora nos abandonó y entró en la cámara de donde provenían los quejidos. Al rato, salió un soldado y se dirigió a la casa, de la que volvió acompañado del negro Pompeyo, que traía una caja y varios frascos y un brasero con carbón. Entretanto, la señorita Fanshawe y yo hablamos de cosas nimias, pues los ventanucos de la cámara estaban abiertos. Cuando Pompeyo hubo entrado con su carga y las ventanas se cerraron, empecé a contarle a la señorita Rosamund la extraña conversación con la Signora; en ese instante se oyó un tremendo alarido en el cuarto del hombre enfermo, seguido de un balbuceo en una lengua extranjera, y luego más gritos y juramentos horribles que estuvieron a punto de hacer que nos tapáramos los oídos. Un momento después, los gritos se convirtieron en lamentos y de repente enmudecieron; la italiana salió de la cámara sonriendo, con algo envuelto en una servilleta de la que caían gotas rojas sobre las piedras, y el negro la siguió con otras cosas. Ni siquiera nos dirigió la mirada, sino que fue hacia la casa como quien avanza con resolución hacia un objetivo. Sin embargo, no era difícil imaginar lo que había sucedido. El soldado que había ido a buscar a Pompeyo también

salió, mascullando maldiciones como si estuviera aterrorizado, y cuando le pregunté qué había pasado me contestó que la Signora no se lo había pensado dos veces y le había cortado la mano al enfermo con más destreza que cualquier cirujano; después se la había vendado y le había dormido con una droga secreta que había en uno de los frascos. Dicho esto, el soldado pasó a ocuparse de sus asuntos y la señorita Rosamund me miró con rostro serio.

—Es extraño —dijo—; un ave negra y la mano de un hombre, de un asesino sin duda. ¿No os huele todo a brujería, primo? ¿Y qué pensará hacer con mi pobre Bessie?

Procuré consolarla diciéndole que hablaría con el Conde para que la joven no sufriera ningún daño y subimos al adarve para mirar al exterior. La marea había crecido y la mayor parte de las marismas aparecía cubierta de agua gris, más oscura en los canales y bastante tranquila bajo el pálido resplandor del sol; pero había algo raro en toda esa quietud donde antes habíamos visto a los peces morder el anzuelo y saltar o a las aves disputarse la comida. Al cabo de unos minutos, la señorita Rosamund se puso pálida como la muerte y decidió marcharse, pues en el aire flotaba un olor desagradable que no era sino el hedor procedente del Agujero, tan conocido y temido por mí. Así que ella bajó de la muralla y yo me quedé paseando durante un rato; lo único que me pareció ver, a bastante distancia del castillo, fue el avance de unos remolinos, que se deslizaron con rapidez por las marismas y desaparecieron, llevándose con ellos el mal olor. Un cuarto de hora más tarde, el olor se notó de nuevo y los remolinos volvieron a desplazarse en la misma dirección que antes; así ocurrió varias veces hasta que la marea menguó y ya no los vi más. El resto del día transcurrió de manera tediosa.

A la hora de la cena nos reunimos todos menos Gulston y, tal como había prometido, hablé con mi primo acerca de la joven Elizabeth. Creyendo que sólo era una disputa entre mujeres, y algo enojado por el hecho de que la Signora se tomara la libertad de disponer de la sirvienta de su prima, pues no sabía nada más del asunto, preguntó a la italiana qué quería de la muchacha. La Bardi se limitó a sonreír con gesto malvado y respondió con amabilidad que necesitaba a la joven para una cuestión de artes ocultas que a ella no le causaría ningún daño y podría ser de gran provecho para todos. Entonces nos pidió que fuéramos a ver por nosotros mismos lo que esa misma noche se disponía a hacer, si es que teníamos valor; porque el tema era de gran importancia y no estaba exento de peligro para ella ni para los demás.

Cuando hubo terminado de hablar, permanecimos en silencio durante un rato, pues el asunto olía a hechicería y magia negra; mi primo, que era quien primero debía hablar, frunció el ceño y continuó sentado con gesto taciturno, como suele ocurrirle a los hombres violentos cuando se enfrentan a un peligro incomprensible para ellos. La señorita Rosamund, siempre tan valerosa, viendo que el Conde no decía palabra, se inclinó hacia mí sobre la mesa y habló con expresión seria.

—En cierto modo —comenzó—, entiendo la naturaleza del asunto de esta noche; y veo que implica riesgo para nuestras almas y nuestros cuerpos. Pero si la muchacha está a mi cargo ¿cómo puedo negarme? Signora: iré.

La italiana no dijo nada, pero sonrió como un hombre ante la valentía de su enemigo; a decir verdad, aunque era una mujer perversa, sabía apreciar con entusiasmo varonil el coraje y la erudición dondequiera que los hallara. En vista de la situación, no pude vacilar y, por pura vergüenza, tuve que unirme a ellas; el Conde, que despertó de su estado taciturno, vació de un trago su copa llena y dijo que nos acompañaría.

—Nosotros cuatro y la muchacha —precisó—, y acaso el diablo para completar la media docena. ¿O se lo decimos también a Gulston? —añadió.

Éste entró en el preciso momento en que mi primo le nombraba y, con aspecto adusto, se sentó en su sitio. Ni siquiera explicó el motivo de su retraso hasta que hubo comido y bebido; después, apartó su plato y miró al Conde a la cara.

—El hombre ha muerto —dijo—; le he visto morir y he oído su confesión, pues, debido a la fiebre, me tomó por un cura; y la verdad es que ha sido un relato bastante desagradable, con alrededor de una docena de asesinatos entre sus mejores acciones.

—¿Un asesino o incluso peor? —preguntó la Signora— *Ah, povero!* —añadió, pero sus ojos brillaron de manera extraña con oculta complacencia.

—Bueno, me voy a dormir —dijo el sueco—; y no pienso enterrar a nadie más, ni de día ni de noche. Me parece, signora, que vuestra cirugía le aprovechó bien poco.

—Hice lo que pude —respondió la italiana, bajando los ojos como si estuviese apenada—; y siento no haber podido salvarle.

El sueco soltó un gruñido por toda respuesta y se apresuró a salir del salón; mientras lo hacía, mi primo preguntó a la italiana con la mirada: «¿Le digo que venga esta noche?», pero ella negó con la cabeza.

—Es un buen soldado —dijo con desprecio—; pero con una inteligencia tan correosa como la vaina de su espada. Signorina Rosamunda y Signor Uberto, enviaré a buscarles.

Nos retiramos a nuestras habitaciones y me puse a mirar por la ventana, pues el miedo de lo que iba a suceder me impedía dormir. Además, el olor del limo se hizo patente un par de veces en mis narices, y un extraño ruido de absorción, más fuerte que el habitual chapoteo de las aguas, me impulsó a escudriñar la noche, que era negra y sin luna. Pero no vi nada. Una media hora antes de la medianoche, el negro vino a buscarme, me ceñí la espada y salimos; al volverme para ver si olvidaba algo, mis ojos se posaron sobre la pequeña Biblia en griego que siempre acostumbraba a leer en los viajes y, sin pensarlo dos veces, me la guardé en el bolsillo. Afuera aguardaba la señorita Rosamund, embozada con capa y capucha, y los dos seguimos a Pompeyo hasta la mansión. Subimos por una pequeña escalera, desconocida para mí, y llegamos a una puerta; el negro llamó y, antes de que abrieran, se marchó asustado.

La cámara a la que entramos era bastante amplia y estaba revestidas con paneles de roble oscurecido por los años. El suelo también era de roble, encerado, y no había ninguna alfombra ni colgaduras en la pared. Tampoco había sillas ni ningún otro mueble, a excepción de una mesita de bronce labrada minuciosamente, como un trípode con serpientes enroscadas, donde se veían dos velas encendidas y algo cubierto con un paño negro. En el suelo había cuatro círculos dibujados con tiza roja, uno de los cuales era más grande; dentro de cada uno de ellos estaba la figura denominada pentaclo, o Sello de Salomón, acompañada de unos caracteres escritos que parecían ser árabes o de otras lenguas orientales. Aunque sabía que todo eso constituía el bagaje habitual de los hechiceros, me produjo un temor que no esperaba, y pensé que aún podía haber más bajo el velo negro situado en el altar de bronce, pues tal parecía. Mi primo estaba allí, esperando, pero no dijo nada; y no se oyó ninguna palabra hasta que la Signora se acercó a nosotros, ataviada de forma extraña, con una larga túnica negra, el pelo suelto y una guirnalda de hojas en la cabeza como una antigua Sibila.

—Ya veo que están aquí —dijo—; ahora escuchen. Sitúense cada uno dentro de esos círculos y no los abandonen por nada del mundo, pese a lo que vean u oigan, hasta que yo les diga.

Una vez colocados en nuestros pentaclos, gritó:

—Elisabetta, ¡acércate!

Al oír su voz, la muchacha salió de una habitación interior, vestida con una túnica negra de extraña hechura, descalza, con el cabello suelto y la mirada absorta como si no viera nada, y la Signora la condujo hasta el círculo más grande, que estaba frente a la mesa. Tras esto, la italiana abrió la ventana de la estancia de par en par y el olor del Agujero penetró con un ligero soplo de viento que hizo parpadear las velas.

—¡Ah! —exclamó la Signora—; ahí está, ahí está, pero todavía podemos escapar.

Entonces se acercó a la mesa de bronce y retiró el velo negro; allí estaba, tal como casi esperaba ver, la mano cercenada del soldado muerto, larga, delgada y extrañamente atezada, con el dorso cubierto de vello oscuro. Junto a los dedos, la italiana colocó una vela que se sacó del escote, y en el suelo, entre la muchacha y el trípode, puso un brasero; y así, situándose dentro del gran círculo con la doncella, arrojó sobre las brasas dos puñados de algo parecido a incienso, que ardió con una llama verde y oscilante y despidió un humo denso que me hizo guiñar los ojos y lagrimear. La cabeza empezó a darme vueltas, como si hubiera bebido vino hasta emborracharme, y no sé si lo que creí ver después no pudo ser obra, en parte, de aquel incienso diabólico.

—Ahora —dijo la italiana—, ha llegado el momento del sacrificio.

Al oír su mandato, la muchacha puso una cosa negra sobre la mesa de bronce, delante de la mano, y vi que era el pollo que había cogido por la mañana. El ave se debatió un poco, pero no hizo ruido, y la Signora entregó a la joven un gran cuchillo, o quizá fuera una espada corta, que tenía la hoja curva como una media luna. En ese momento el reloj del campanario empezó a dar la medianoche; cuando sonó la última campanada, la italiana gritó:

—¡Golpea!

La muchacha partió el pollo en dos de un tajo y un chorro de sangre salpicó su túnica y la mano inerte y chisporroteó en el brasero. Entonces soltó el cuchillo y regresó al círculo, donde, como si estuviera en trance, comenzó a salmodiar un extraño cántico o encantamiento en una jerga que a veces sonaba a hebreo, otras a caldeo o a latín, y recordaba el canturreo primitivo de los esclavos negros en las plantaciones. Cuando llevaba un rato cantando, una ráfaga de viento entró por la ventana y apagó las velas de la mesa, de modo que no quedó más luz que las llamas verdosas del brasero, alimentadas de vez en cuando por la Signora con el incienso que sacaba de una caja. Con el viento, el fuego se avivó e iluminó toda la estancia, y miré hacia el altar de bronce donde reposaban las dos mitades de la gallina sacrificada y la mano del hombre muerto.

Me dio la impresión de que la mano era distinta a la que había visto antes, pues su color era más oscuro y tenía las uñas largas y ganchudas como las de un pájaro; además, el vello de la muñeca era mucho más espeso y negro, parecido al de la mano de un mono. Inicialmente, su postura había sido plana, pero se había girado y ahora estaba inclinada sobre la mesa, aunque no vi que se prolongara en ningún brazo. Entre las llamas trémulas y las sombras oscilantes, me pareció distinguir algo que se movía como una hebra de pelo mecida por el viento y cuyo tamaño y negrura aumentaba de una manera desordenada e informe; cuando volví a mirar la mano, sus dedos agarraron la extraña vela, que se prendió sin que nadie la encendiese y ardió con una llama verde. La semblanza de pelo serpenteó sobre la mesa y cubrió el cuerpo del ave, que no volvimos a ver; un remolino de viento esparció sus plumas por la habitación, como una borrasca de nieve negra, y un olor a quemado se mezcló con el del incienso. La Signora alzó la voz de un modo extraño y melodioso y pude entender lo que decía porque empleó la lengua latina, aunque de forma más medieval y corrupta que como hablaban los romanos.

—*Cibum potumque tibi dedi* —dijo—; te he dado comida y bebida, la carne y la sangre de una víctima negra. ¿Qué me darás tú?

Ya fuera la confusión de mis sentidos, la joven hablando en su trance o la propia voz de un demonio, me pareció oír un sonido repetitivo y estridente, como la voz de un mono capaz de hablar, que salía de la sombra con apariencia de pelo y decía: «*Quid vis, domina?*» o «¿Qué quieres, señora?» y la llama verde de la vela se inclinó ante la italiana.

Ésta permaneció inmóvil durante un instante antes de responder, y sobre su rostro tremolaron las llamaradas verdes procedentes del brasero y de la vela que sujetaba la

mano del muerto; me dio la impresión, y también a la señorita Rosamund, de que en la sombra de la Aparición había un resplandor verde, como unos ojos que miraban aquí y allá. En medio de la quietud, oí el crepitar de las llamas chisporroteando en el brasero y, afuera en las marismas, el rumor de la marea entremezclado con el extraño ruido de succión que había escuchado antes. Entonces la Signora señaló a la ventana y habló en una lengua desconocida para mí; la Aparición se desplazó con desgana, por así decir, hacia el lugar indicado por ella. Cuando la italiana volvió a hablar, estirando el brazo más allá del círculo en el que se encontraba, la sombra creció y una larga hebra de pelo restalló como un látigo tan cerca de mí que sentí el aire del trallazo en las mejillas y me pareció abrasador. La Signora logró retirar el brazo a tiempo y la Aparición empezó a alargarse hacia la ventana y a medio camino retrocedió, como he visto que hacen las bestias salvajes cuando el domador las obliga a realizar algún salto o destreza. Era del tamaño de un perro mastín, pero no vi su forma ni cuántos miembros tenía, sólo la mano que agarraba la vela. Advertí que cuando se movía de acá para allá siempre evitaba los círculos de los peinados en los que estábamos, como un gato que sorteara los charcos con precaución. Además, el temor que la Aparición me provocaba disminuyó un poco, pues se movía despacio y como con miedo.

Pero la quietud fue sólo pasajera, pues la Signora señaló a la muchacha que seguía en trance y, con alguna artimaña, le mandó pronunciar el ensalmo que debía obligar al ser maligno a cumplir sus órdenes. Cuando la joven dijo unas palabras desconocidas y extrañas, la Aparición se dirigió hacia la ventana y, una vez más, merodeó por allí; por último, la mujer italiana hizo señas a la muchacha, que cogió una pequeña barra en la que yo no había reparado, apuntó hacia la ventana y se lanzó contra la Aparición como si quisiera expulsarla. De lo que aconteció después sólo puedo hablar de forma confusa, pues parece una pesadilla provocada por la fiebre o el delirio de un loco. Cuando la doncella abandonó el círculo pintado en el suelo y se acercó a la Aparición, fue como si esta alcanzara un tamaño y una negrura enorme, hasta ocultar la ventana, y empezara a ondear y bramar como una gran vela desgarrada por la tempestad, que envolvió a la joven y le hizo dar un grito y caer al suelo mientras los demás nos quedábamos paralizados de miedo. Sólo la señorita Rosamund, que hasta entonces había dado la espalda a la cosa maligna, al oír gritar a la muchacha, salió de su círculo y, sin temer por su vida, corrió hacia la ventana, donde podía verse una sombra que se retorció bajo el resplandor verde. Aunque estaba muy asustado, di un paso para ayudarla e intenté desenvainar la espada; pero mi mano tropezó con la Biblia que llevaba en el bolsillo y la saqué, pues me pareció un arma más apropiada que el acero contra el poder de Satanás. Al precipitarme hacia adelante, vi la sombra y la apariencia de pelo encogerse y retroceder ante la señorita Rosamund, y pude distinguir a la muchacha desvanecida en el suelo. Pero cuando llegué a la ventana, la Aparición volvió a crecer y se cernió sobre su enemiga, que no le tenía ningún miedo, pues estaba segura de su propia pureza. Yo, que temía por ella todo lo que ella no temía por sí misma, invoqué el nombre de Dios, e impulsado por una energía desconocida, arrojé el libro contra la sombra y el resplandor verde que parecían ser sus ojos, provocando una llamarada y un gran estruendo, no sé si en mi imaginación o en la realidad, que hizo que el brasero saliera lanzado por los aires y nos quedáramos a oscuras. Cuando la mujer italiana encontró pedernal y eslabón y encendió las velas, allí sólo estaba la joven Bessie tendida en el suelo, la mano del muerto sin nada más y mi pequeña Biblia. Al acercarnos a levantar a la muchacha, descubrimos que estaba muerta y tenía el rostro ennegrecido; además, en su cuello había unas marcas, como si hubiese sido estrangulada con cuerda fina. La señorita Rosamund se puso a sollozar y mi primo se estremeció; pero la Signora, utilizando palabras groseras en un italiano que nadie entendió excepto yo, estalló en un ataque de desprecio hacia la puerca pueblerina que había perdido su vida y arriesgado las de los demás por su estupidez. En ese momento

no comprendí lo que quería decir; pero después he leído en antiguos libros de magia que nadie puede desafiar la iniquidad de los poderes del mal salvo quienes son puros, como se dice en los relatos de las santas vírgenes, que fueron acosadas en vano por dragones y diablos. Sin ninguna duda, esa fortaleza de la inocencia existía en la señorita Rosamund. Todo esto no lo pensé entonces, sino que pedí a la Signora que dejara de hablar de manera soez sobre alguien a quien había asesinado con su brujería; cuando su ira se aplacó, dejó de desvariar y permaneció en silencio durante un raro. Al ver a la señorita Rosamund ponerse en pie, pues estaba arrodillada junto al cuerpo de la joven Bessie, se dirigió hacia ella y la agarró de la manga con ansiedad.

—¡Signorina Rosamunda! —gritó—, ¿queréis ayudarnos en nuestro aprieto y escapar también vos misma del destino que nos amenaza? Los espíritus sólo os temen a vos de entre todos nosotros. Os enseñaré la palabra mágica y quizá sirva, pues no he visto a nadie con tanto valor como vos.

Al principio, la señorita Rosamund no respondió, pero después cogió mi Biblia del suelo y se la acercó al pecho antes de hablar.

—Me he prestado demasiado a vuestras malas artes al estar aquí —dijo con gravedad—, y la culpa de la sangre de esta muchacha recae en parte sobre mi alma. Si pudiera salvar las vidas de todos entregando la mía, sin cometer pecado, lo haría con agrado. Pero no tendré más tratos con el enemigo de la humanidad. Dejarme que acate la justicia divina, aunque sea terrible, y no me hagáis perder el alma para ganar unos días de vida terrenal.

Entonces abrió la puerta y se marchó mientras los demás nos mirábamos unos a otros. La italiana golpeó con rabia una mano sobre la otra y se volvió hacia mi primo, que había permanecido sin moverse ni decir palabra durante todo el rato.

—*Filippo mió!* —exclamó—. ¿Vas a permitir que perezcamos por el orgullo de esta imperturbable mujer? Tú eres el amo aquí; da la orden y yo le obligaré a pronunciar la palabra mágica azotándola hasta los huesos si es necesario.

Al oír esto, me llevé la mano a la empuñadura; y puedo asegurar que si el Conde hubiera accedido a la petición de la Signora, no habría pronunciado ninguna palabra más en este mundo. Pero no fue necesario temer nada de él, pues en su desesperada maldad había una pizca de honor y, sobre todo, de orgullo en su linaje. Entonces alzó la mano y habló con más nobleza de la que jamás le había oído.

—Sin duda —dijo con gran desprecio—, el mundo está al revés cuando la hija de un charlatán de la escoria de Italia se atreve a hablar de azotar a una prima mía y de mi difunta esposa. ¡Fuera! —y aquí le llamó una cosa muy grosera en italiano, que no citaré—, ¡y llévate tu inmundicia contigo antes de que te mande al infierno con los demonios!

Ella se arrojó ante él y, agarrándose a sus rodillas, le suplicó perdón y afirmó que su gran amor por él y la preocupación por su seguridad le habían llevado a la desesperación; y como el malhumor de mi primo no solía durar mucho, al poco rato eran amigos otra vez.

Cuando nos acercamos a levantar el cuerpo de la muchacha, éste ya estaba negro y descompuesto, así que preferimos no tocarlo; pero como la necesidad de deshacerse de él apremiaba, el Conde y yo, aprovechando que la marea era alta y la corriente fuerte, nos las arreglamos para arrojarlo por la ventana. El cadáver flotó un momento sobre el agua oscura hasta que notamos un efluvio del olor del limo, acompañado de un ruido de succión y un remolino, y no volvimos a ver el cuerpo. Después salimos; pero antes la Signora tiró por la ventana la mano del muerto, que estaba calcinada como un trozo de carbón, el altar de bronce y el resto de sus objetos de hechicería.

—No quiero saber nada más de las artes ocultas —dijo—; ¡pero aún me queda mi propia persona!

CAPÍTULO X

De mi asalto de esgrima con el Conde y de la noche después

Sin duda hay verdad en el viejo proverbio que dice que mañana será otro día y sabiduría en cómo los ancianos se abstienen de opinar sobre un asunto hasta que lo han dormido; porque un nuevo amanecer a menudo infunde nuevos ánimos y unas pocas horas de sueño sirven para que las tinieblas del alma y la mente desaparezcan.

Al día siguiente de aquella horrible noche de muerte y brujería, la mañana fue otra vez hermosa y más despejada de lo que es habitual en otoño. Mientras contemplaba el amanecer desde mi ventana, se me ocurrió pensar que si desvestirse y echarse a dormir puede limpiar de maldad y tristeza el corazón, librarse de la carne ajada y achacosa y caer dormido, como imaginamos la muerte, quizá conduzcan al alborear de un nuevo día, más claro que el anterior pero no distinto, en vez de a una gloria o a un tormento demasiado grandes para nuestros pequeños actos. Jamás he dejado de consolarme con este pensamiento, aunque no he encontrado ningún teólogo de ninguna iglesia que no lo considere una herejía; de modo que he conservado tal ilusión para mí mismo y para alguien más que nunca me tendrá por hereje.

Cuando dirigí la vista desde el cielo luminoso hasta el patio del castillo supuse que algo nuevo ocurría. Los soldados se hallaban reunidos en pequeños grupos y charlaban con impaciencia; algunos parecían risueños y otros ceñudos, pero todos maldecían, pues los juramentos eran tan comunes en el ejército del Rey como los textos sagrados entre los *Ironsides*, aunque más por moda que por la bondad o la maldad de esta hueste o de aquella. En el adarve, dos hombres escudriñaban la tierra con ansiedad, curvando las palmas de las manos sobre las cejas; mientras les observaba, llegó mi primo con un anteojo en la mano y todos le dejaron pasar para que subiese a contemplar lo que pudiera haber en aquella dirección.

Me vestí apresuradamente y bajé al patio; el Conde apartó la vista del horizonte y, al verme, gritó:

—¡Venid acá, primo, y ved por dónde vienen vuestros amigos!

Cuando estuve a su lado, miré hacia tierra como había observado que hacía él, pero no vi nada, sólo las marismas; entonces pregunté dónde estaban esos amigos míos.

—¡Cómo! Pues allí arriba, en las colinas, donde apenas alcanza vuestra vista —replicó riendo—. ¿Es que os habéis dejado los ojos en los libros, primo?

Forcé la vista todo lo que pude para escrutar las colinas tal como él me dijo, pero fue inútil; cuando estaba a punto de preguntarle la respuesta a su acertijo, atisé un pequeño penacho de humo en el borde de la colina más lejana y se lo dije.

—Sí, son ellos —dijo el Conde—. Han encendido sus fuegos para el desayuno, que será abundante, seguro. He visto ese fuego muchas veces en las colinas de Bohemia y así he sabido que Piccolomini o Gallas^[9] se estaban preparando para atacarnos.

—¿Entonces creéis que son soldados quienes hacen aquel fuego? —pregunté.

—¿Creer? No, lo sé —respondió—. Supongo que es una tropa de caballería con órdenes de *Noll* Cromwell de golpear en la cabeza a todos los que no quieran aceptar cuartel y colgar a los que se rindan.

Alguien le tocó el hombro y al volverse vio a la Signora.

—Ah, olvidaba a La Fiammetta —añadió—; para ella no servirá ni el acero ni el esparto de las sogas, sino que hará falta otro penacho de humo como ése.

La italiana le sonrió sin ninguna efusión y sus ojos se entornaron.

—¿Es que han llegado los soldados del Parlamento? —me preguntó.

—Hemos visto el humo de unas hogueras en las colinas —contesté—; y es muy posible que sean ellos quienes las hagan. Estarán en Marsham hacia el mediodía.

—Y en Deeping Hold el Día del Juicio Final —apostilló el Conde riendo—. Siento haber destrozado sus botes, pues me encantaría combatir con algo que se pareciera a un hombre. Pero no sé cómo van a llegar hasta aquí.

La italiana movió la cabeza con impaciencia.

—¿Entonces para qué han de hacer nada? —preguntó—. ¿Para qué hemos de preocuparnos de si vienen o van?

—Vaya —dijo mi primo—, no debería preguntar eso quien ha seguido a nuestro ejército por media Alemania y toda Inglaterra.

Sin más, se volvió hacia los soldados, que le miraban desde abajo.

—Amigos —comenzó, alzando la voz para que todos pudieran oírle—, éstos son *Roundheads* que vienen a acabar con nosotros, si es que pueden. No hay escapatoria ni esperanza de encontrarla salvo en el combate. Si prometen perdonaros la vida, cumplirán su palabra con un dogal. Tened listas vuestras armas pues, y si hemos de dormir en el infierno, que vayan ellos primero a buscarnos unos aposentos cómodos.

Cuando acabó, los soldados lanzaron un fuerte grito y se marcharon a preparar sus armas y armaduras. El Conde volvió a otear el horizonte, pero ya no había humo a la vista, pues los hombres del Parlamento habían emprendido la marcha. Entonces bajó al patio, donde sólo estábamos la Signora y yo. Esta no había vuelto a articular palabra desde que mi primo la desairara, aunque mientras él se dirigía a la tropa me había parecido oírle decir entre dientes: «*È matto!*». La mujer, que ahora era todo sonrisas, le cogió del brazo y dijo:

—Bien, *Filippo mio*, si tienes que combatir a los *Roundheads*, te conviene ser astuto con la espada. ¿Por qué no tomas otra lección del Signor Uberto?

Estas palabras, pronunciadas acaso con tal fin, irritaron a mi primo, pues le recordaron que yo era mejor que él en el manejo de la espada; no obstante, el Conde lanzó una sonora carcajada y ordenó a Pompeyo que trajera los floretes y todo lo demás, añadiendo que un asalto de esgrima servía para pasar el tiempo pero era de poca utilidad en la batalla.

—Porque vuestros *Roundheads* no son refinados duelistas, primo, y me abrirían la cabeza mientras estudio en qué ojete del jubón les pico.

Pompeyo trajo las armas, y yo elegí una y me quité el jubón; cuando el Conde iba a hacer lo mismo, se le adelantó la Signora, quien, cogiendo su florete, se puso en guardia con donaire y dijo:

—No, Filippo, déjame el primer asalto, pues me gustaría ver si soy capaz de manejar una aguja tan larga.

Él se rió y accedió a su petición.

Estuvimos un rato practicando movimientos de parada y respuesta, y me asombré bastante de su destreza con el arma; parecía conocer todas las tretas que mi maestro italiano me había enseñado y más, y una o dos veces casi logró dominarme y tuve que desviar su estocada recurriendo más a la fuerza que a la destreza. Sin embargo, pronto se cansó o pareció cansarse; su juego se hizo más lento y menos ingenioso, hasta que al final, al lanzarme una estocada, se le escurrió el pie, trastabilló hacia adelante, y su florete fue a incrustarse entre dos piedras y se partió con un ruido seco. Entonces arrojó el puño al suelo, riéndose de su propia confusión, y dijo al Conde que ocupara su lugar; éste, en absoluto renuente a demostrarle que podía hacerlo mejor que ella, pidió otro florete. Pompeyo balbuceó temeroso y dijo que no quedaba ninguno que no estuviera roto. Al oírle me dispuse a abandonar, pero la italiana no quiso que lo hiciera y dijo a mi primo que cruzara su estoque con mi florete.

—Así, el Signor Uberto no te hará daño, Filippo, y estoy segura de que tú no podrás herirle.

El Conde frunció el ceño y, temiendo que la ira se apoderara de él, me apresure a declinar un lance tan extraño, pues estaba poco dispuesto a exponer el pellejo en un asalto semejante. Aunque no esperaba que mi primo pudiera herirme con su arma, desconfiaba de los azares de la esgrima, pues sabía de hombres que habían resultado heridos de gravedad sólo por la rotura de floretes. Pero al Conde le hervía la sangre y

señaló que nada le agradaría más que un asalto con las espadas desnudas; cuando la Signora se opuso a ello, agarró el florete intacto (pues yo lo había arrojado al suelo) y lo rompió contra su rodilla. Entonces sacó su estoque y me dijo que hiciera lo mismo si no quería pasar por cobarde. Como no parecía haber otra salida, desnudé mi arma y me puse en guardia, con la firme resolución de no herir a mi primo y mucho menos dejarme herir por él.

Nos entregamos a ese peligroso juego y el Conde se mostró cauto. Yo, por mi parte, más que combatir hice una exhibición de cómo hacerlo, pues cuando atacaba, siempre retiraba la espada antes de tocarle y le daba tiempo para recuperar la guardia; él hizo lo mismo al principio. Pero a medida que se fue calentando, llevado por su genio y por uno o dos comentarios jocosos de la mujer, su esgrima dejó de ser un juego, sin llegar al ardor de la batalla, y tuve que esforzarme para evitar un arañazo o algo peor. Entre acometida y acometida le advertí que era mejor detenernos, pues uno de los dos, si no ambos, podía resultar herido. Quizá me habría hecho caso si la Signora no se hubiera reído de mis palabras, pero, al oír su risa, arremetió con gran furia y necesité toda mi destreza para desviarle y toda mi paciencia para no herirle.

Como conocía el manejo de la espada, se dio cuenta de que procuraba no lastimarle y eso le puso más furioso; empezó a abrir la guardia cuando atacaba y a mofarse de mi capacidad de aguante, hasta que un arrebato me hizo perder la paciencia y, tras el siguiente quite, respondí con mayor rapidez y le toqué en el brazo. Apareció una mancha roja en la manga de su camisola y, al verla, la Signora volvió a reír. Ya fuera por el escozor del arañazo (pues no era más) o por la risa de la italiana, mi primo se lanzó hacia mí como poseído por un diablo y tuve serias dificultades para no matarle ni dejarme matar; pero empezó a resoplar y se detuvo, jadeando y rechinando los dientes. Ese descanso lo aproveché para recuperar el aliento y pedirle perdón por haberle herido, haciéndole ver la conveniencia de volver a combatir como al principio.

—De verdad, primo, siento haberos herido —dije—; ha sido un accidente y no deseaba hacerlo.

—¿Y por qué no? —exclamó—; ¿por qué no habéis de atacar a fondo, si podéis, y acabar de una vez con todo? Debéis agradar a vuestros amigos *Roundheads*, y no sé a quién diablos más, y vengar a la señorita Rosamund con su cara pálida y al bellaco y gazmoño Pentry. Soy enemigo de todos vosotros y os ordeno que hagáis lo peor. ¡Sea éste un duelo a muerte, si queréis, y condenémonos por ello!

Mientras hablaba entre jadeos, apoyado en el muro, y yo esperaba que acabara, me vino a la mente el pensamiento de que estaba ante un hombre fracasado, desesperado y ansioso de morir; un hombre para quien no se pediría ni concedería piedad en el cielo, la tierra o el infierno, un hombre proscrito por Dios, los hombres y los demonios. ¿Qué importaba si yo, u otro cualquiera, acababa con él? Daba igual que fuera un soldado de Cromwell, un traidor de entre sus propios hombres o un monstruo de las profundidades; su asesino era sólo un instrumento en manos de Dios, como mi espada lo era en la mía, y quienes intentaran ayudarle sólo lograrían ser partícipes de su destino.

Entregado a este pensamiento, me dispuse a recibirle mientras él cogía su arma y se dirigía hacia mí con un resplandor de odio y locura en la mirada; tan seguro me sentía de la estocada secreta que había evitado enseñarle que busqué con la vista el pliegue de su camisa, sobre el pecho, donde debía pincharle después de un par de fintas. Posiblemente (pues hasta el mejor de nosotros lleva el estigma de Caín en su corazón) le habría tomado la palabra si la mujer italiana, que nos observaba sonriendo, no me hubiera mirado a los ojos y apuntado su dedo índice al Conde.

—¡Guardaos, Signor Uberto! —exclamó.

Las palabras eran inofensivas, pero había algo en su voz que decía: «¡Matadle!». Además, el gesto de su dedo me hizo evocar la pesadilla en la que había ejecutado, en

la macabra fantasía, el acto que ahora estaba a punto de cometer en la realidad; y recordé cómo en el sueño atravesaba el corazón de mi primo y su sangre se convertía en un nido de serpientes rojas que se arrastraban a mi alrededor. En ese instante decidí que no causaría mal que por bien pudiera venir; mi espada, que debía servir para defender mi propia vida o derrotar al enemigo del pueblo, no sería el instrumento de las intrigas de esa hija del demonio. Por ello, cuando mi primo recuperó el aliento y volvió a atacarme, dejé caer mi estoque sobre las piedras y me quedé inmóvil.

—Primo, lamento haberos herido —dije—; y no lo volveré a hacer. Somos los últimos representantes de la casa de Deeping; yo no os mataré, y si vos lo hacéis matareis a un hombre desarmado.

Creí que iba a traspasarme, y el terror se apoderó de mí cuando le vi echar la mano hacia atrás; pero apoyó la punta del estoque sobre mi pecho y se quedó vacilante, dominado todavía por un intenso frenesí. No sé cómo habría acabado aquello si Gulston no hubiese aparecido diciendo que se podía ver a los hombres del Parlamento cabalgando por las colinas en dirección a Marsham. El sueco repitió sus palabras y mi primo, como si despertara de un mal sueño, se restregó los ojos un par de veces y tuvo un escalofrío; entonces, sin dirigirnos la palabra, cogió su jubón y su vaina y subió a la muralla dejando a Gulston con nosotros dos. Me excusé ante éste lo mejor que pude, diciéndole que habíamos estado ensayando tretas de esgrima con el estoque desnudo, pues los floretes se habían roto, y que por desgracia había herido al Conde y el asalto había acabado. Después de la explicación, yo también cogí mi vaina y mi jubón y subí a mi cámara, sin haber convencido al sueco, que era bastante avezado en las estratagemas de la guerra pero algo lento de entendederas en otros asuntos. Y quizá habría sido mejor para él que me hubiese quedado para aclararle más la situación, pero me sentía cansado y abatido por el esfuerzo del cuerpo y de la mente y deseaba estar solo. Tampoco volví a pensar en ello cuando desde la escalera de la torre miré al patio y vi al sueco charlando animadamente con la Signora; lo único que hice fue apresurarme para dejar de verla y oírla. Y no encontré sosiego hasta que me senté en la cama y sentí el viento frío que soplaba por la ventana y de vez en cuando traía el olor malsano del Agujero.

Permanecí así hasta que la campana anunció la comida y bajé al salón; no percibí nada distinto al resto de la jornada, salvo que la Signora parecía más amable y cortés de lo que era su costumbre, y el sueco más taciturno y callado. Estaba impaciente por charlar con la señorita Rosamund, pero no la vi hasta la hora de la cena. Cuando nos levantamos de la mesa al anochecer, y mi primo nos dio con brevedad las buenas noches y se retiró a sus aposentos, me las ingení para susurrar a la señorita Fanshawe que iba a dar un paseo por el patio después del cambio de guardia. Al salir no aprecié nada nuevo, aunque con la oscuridad y la subida de la marea el olor del Agujero había aumentado y no habríamos podido soportarlo de no haber estado acostumbrados a él. En cuanto a los soldados, la llegada de sus enemigos a Marsham había borrado los últimos temores de sus mentes, demasiado estrechas para albergar más de un pensamiento; si todavía quedaba alguno con miedo, procuraba olvidarlo y dedicar toda su atención a la nueva batalla con sus viejos enemigos, los *Roundheads*. Mi primo, aunque debía saber cuan infundada era su inquietud frente a un adversario que no podía atacarle con facilidad, se mostró presto en apostar un vigía y mandar a sus mejores artilleros a las culebrinas de la barbacana. También se cuidó, como corresponde a un capitán, de proteger bien los puntos de la muralla donde un asalto con escalas podría ser más fácil. No muy lejos de la torre que albergaba mi cámara, la muralla era algo más baja que en el resto de la fortificación, y los sedimentos pizarrosos de la marisma se acumulaban contra la base formando un montículo, que me pareció, al mirarlo sin mucha atención en aquel momento, más alto de lo que lo había visto antes. En ese machón del muro había una caseta de piedra, con una

pequeña tronera sobre la marisma, y en ella se apostaban dos centinelas con orden de disparar sobre todo aquel que intentara escalar la muralla.

Tan pronto como la guardia se marchó a hacer su ronda y se colocaron nuevos centinelas, baje la escalera de la torre con sigilo y no pasó mucho tiempo antes de que la señorita Rosamund saliera por la puerta del torreón. La noche era tranquila y fría, y la bruma había hecho su aparición en las marismas. Sólo se oía el chapaletéo de la marea y el sonido metálico de los pasos de los centinelas, aunque también me pareció advertir débilmente el ruido de succión que había oído con anterioridad. Después de que los dos hombres de la caseta de piedra entonaran una burda canción de soldados, no percibí ningún ruido más.

Mientras caminábamos bajo la niebla le conté a la señorita Rosamund lo que había sucedido por la mañana, aunque con ciertas reservas; porque en el fondo albergaba la duda de que ella pensara que había sido débil al perdonarle la vida a mi primo, cuando una estocada habría sido suficiente para salvarnos del asedio y el hambre o de algún otro destino peor. Pero podría haberme ahorrado mis recelos, pues cuando acabé de contarle todo entre titubeos, se detuvo y me observó durante un rato.

—Habéis actuado bien, primo —dijo con seriedad—, mejor de lo que yo lo habría hecho en vuestro lugar —cosa que de ningún modo habría permitido—. Ha merecido la muerte muchas veces —añadió—, pero vos no podíais ser su verdugo, ni siquiera para salvarnos.

—Si hubiese pensado más en vuestra arriesgada situación —dije, pues no quería que me considerara mejor de lo que era—, podría haber matado a mi primo. Me temo que fue el orgullo y nuestro parentesco lo que me impidió vengar a los inocentes; pero la vergüenza de haberme contenido es menor que la que sentiría si le hubiese matado.

—Bien —contestó, con un nudo en la garganta que estaba entre la risa y el sollozo—, sentid vergüenza si así lo deseáis, pero yo me enorgullezco de vos por ambos.

Esto me produjo más alegría de la que jamás hubiera imaginado sentir ante palabras semejantes. Le cogí la mano, fría por la humedad de la bruma, y me disponía a besársela cuando una ráfaga de viento nos dio en la cara. Ella dio un pequeño grito y retrocedió, retirando la mano, según me pareció, de forma involuntaria; porque el nauseabundo olor del limo, que le provocó un mareo y a mí estuvo a punto de asfixiarme, saturaba el aire. Los hombres de la caseta también debieron de notarlo, pues uno de ellos gritó a su compañero:

—Pásame el aguardiente, Tom, si no este maldito tufo me va a envenenar —entonces bebió ruidosamente y, aclarándose la garganta con un fuerte carraspeo, empezó a entonar de nuevo su canción:

Colgaremos a *Noll* por su cabezota orejuda,
y a los mojigatos perros de su jauría;
de uno en uno, de dos en dos
y de tres en tres, bailarán en el árbol
cuando nuestro buen Rey vuelva
—tralarí, tralará—

El otro se puso a corear el estribillo, que ninguno de los dos iba a acabar en este mundo; porque mientras cantaban, el ruido de succión ya conocido comenzó a aumentar hasta convertirse en la vorágine de un remolino. Al mirar hacia la muralla, en la que había una almena cerca de la caseta, sólo pude ver la blanca estela de la bruma entre el hueco de las piedras de albardilla y un abultado montículo negro que crecía cada vez más. En ese momento uno de los hombres dejó de cantar y dio un alarido de terror; el otro canturreó una o dos notas más, que se transformaron de pronto en un horrible grito de ahogo entremezclado con un sonido rechinante parecido al de una roca triturada por la barrena del minero. El horror de ese sonido me paralizó, pero pronto recobré el valor y, haciendo a un lado a la señorita Rosamund que quería

retenerme, desenvainé la espada y me dirigí hacia la muralla; algunos soldados salieron corriendo de su alojamiento, y también Gulston, que iba poniéndose su cota de piel mientras avanzaba con una daga entre los dientes. Pero antes de que yo llegara a la puerta de la caseta todos los gritos cesaron, y sólo oí un murmullo y unas risas que me turbaron aún más; me apresuré a abrir la puerta y vi que la antorcha encendida por los dos hombres todavía ardía en la pared.

Al entrar estuve a punto de desmayarme, pues el suelo desprendía un pestilente olor a limo; pero lo único que vi fue a uno de los hombres, apoyado en un rincón, murmurando y riéndose en voz baja como si hubiera perdido la razón. Del otro hombre sólo quedaba su mosquete y su pica sobre el suelo de piedra, y en la tronera de la pared había muescas y fisuras en los bordes, que goteaban limo. Me quedé mirando a aquel tipo, que me observaba entre risas y murmullos y se retorció los dedos como si fuera un niño; cuando entraron los demás, con desconfianza y sin pasar de la puerta, sus ojos de loco empezaron a girar bajo el parpadeo rojizo de la antorcha. Entonces el sueco se abrió camino entre el grupo de timoratos y, cogiendo al soldado del hombro, lo zarandeó y le ordene) que le dijera dónde estaba su compañero.

Pero el hombre continuó retorciéndose los dedos y riéndose en voz baja mientras canturreaba entre dientes: «¡La cabeza de Tom es una manzana podrida, la cabeza de Tom es una manzana podrida!» —y volvió a reírse. Era incapaz de decir nada sensato, aunque Gulston le dio un puñetazo en la mejilla que pareció no sentir, pues no dejó de reírse ni de retorcerse los dedos. Así que le llevamos a su cama, donde siguió riendo y cantando necedades hasta el amanecer, momento en el que tuvo un estertor y murió sin contar nada de lo que había visto.

CAPÍTULO XI

De la disputa entre el Conde y el sueco y de cómo acabó

Mientras trasladábamos a aquel hombre perturbado a su alojamiento, apareció el Conde con una bata ribeteada en piel sobre los hombros y la espada desnuda en la mano; cuando oyó lo que pude contarle, fue a la caseta de la guardia y, desde allí, a la muralla. Yo le seguí, pero no vi nada aparte de lo que ya conocía: el limo en las almenas, la bruma blanca sobre las aguas negras y un silencio de muerte. No sabía que pensaba mi primo, y probablemente él tampoco, pues tenía el semblante abatido; permaneció junto a la muralla durante largo rato hasta que alargó ambos brazos hacia el mar y gritó, como si se dirigiera a un enemigo:

—¡Llévame pues, si es lo que deseas!

Pero no hubo ninguna respuesta ni ningún sonido salvo el chapoteo de la marca manguante contra la roca. Entonces se volvió hacia mí, exhalando un suspiro como si no pudiera soportar más, y me habló de manera extraña.

—Primo —dijo—, ¿por qué no os empleasteis a fondo esta mañana? Estuvisteis a punto de hacerlo y habría sido mucho mejor para vos y no peor para mí.

Apenas sabía cómo contestarle, pues no quería hablar de la mujer italiana, en parte porque detestaba acusar a nadie sin pruebas suficientes, pero sobre todo porque conocía el poder que ella ejercía sobre el Conde y temía que pudiera arrastrarle a una disputa funesta conmigo. De modo que sólo le dije que me había excitado con el combate y le había herido neciamente, pero que había recuperado la cordura antes de que ocurriera lo peor y le había suplicado perdón.

—Porque está escrito —añadí—: «Qué no se ponga el sol sobre vuestra iracundia»; y aunque sea un poco tarde para decir esto, que no salga el sol sobre la ira entre nosotros dos.

—Siempre seréis un puritano —replicó, riéndose sin alborozo pero con amabilidad—; aunque sois mejor que los santos de *Noll*, allá junto a Marsham, que son capaces de golpear a un hombre desarmado en la cabeza para glorificar a Dios. Si Dios se complace en tales villanos, dejadme entonces servir al diablo.

Le respondí que yo por lo menos no podía afirmar que Dios se complaciera en la violencia de los hombres, aunque a menudo podía realizar Sus designios mediante tal instrumento; creyendo que de ese modo quizá podría incitarle al arrepentimiento (pues su espíritu maligno tampoco le quedaba muy a mano), seguí diciendo que debíamos dudar de nuestros propios actos más que de la bondad de Dios, y que cuando nos enmendáramos nosotros mismos un poco percibiríamos Su voluntad con más claridad.

—Del mismo modo que ahora vemos las estrellas, que han estado brillando todo el rato, aunque antes no pudiéramos observarlas a causa de la niebla —añadí.

Porque mientras hablaba, la dirección del viento había cambiado —ahora soplaba de tierra— y la bruma se había disipado en las marismas, dando paso a una noche clara y tranquila en la que la luz de las estrellas cabrilleaba sobre las ondas del agua.

Creí que le había conmovido, pero no mostró ningún signo de ello; todo lo que hizo fue dar la espalda a aquella noche tan despejada y decir:

—Bueno, primo, la marea está bajando deprisa y nadie podrá acercarse sin que le veamos. Así que ¡a la cama!

Y se marchó, no sin antes ordenar a los centinelas de las torres que estuvieran ojo avizor; pues nadie quería acercarse a la caseta de la muralla, que todavía apestaba a podrido.

Después de recorrer el patio un par de veces, y no oír nada salvo las voces de la ronda y el cuchicheo del hombre trastornado cuando pasaba junto al alojamiento de los soldados (pues no murió hasta el amanecer, como ya he dicho), me dirigí hacia mi cámara con el ánimo decaído; porque estaba saciado de atrocidades, como dice la obra, y de no ser por el recuerdo de la señorita Rosamund (a la que veía a menudo),

casi habría llegado a considerar la tierra un lugar horrible y desolado y a apreciar la vida poco más de lo que la apreciaba mi primo.

Cuando a la mañana siguiente, tras un sueño breve y agitado, me desperté y vi en la ventana un celaje de bruma, me acordé más del peligro que se cernía sobre nosotros que de la esperanza de conversar con alguien que compartiera ese mismo temor; pues aunque en ese momento no pude percibir el olor fétido de la bruma, ésta parecía ser la cobertura perfecta para que un enemigo desconocido cayera sobre nosotros. Como no tenía otra cosa que hacer, bajé al patio y di un paseo, pero sólo vi las sombras de los hombres al pasar; detuve a uno de ellos y le pregunté por el perturbado, y me dijo que había muerto, a lo cual no di demasiada importancia. Seguí paseando hasta que la niebla se disipó un poco y vi que el Conde se acercaba.

—¿Qué hay, primo Hubert? ¿Repetimos nuestro asalto? —preguntó.

Le respondí que no nos quedaban floretes, aunque yo estaba dispuesto.

—Bien —dijo sonriendo—, cojamos los estoques, primo, pero envainados; porque hoy sólo quiero matar el tiempo.

Como no tenía nada contra su deseo, até la vaina de mi espada a la empuñadura para que no se cayera y, cuando él hubo hecho lo mismo, empezamos a practicar la esgrima, aunque sin muchas ganas; con intención de agradarle, y también de evitar la tentación que había estado a punto de convertirme en un asesino, quise enseñarle un nuevo movimiento con la espada y él se preparó. Le enseñé la estocada que había pretendido utilizar contra él y cómo esquivarla; al ser hábil con las armas y de vista rápida no tardó mucho en aprenderla casi tan bien como yo, y pude explicarle cómo prepararse para asestarla con una astuta finta que obligaba al adversario, si no conocía su significado, a bajar la mano demasiado y abrir la guardia.

Mientras le mostraba todo esto, la bruma todavía era espesa a nuestro alrededor, de modo que nadie pudo ver lo que hacíamos; pero al levantarse un poco de viento y aligerarse los vapores, el patio quedó al descubierto bajo la pálida luz del sol y vimos a la Signora observándonos desde la puerta de la casa, con Gulston a su lado. Dejé de muñequear y les di los buenos días; la mujer devolvió el saludo inclinando la cabeza y el sueco se acercó despacio hacia nosotros, con un pavoneo que en mi opinión no le favorecía nada.

—¿Así que hoy vais a tomar vuestra lección con las espadas envainadas, milord?

—dijo sonriendo bajo su barba rubia—. Muy prudente por vuestra parte.

Al oírle, mi primo alzó las cejas y apretó los labios; porque las palabras del sueco no eran nada, pero en su voz había una insolencia que me sorprendió. Con todo, aún me asombró más la frialdad con la que el Conde las tomó.

—Sí, claro —contestó con una sonrisa—; todavía no actúo como un estúpido dos días seguidos.

Entonces desató el pañuelo de su empuñadura y se ciñó la espada a un lado; yo iba a hacer lo mismo cuando Gulston me detuvo.

—¿No vais a ofrecerme una migaja de vuestra sabiduría? —preguntó sonriendo, con una muestra de franqueza característica de un soldado—; no pudimos veros bien debido a esta maldita bruma, aunque parecía que estabais enseñando a milord una bonita treta de esgrima. ¿Tendríais la amabilidad de mostrarla otra vez?

Mientras hablaba, miró de reojo a la Signora y ésta le devolvió la mirada. No sabía qué hacer, pues pensé que su petición ocultaba algún propósito, y miré a mi primo para pedirle consejo. Pero él se rió.

—Sí, ¡enseñádsela, Hubert, enseñádsela! —respondió, sentándose en los escalones para observarnos.

No podía demorarme más, aunque mi mente me hacía recelar que aquello respondiera a alguna astuta intriga de la italiana; así que enseñé a Gulston la estocada que había aprendido, y resultó ser un discípulo más aplicado que mi primo, como el propio Conde

reconoció.

—¡Cáspita, Eric! Eres mejor espadachín de lo que creía. Sería incapaz de dominar estas tretas italianas en una semana. No soy más que un inglés bruto, como bien puede confirmar la Madonna. ¡Repítela, Gulston!

El sueco arremetió tan hábilmente con su estoque envainado que cerré la guardia con demasiada lentitud y recibí un fuerte golpe en el pecho; el Conde y la Signora aplaudieron. Entonces me detuve y, fingiendo sentirme herido en mi vanidad, dije a Gulston que no le enseñaría ninguna otra cosa; además, estaba decidido a no mostrarle de ningún modo cómo parar la estocada, aunque no sabía qué mal podría haber en ello.

Cuando mi primo hubo dicho un par de chanzas sobre mi derrota y la Signora también, aunque de manera más sutil, les respondí lo mejor que supe (pues mi ingenio nunca fue muy ágil). Seguimos hablando de esto y aquello hasta que salió un soldado del cuarto de la guarnición y preguntó qué se debía hacer con el tipo que había pasado la noche delirando y ahora estaba muerto.

—Gulston —dijo el Conde—, llévate uno de los botes para enterrarle y encárgate de que el pobre diablo reciba los últimos sacramentos. Elige un par de hombres y procura que todo esté acabado antes de la hora de comer.

Al oír esto, al sueco se le enrojeció el rostro, curtido por el sol y el viento, y comenzó a atusarse los bigotes; permaneció así durante un rato antes de responder. Entonces mi primo preguntó con más energía.

—¿Es que no me has oído? No es nada extraño que los soldados hagan tal cosa en las guerras.

—Ya, pero aquí sí es extraño —contestó el sueco, decidiéndose a hablar por fin—. Maese Leyton, aquí presente, puede confirmar que cuando enterramos a los hombres asesinados en Marsham estuvimos a punto de ser tragados por unas arenas movedizas, o lo que fuese aquello, que yo no lo sé pero acaso vos sí. Así que juré, y él me oyó, que no participaría en más enterramientos.

Esperaba que mi primo estallara en uno de sus ataques, pues aquello no sólo era un acto de desobediencia absoluta, sino que la forma de hablar del sueco era peor que el fondo de sus palabras. Pero aunque al Conde se lo llevaran los demonios, como solía ocurrir muy a menudo, o aquél era el día del demonio impasible o su orgullo, bastante grande por cierto, no le permitía mostrar que estaba alterado.

—Bien —dijo a uno de los soldados que estaban por allí (pues se habían acercado algunos más mientras hablaba)—; ya que vuestro abanderado tiene miedo de coger frío, enterraréis a vuestro compañero tú, tú y tú... y llamó a algunos por sus nombres.

Todos vacilaron, divididos entre el miedo al Conde y su temor aún mayor al peligro de las marismas; y al recordar lo que había visto no pude culparles de nada.

—Pero no —dijo mi primo—, nunca enviaré a nadie a una misión a la que tema ir yo mismo. Hubert, ¿venís?

Mientras Gulston desafiaba con insolencia a su capitán, la italiana había permanecido en silencio, limitándose a mirar con los ojos entornados; pero ahora intervino, y nos aconsejó al Conde y a mí que no partiéramos, pues con toda seguridad existía peligro para ambos. Tal como podría haber imaginado, mi primo mostró aún más insistencia en su propósito, y yo, por pura vergüenza, no pude dejarle solo en su aventura. Ordenó a los hombres que prepararan el cuerpo para el entierro y lo llevaran al embarcadero junto con un par de palas; y así hicieron: depositaron todo en el bote más pequeño y se quedaron mirando mientras nos sentábamos. A la Signora y a Gulston tampoco hubo que rogarles su asistencia. Cuando estábamos a punto de zarpar, los soldados encargados de servir al Conde subieron al bote, primero uno y después otro, y me quitaron los remos de las manos en el momento en que me disponía a utilizarlos; al ver esto, el sueco, creyendo (según me pareció) que se le podría tomar por cobarde, o

quizás impulsado por una mirada de la Signora, lanzó un juramento y saltó al bote con nosotros.

—Bien, vencer o morir —dijo con una sonrisa irónica—. Contad conmigo para este asalto —añadió.

El Conde no contestó y separó el bote del embarcadero.

A decir verdad, nada indicaba que un peligro amenazara nuestra misión: el aire era limpio y el sol brillaba en las marismas, donde la marea había bajado un poco y los bajíos y las charcas grises aparecían menos desolados de lo que era habitual. No obstante, ello me inquietaba aún más, pues era como si bajo la claridad del día se estuviera fraguando alguna emboscada; pero para los hombres, de naturaleza tosca y simple, no parecía haber motivo de miedo, y de no haber sido por el cadáver que llevábamos incluso se habrían reído tal como acostumbraban.

Sin dignarse pronunciar ni una palabra, mi primo dirigió nuestro rumbo a través de una amplia zona pizarrosa, suave y gris, en la que no había ninguna depresión desde la que pudiese acechar un enemigo ni ningún cauce que cruzara aquella superficie plana; únicamente, a cierta distancia, había una sombra alargada, que indicaba, según me pareció, el curso de algún canal que recorría la marisma como una cicatriz. El sueco permaneció sentado con gesto adusto, jugando con la empuñadura de su espada y sin decir nada. Encallamos el bote en la orilla de un banco y, al oír la orden del Conde, los dos soldados trasladaron a su compañero muerto hasta un terreno llano y compacto y empezaron a cavar una tumba; nosotros tres continuamos sentados, viendo cómo trabajaban, mientras sus figuras se recortaban contra la marisma, iluminada por la luz del sol y sólo atravesada por la sombra del canal. Miré alrededor varias veces y escuché con atención, pero no observé nada extraño ni tampoco oí ningún remolino de agua ni el ruido de succión ya conocido. Los hombres nos indicaron por señas que todo estaba listo; mi primo me hizo un gesto con la cabeza y nos levantamos —Gulston nos siguió—, de modo que el bote quedó balanceándose, amarrado con una cuerda al bichero que habíamos plantado en tierra.

Nos acercamos a la tumba que habían cavado para el difunto y me dispuse a ejercer de capellán con mejor voluntad que la vez anterior, pues el soldado que íbamos a enterrar no había muerto en ningún crimen o acto de rapiña, sino cumpliendo su deber sencillo y cotidiano; además, la intensidad del miedo que le había arrebatado la cordura y la vida podría considerarse un justo castigo por los pecados que hubiese podido cometer. Mientras rezaba, mi primo y sus hombres se quitaron los sombreros y esperaron, pero el sueco se mantuvo cubierto y alejado de nosotros. Tras el responso, los dos hombres echaron arena y tierra sobre el cuerpo. El día seguía siendo luminoso, el aire tranquilo y suave, y ninguna señal de vida alteraba las marismas, que aparecían pálidas a la luz del sol, a excepción de las oscuras líneas de los canales, entre las que destacaba la sombra alargada, algo más próxima que antes según me pareció (aunque pronto deseché tal fantasía).

Como todo se había realizado de manera conveniente, esperaba que mi primo diera la orden de partir: los hombres se echaron las palas al hombro dispuestos para la marcha, pero el Conde les detuvo.

—No, no os las llevéis aún —dijo—; quizá volváis a necesitarlas.

Mientras los hombres le miraban boquiabiertos y yo me preguntaba el significado de sus palabras (porque había hablado con sosiego, como si albergara algún propósito definido), se acercó al sueco, que permanecía cabizbajo unos pasos más allá, y dándole un golpecito en el hombro dijo:

—Atiende un momento, Eric Guldenstierna; ¿has olvidado que hace un rato osaste desobedecer la orden de tu oficial? ¿Y qué es eso sino un motín?

Entonces sacó una pistola de debajo de su capa. Gulston dio un respingo y echó mano a la empuñadura de su espada.

—Desenvaina y eres hombre muerto —dijo el Conde.

El sueco retiró la mano.

—Si hubieras sido un soldado de *Noll Cromwell* en lugar de mío —señaló mi primo—, te habrían pegado un tiro en el patio del castillo a la primera palabra de rebelión. Pero los del bando del Rey, como nuestra causa no es en absoluto sagrada, somos menos dados a matar a un hombre indefenso. Además, tampoco quise arriesgarme a que tus sesos salpicaran a una dama elegante como la Signora, aunque quizás ella haya visto cosas peores. Lo cierto es que uno de los dos no tegresará a Deeping Hold.

—¿Y qué piensa hacer vuestra Señoría? —preguntó el sueco en tono de mofa—. ¿Obligaréis a vuestro excelentísimo primo y a sus dos hombres a que acaben conmigo y así os ahorren el trabajo de matarife?

—¡Desde luego que no! —replicó el Conde—. Tendrás tu oportunidad, aunque apenas la merezcas. Nuestras espadas son de la misma longitud; Hubert se encargará de que el combate sea limpio y actuará como reverendo del que muera y barquero del que quede con vida. ¿Qué os parece, primo?

Me negué rotundamente a aceptar tal propuesta, pues en mi opinión el duelo era poco mejor que el asesinato, en especial cuando todos estábamos en peligro de muerte y debíamos mantenernos unidos para defendernos en vez de enfrentarnos unos con otros. Algo así dije; sin embargo, no logré impresionar a mi primo.

—Para ser hombre de letras, no sois nada cobarde —contestó—; pero vuestro conocimiento de la guerra es escaso. De lo contrario sabríais que en situaciones de peligro la piedad con un amotinado significa la muerte para los hombres leales. O le doy a este perro la oportunidad de salvar la vida o le pego un tiro tal como está, elegid vos qué debo hacer.

—Yo no tengo arte ni parte en este asunto —respondí—; por mi voluntad ni matareis ni seréis muerto.

—Bien, entonces quedaos aquí y observad, y mantened la conciencia tranquila —contestó mi primo—; y si vence, dejadle marchar sin buscar venganza. Vamos, caballero, ¿estáis dispuesto?

Mientras el sueco asentía con la cabeza, el Conde dejó la pistola en el suelo, se quitó la capa y el jubón, y los colocó cerca del bote, junto a la vaina de su espada; Gulston hizo lo mismo. Entonces, cada uno con su estoque bajo el brazo, se dirigieron hacia el lugar donde habíamos enterrado al soldado.

—Este lugar es tan apropiado como cualquier otro —dijo mi primo mientras se aproximaban a una desnuda franja de arena, más allá del túmulo que señalaba la tumba.

Gulston contestó poniendo manos a la obra. Cogió el arma en la mano, saludó, se puso en guardia y las hojas de las espadas chocaron una contra otra.

Ni los otros dos hombres ni yo les habíamos seguido, pues yo no quería participar en esa disputa y los soldados no se atrevían a dar un paso sin que sus jefes se lo ordenaran. Así que nos quedamos junto al bote, sobre la orilla inclinada, y observamos cómo las figuras de los dos hombres, a unos cien pasos de nosotros, se recortaban sobre la blanca marisma; más allá estaba la oscura franja del canal a la que me referí antes, donde parecía quedar algo de agua porque la luz del sol centelleaba en las zonas encharcadas. Al cabo de un par de minutos, toda mi atención se centró en los dos hombres que luchaban a muerte.

Al principio, aquel juego no parecía ser más peligroso que nuestros asaltos en el patio del castillo, pues ambos se mostraban cautelosos; el roce metálico del acero cuando paraban y respondían recordaba el sonido acompasado de un reloj grande y extraño. El sueco siempre estaba vigilante, como yo bien sabía, y mi primo no le iba a la zaga en sangre fría. Tan igualado parecía el combate que cuando se detuvieron para recobrar el aliento, tuve la esperanza de que la disputa acabara sin derramamiento de sangre. Sin

embargo, una vez recuperados, volvieron a entregarse a la tarea, con mayor fiereza, hasta que el sueco profirió un juramento, lo que me hizo deducir que el Conde le había tocado; a pesar de todo, siguió combatiendo con tenacidad y, como daba la impresión de que el duelo iba a durar todavía un buen rato, aparté la vista del resplandor de las espadas un instante y la dirigí hacia la sombra del canal, que había aumentado un poco más y parecía indicar que la marea estaba subiendo. Cuando volví a mirar a los duelistas, de pronto se produjo el fin. Vi que Gulston retrocedía mientras el Conde avanzaba hacia él, pero cambiaron de posición y el sueco nos dio la espalda. Pude distinguir la hoja de su espada girando con rapidez y le vi lanzarse hacia adelante y emplear la estocada que le había enseñado aquella misma mañana. Cerré los ojos instintivamente, pues supuse que mi primo había muerto; cuando volví a abrirlos, su negra silueta seguía allí, de pie contra la marisma gris, mientras Gulston se tambaleaba e intentaba agarrarse a su costado. Después cayó y quedó tendido en el suelo. Su asesino le contempló un instante y se acercó a nosotros, lentamente, con la espada manchada de sangre hasta la empuñadura.

Para ser sinceros, si uno tenía que morir, no hubiese preferido que el combate terminara de otro modo; no obstante, me repugnó pensar que la vida de un hombre pudiera malgastarse de ese modo y perderse tan a la ligera, y no pude decir nada cuando mi primo empezó a ponerse el jubón. Mientras limpiaba la espada y la envainaba, el Conde dijo:

—Veo, primo, que os entristece que ese perro haya muerto como un hombre. Sin embargo, ¿qué más da que él se haya ido antes que yo? Si además de la estocada le hubieseis enseñado cómo responder a ella, sería él quien estaría aquí en mi lugar. Bueno, espero que mi final no sea peor que el de Gulston. Ahora marchémonos y rindámosle los honores que podamos.

Los hombres se agacharon a coger las palas y nos dirigimos al lugar donde se había cavado la tumba y, unos pasos más allá, había caído el sueco. Pero cuando busqué el túmulo y el cuerpo sólo pude ver la extensión gris de la marisma y no aprecié el menor rastro de que allí hubiese habido ningún hombre, vivo o muerto. Pensé que había mirado en la dirección equivocada y dirigí la vista hacia la llanura gris, mas seguí sin ver otra cosa que un reflejo luminoso sobre el terreno y unos colores irisados, como tantas veces he visto en los charcos de lodo que reciben la luz del sol. Además, el canal lejano, o lo que había tomado por tal, había desaparecido totalmente como un trazo de tiza que hubiera sido borrado de una pizarra; en ese momento se levantó una ráfaga de viento y noté que su olor era salino y fétido.

Un gran temor se apoderó de mí y agarre a mi primo por el brazo, gritándole que pusiéramos rumbo al castillo a toda prisa; el Conde cogió la capa del suelo, se envolvió en ella y subimos al bote. Los hombres remaron con brío, aunque no se veía ni oía nada peligroso, y no tardamos mucho en llegar al muelle. Durante todo el trayecto, mi primo permaneció sentado, con el sombrero calado hasta los ojos y la capa liada alrededor del cuerpo, y tuvo un par de escalofríos. Al fijarme, advertí que había cogido la capa del sueco en vez de la suya, pues ambas estaban juntas en el suelo.

Cuando nos acercamos al embarcadero, me pareció ver que una mujer nos observaba desde la barbacana; pero rápidamente desapareció y los centinelas fueron los únicos que salieron a recibirnos hasta que llegamos al patio. Allí había más hombres, que no preguntaron nada a sus dos compañeros y se apartaron de ellos. En la puerta de la casa estaba la señorita Rosamund; sus ojos se iluminaron al verme y sus labios se movieron sin emitir sonido alguno. Luego salió la italiana —y después Pompeyo con un jarro y una copa— y dirigió la mirada hacia mi primo, que seguía arrebujado en la capa de Gulston y con el sombrero calado hasta los ojos; como los dos hombres tenían una altura y corpulencia semejantes, el Conde parecía ser la viva imagen del hombre que había asesinado. La Signora no dijo palabra, pero llenó la copa de vino y se mantuvo a

la espera, sonriendo de manera extraña. El Conde se le acercó y se desprendió de la capa.

—Bueno, Fiammetta, todavía no te has librado de mí —dijo.

A la italiana se le crispó el rostro y, dando un grito agudo, extendió los brazos sin reparar en la copa, que salió volando por los aires y fue a estrellarse contra las piedras, entre cuyos resquicios corrió el vino tinto derramado como si fuera sangre. Entonces se tambaleó como si fuera a desmayarse y pidió a Pompeyo que la sujetara; éste, para sostenerla, soltó el jarro, que fue a caer junto a la copa. No obstante, logró recuperarse y lanzar los brazos hacia el Conde, riendo y sollozando como si estuviera turbada por la emoción; así permaneció un instante, hasta que mi primo se la quitó de encima y entró en la casa con fuertes pisadas. Los demás nos retiramos a nuestros aposentos.

Más tarde, volvimos a encontrarnos en la cena, durante la cual fingimos comer y dijimos palabras a las que nadie prestó atención. La silla del sueco estuvo vacía, pero el Miedo ocupó su sitio.

CAPÍTULO XII

Del charco que se arrastraba

Como he mencionado, de lo que se dijo durante la cena no recuerdo nada y, por otra parte, nadie habló demasiado; aunque sostuve que mi primo llevaba razón en su última disputa y que, si el duelo no podía evitarse, yo prefería el modo en que había acabado, lamenté la muerte del sueco más que la de un mero espadachín. Pues éramos un pequeño grupo, acosado por numerosos peligros, conocidos y desconocidos, y aprisionado en nuestra roca, que podía resultar un refugio deleznable; tarde o temprano, el desenlace del asedio parecía seguro. Además, de algunas de las palabras que el Conde cruzó con uno de los hombres que nos servían, deduje que las reservas de alimento estaban disminuyendo; no me sorprendió en absoluto, pues la prodigalidad con que se habían malgastado era semejante a la rapidez e injusticia con que se habían acumulado, pero recordé que Gulston, cuando todavía era leal, había hablado de ello con mi primo, quien (presa de uno de sus arranques de cólera) no quiso tomar ninguna medida y argumentó que el alimento duraría lo que nosotros duráramos.

Tan pronto como hubimos cenado, me levanté de la mesa y pedí permiso para marcharme, a lo que la mujer italiana me respondió con una inclinación de la cabeza; baje hasta la gran puerta y, al encontrarla abierta, con un vigilante a cada lado y algunos hombres apostados en la torre barbacana que la dominaba, caminé por el muelle que protegía el pequeño puerto donde las chalanas, sujetas con cadenas, se mecían al compás de las suaves olas de la marea. Ésta había alcanzado la pleamar mientras cenábamos y empezaba a menguar, por lo que algunas piedras estaban húmedas y se veían charcos poco profundos en dirección al mar. Cuando comencé a avanzar hacia el borde del agua, noté que las rocas y las piedras estaban cubiertas de fango escurridizo, como suele ocurrir después del reflujo, y a punto estuve de caerme un par de veces; así que decidí dar la vuelta y regresar donde el terreno era más seco, renunciando a acercarme hasta el lugar en el que había un charco grande, próximo al punto donde rompían las olas y semejante a una lámina de plomo extendida sobre la piedra gris y las algas verdes.

Al volver hacia la puerta (pues el muelle no era muy largo) distinguí a la señorita Rosamund en el pasaje de acceso; al verme, salió y se puso a caminar a mi lado, detalle que me alegró, pues estaba muy decaído y me animó contemplar el único rostro que no ocultaba recuerdos de actos perversos ni maquinaciones de cosas peores aún por venir. Mientras paseábamos, me preguntó por los sucesos de aquella mañana y le hablé del asalto de esgrima, del plante del sueco y de la pelea; y constantemente me preguntaba: «¿Y qué dijo la Signora?» o «¿Qué le pareció eso a la Signora?».

Cuando le relaté la extraña desaparición del cuerpo de Gulston y de la tumba del otro hombre, se estremeció, me agarró del brazo, pues al parecer no sabía nada, y murmuró para sí misma: «¡Podría haber sido él!». Ello me complació, aunque no me atreví a hacer conjeturas sobre su significado.

Pero cuando le dije que el Conde había cogido la capa de Gulston en vez de la suya y se había arrebujado en la prenda del difunto, la señorita Rosamund hizo una honda inspiración y, soltando mi brazo, golpeó con una mano sobre la otra y exclamó:

—¡Ah! ¡Ahora lo comprendo todo!

Sus palabras me sorprendieron y le pregunté qué quería decir.

—¡Primo Hubert! —replicó—, ¿sois un hombre instruido y no sabéis lo que esto significa? ¿Acaso no visteis, cuando milord se quitó la capa del sueco y mostró el rostro, cómo aquella mujer tiró la copa, llamó a Pompeyo para que le ayudara y éste dejó caer el jarro de vino como ella sabía que haría? ¿No lo entendéis? El vino era para Gulston, si el Conde hubiera sido asesinado, y quizá también para vos. A mí podría haberme perdonado la vida durante algún tiempo para sacrificarme más tarde a su diablo, ¡si es que éste no está harto de una maldad superior a la suya!

Sus palabras me produjeron el mismo temor que cuando vi desaparecer bajo mis pies, en un remolino de lodo, la primera tumba que cavamos; aunque su significado estaba claro, me costaba aceptar que fuera posible una iniquidad tan horrible y desmesurada.

—¡No, no es posible! —respondí con brusquedad—; jeso es una locura! No me gusta nada esa mujer y no tengo intención de que así sea; pero cualquiera que hubiera estado en su lugar, sea bueno o malo, habría estado a punto de desmayarse y dejar caer lo que tuviera en la mano sin darse cuenta. No, prima, hay que ser justos hasta con el diablo.

La señorita Rosamund se volvió y me sonrió, con tristeza y un poco de lástima, como una madre que sonríe a un hijo que dice tonterías.

—¡Ah, Hubert! —exclamó, y ninguno de los dos nos dimos cuenta de que no me había llamado «primo»—; si fueses mujer, habrías sabido todo esto desde hace mucho tiempo. ¿Dónde tienes los ojos? ¿Acaso no ves que tras sus ojos de gato no hay más que intrigas y un montón de estratagemas, cada una más siniestra que la anterior? Te lo advierto: come, bebe y respira traición, y conspira hasta cuando duerme. Más aún, ¡fíjate dónde está ahora, asesinándonos con su mirada!

Mientras hablaba, hizo un saludo con la mano en dirección a la barbacana, y allí estaba la mujer italiana, apoyada sobre una de las culebrinas que siempre apuntaban a la embocadura del puerto, dispuestas a repeler el ataque de cualquier embarcación. Cuando miré a la Signora, ésta señaló hacia mí con gesto burlón y dijo algo que no entendí. Oí unas fuertes pisadas sobre los escalones de piedra y vi aparecer el sombrero del Conde, y a continuación su cabeza y sus hombros, por encima de las almenas; mi primo se acercó al soldado que había junto a la culebrina e inspeccionó su mosquete, pues los centinelas tenían orden de mantener las mechas siempre ardiendo, como es costumbre en un lugar asediado.

Me fue imposible ver sus rostros con claridad, ya que sus negros contornos se recortaban contra el cielo blanco y vacío; porque la bruma se había levantado un poco con la marea y ahora formaba espirales que colgaban sobre las orillas grises y las plomizas aguas menguantes. Me pareció percibir el regusto del Agujero, pero apenas lo noté, pues mis narices se habían acostumbrado a aquel olor y no pasaba un solo día sin que llegara algún soplo fétido. Aunque no distinguía las caras del Conde y de la mujer, pude ver que ésta se inclinaba hacia mi primo y le decía algo en italiano; sólo logré oír la palabra «*drudo*», que significa enamorado, y se me ocurrió pensar que podía estar hablando de mí y de la señorita Rosamund, pues en su voz había un tono de desprecio. La señorita Fanshawe también pareció oír la palabra, y como tenía algunos conocimientos de italiano entendió su significado; el rubor invadió su rostro, que resultó muy favorecido, aunque no me atreví a decírselo por miedo a enojarla, y se apartó de mí. Comenzó a alejarse de la barbacana, en dirección al mar, y yo seguí sus pasos, dividido entre mi deseo de estar a su lado y el propósito de no dar pie a las perversas conjeturas de la italiana; pues es verdad que cuando un hombre y una doncella caminan muy juntos, conversando de cosas privadas, el primer estúpido que les ve puede burlarse de ellos y tomarles por una pareja de enamorados.

Me pareció que la señorita Rosamund estaba (como suele ocurrir a las doncellas) más contrariada que yo por el comentario de la italiana, porque cuando la seguí aceleró el paso y me quedé rezagado unos metros. Como no quería molestarla ni obligarla a estar en mi compañía, me detuve y dejé que fuera donde quisiera. Pero un soplo de viento marino trajo el olor frío y fétido del limo, que siempre anunciaba algún peligro, y, olvidando todo lo demás, volví a acercarme hacia ella y le grité que regresara. Entretanto, la señorita Rosamund había llegado hasta el gran charco situado al final del muelle; al volverse para oírme, se resbaló sobre las piedras y cayó, quedando la mitad de su cuerpo dentro del agua. No obstante, parecía no haberse hecho daño, pues comenzaba a levantarse; en cuanto llegué al borde del charco, estiré la mano para

ayudarla a salir del agua y ella alargó la suya. Pero cuando traté de agarrarla, la mano se alejó y sólo pude atrapar el aire; mire para saber qué había fallado y vi un espacio de roca húmeda entre mis pies y el borde del charco, aunque hubiese jurado que había extendido la mano desde la misma orilla del agua. Creyendo que todo se debía a mi falta de pericia, di un paso más en el agua e intenté coger su mano otra vez, pero volví a fracasar. Entonces vi que la señorita Rosamund se agarraba a una maraña de algas marrones y, tirando de ella, trataba de ganar la roca; sin embargo, no conseguía acercarse a mí, sino todo lo contrario. Su rostro, que había enrojecido por la caída y el esfuerzo de levantarse, ahora estaba pálido, y el mío (según me dijo después) aún lo estaba más; porque enseguida nos dimos cuenta de que lo que habíamos creído un charco fangoso empezaba a retirarse y la arrastraba hacia la destrucción. Cuando volví a mirar, vi cómo el limo gelatinoso bullía en el agua y rodeaba el cuerpo de la señorita Rosamund, como si lo atara con cuerdas, mientras se deslizaba en dirección al mar y formaba unas burbujas repugnantes en su superficie. La señorita no dijo ni una palabra, y yo tampoco pude hacerlo, pues era presa de un miedo cerval; y lo único que oí fue a la italiana riéndose desde la barbacana.

Tal vez fue su desdén lo que nos salvó, pues mi anulada voluntad se despertó y, en un ataque de locura, salté sobre aquel limo vivo y la agarre de los brazos para retenerla. Más no pude hacer, aunque, sin saber cómo, gracias al favor del Altísimo mis débiles brazos tuvieron la fuerza suficiente para resistir la tensión de las cuerdas del abismo. En cierto modo, las rocas me ayudaron, pues al ser rugosas y estar cubiertas de conchas y percebes, con estrechas grietas sinuosas, la cosa contra la que luchábamos tenía dificultades para abalanzarse sobre nosotros; de no haber sido así, nos habría tragado a los dos en un abrir y cerrar de ojos. Logré afianzar los pies en una hendidura de la roca y sostener a la señorita Rosamund (dejándole unas marcas en los brazos que le duraron días), y recuerdo que me pidió que la soltara para no morir con ella; mientras, seguía oyendo la risa de la Signora.

Entonces, no sé por qué razón, lo que nos arrastraba se vio obligado a poner fin a la situación; con un extraño ruido de aspiración, una cosa enorme, gris y fangosa, comenzó a elevarse en la embocadura del puerto y se lanzó hacia nosotros como una ola. Al ver cómo el extremo de esa cosa se aproximaba rezumando lodo y trepando por encima del muelle, grité ante la muerte y cerré los ojos. Un potente rugido atronó en mis oídos y sentí una ráfaga de viento acompañada de una fuerte rociada de agua. Cuando recuperé el sentido, estaba tendido en el espacio vacío del charco, con la señorita Rosamund a mi lado, y las espirales de una gran nube de humo azul se alzaban por encima de nosotros. Me puse a cuatro patas y empecé a gatear hacia arriba; conseguí levantarme y, al secarme el agua de los ojos, pude ver la barbacana, una culebrina que todavía echaba humo por el tubo, y a mi primo oteando el horizonte con la mano extendida sobre las cejas mientras dos o tres soldados salían por la puerta sin demasiada convicción, como si estuvieran dominados por el miedo. De aquello que nos había tendido la emboscada no quedaba ningún rastro visual ni sonoro. Pese a estar a corta distancia, nos costó un gran esfuerzo llegar hasta la puerta, pues los hombres temían acercarse y no querían tocarnos al ver nuestras ropas impregnadas de lodo.

Cuando entramos al patio, mi primo estaba de pie, en la escalera de la barbacana, y los ojos le brillaban.

—Bueno, primos —dijo—, si queréis jugar a Píramo y Tisbe^[10] os aconsejo que os quedéis en el lado seguro de la muralla. Aquí no hay leones, aunque quizá sea peor.

Soltó una gran carcajada, a la que se unió la Señora como un eco; la señorita Rosamund volvió a ruborizarse y a golpear con rabia el pie contra el suelo, pero enseguida recuperó el orgullo y se dirigió a mi primo.

—Primo Philip —dijo con seriedad—; no lograréis que sienta vergüenza al daros las

gracias por haberme salvado la vida, que estaba casi perdida... —y habría seguido hablando, pero el Conde le interrumpió como era su costumbre.

—Oh, sí —dijo él—; aunque no hacen falta agradecimientos, y menos de vos o de Hubert —porque yo estaba a punto de balbucear mi gratitud—. No, amigo, guardad vuestros sermones hasta que estén secos. Id a cambiaros de ropa o lamentaré haber malgastado buena pólvora por vuestra causa.

—Signorina Rosamunda —dijo entonces la Signora desde las escaleras—, ¿queréis que os mande a la doncella con una muda de ropa? ¡Tenéis un aspecto tan... ¿cómo se dice en vuestro idioma?... desaliñado! —y volvió a reír.

—Sí, Signorina Bardi —replicó mi prima—, pues si no los soldados podrían confundirme con una de aquellas prostitutas que seguían a los ejércitos en las guerras alemanas.

Sin más, se dio media vuelta y se encaminó hacia su torre, y yo hacia la mía.

Cuando me hube cambiado de ropa, decidí deshacerme de las calzas y las botas, porque el hedor del limo seguía adherido a ellas y mi cámara olía como una cripta de ahogados. Así que las arrojé al agua por la ventana y vi cómo caían sobre una roca situada a unos metros de la orilla, pues calculé mal el lanzamiento. Después me volví para marcharme. Antes de llegar a la puerta oí un chapoteo en el agua y me asomé otra vez a la ventana; sin embargo, no vi nada: sólo que mis cosas habían desaparecido.

CAPÍTULO XIII

Del corredor que no tenía fin

Cuando se me pasó el susto de aquel episodio y el olor a limo del Agujero desapareció, me sentí con más ánimos que antes al ver que la criatura que nos acosaba podía ser mortal y vulnerable al miedo; mi primo estuvo en la cena también más alegre de lo que nunca le había visto, pues por primera vez había conseguido desconcertar al enemigo que asediaba su castillo. Pero, ante los hombres que nos servían, presentó todo el asunto como un traspie de la señorita Rosamund, y comentó que, al vernos en apuros y a punto de perder el sentido por el agua helada, había ordenado disparar la culebrina para hacernos salir del estupor y así evitar que fuéramos arrastrados hasta el mar y nos ahogáramos. La señorita Rosamund y yo, viendo su intención, nos dejamos llevar por su sentido del humor y aceptamos sus bromas de buen grado, pese a ser bastante burdas y más propias de un campamento que de una residencia noble.

Cuando la cena terminó y las mujeres nos dieron las buenas noches y se retiraron, el Conde me hizo una seña para que me quedara. Una vez que los sirvientes hubieron retirado los platos y abandonado la sala, echó el cerrojo a la puerta y regresó al estrado donde yo estaba sentado; entonces apartó su silla y me pidió que me levantara y observara. Vi que se inclinaba hacia el suelo y, tirando de una argolla en la que yo no había reparado antes, abría una trampilla encajada entre los tablones, que giró con suavidad sobre sus bisagras sin hacer ruido. Después cogió una vela del candelabro de la pared y, sosteniéndola en alto con precaución, me dijo que mirara hacia abajo. Al principio, la luz de la vela me cegó y no pude ver más que la oscuridad; pero poco a poco empecé a distinguir una bóveda, excavada en la roca, en la que había muchos toneles y cuñetes, grandes y pequeños. Pensé que mi primo quería mostrarme su bodega de vino y licores, y me sorprendió que actuara con tanto sigilo, aunque quizá temía que la guarnición pudiese amotinarse para conseguir bebidas como había ocurrido en otros lugares asediados.

—En verdad, primo —comenté—, estás bien provisto y no hay riesgo de que nos muramos de sed.

Soltó una sonora carcajada, cerró la trampilla y volvió a colocar la vela en el candelabro.

—No, necio ilustrado —replicó—; si hubierais estado en las guerras sabríais que aquí no hay vino del Rin ni otros licores. Éste es uno de los cargamentos de pólvora de *Noll Cromwell*, del que me apodere cuando regresaba del campo de Naseby y que desde entonces he conservado completo, a excepción de un par de cuñetes que gasté para calentarle la casa a vuestro amigo Maese Eldad antes de que volviera. Si la cosa que nos amenaza tiene miedo a la pólvora, tal como parece por lo ocurrido hoy, tendrá material de sobra para llenar su estómago. Aquí hay suficiente pólvora para enviar a los mojigatos bribones del Parlamento más cerca del cielo de lo que nunca irán por sí mismos. Había pensado privar a monstruos y *Roundheads* del placer de arrebatarme la vida y saltar por los aires en buena compañía llegado el momento; pero ahora empiezo a ver lo que mi pólvora es capaz de hacer con munición adecuada para cebar a ese diablo —y señaló con el pulgar hacia las ventanas— con algo que le gusta menos que la carne humana. ¿Qué os parece, primo? ¿Servirá?

Cuando terminó de hablar, me quedé perplejo sin saber qué responder, pues su oportuno disparo sin duda había ahuyentado al monstruo que quería arrastrar a la señorita Rosamund, si es que de un monstruo se trataba; sin embargo, no podía creer que el juicio de Dios pudiera ser rechazado con simple pólvora, ni que la artillería del Conde pudiera ser, una segunda vez, más útil de lo que las máquinas de Satán eran en el noble poema *El Paraíso Perdido*, ofrecido recientemente al mundo por el señor John Milton. Así que le di las gracias, como era de justicia, por su oportuna ayuda, pero no insistí, pues parecía avergonzado de su buena acción; después pasé a tratar el asunto

de nuestras provisiones, que podían llegar a faltar (le dije) antes que la pólvora.

—Porque he leído en algunos relatos de las guerras que los soldados salan la carne con pólvora —señalé—, pero no que ésta pueda sustituir a aquélla; y aunque consigamos impedir que nuestros enemigos, hombres o algo peor, lancen un ataque, si nos morimos de hambre la situación no mejorará mucho.

—¡Muy bien! —exclamó dándome una palmada en el hombro—; todavía haremos un capitán de vos, Hubert. «¡Oh, este saber! ¡Qué cosa es!», como dice la obra. Con mucho gusto tomaré medidas sobre nuestros víveres, ahora que aún podemos disfrutarlos.

Me dio las buenas noches y se dirigió al alojamiento de los hombres, y yo a mi habitación.

La marea, que estaba hacia la mitad del reflujo cuando nos aventuramos en el muelle (algo que no era probable que volviéramos a hacer), había subido mucho y empezaba a chapalear en aquellas partes de la muralla que llegaban hasta el agua; porque como la isla en la que se alzaba el castillo era pequeña y muy recortada, el constructor de Deeping Hold había querido ganar espacio levantando algunos pilares en los entrantes de la roca, que nunca estaban secos salvo cuando la marea era baja. El salón del castillo (que aunque no tenía unas dimensiones excesivas era la mayor habitación de la casa) había sido construido en saledizo para darle todo el espacio posible, y su pared exterior descendía hasta el agua y estaba sustentada por pilares. Un poco más arriba de la muralla había una galería en voladizo por la que apenas podían cruzarse dos hombres pero uno solo caminaba con facilidad. Este pasaje, que conectaba los adarves de ambos extremos, recorría los dos lados del salón a una altura situada por debajo de la base de las ventanas, de modo que un hombre que se encontrara en el estrecho corredor trazado entre la pared y las almenas podía ver el interior del salón a través de los cristales que fueran transparentes.

Según creo, el corredor fue construido para que la guarnición pudiera hacer la ronda completa de las murallas e impedir que un enemigo penetrara por la pared del salón, un espacio donde no había defensas y que no podía verse desde los adarves salvo asomando el cuerpo más allá de la protección ofrecida por las almenas. Pero los centinelas no acostumbraban a caminar por ahí, pues no había torretas en las que resguardarse y (lo que quizá tuviese más peso) mi primo no deseaba en absoluto que sus hombres aprovecharan la excusa de sus obligaciones para andar fisgoneando mientras comía.

Mientras atravesaba el patio para ir a mis aposentos, meditando las palabras de mi primo y sin poder entender que la pequeña hazaña de haberme salvado le hubiera animado tanto, percibí un ligero sonido en la quietud; había dejado de advertir el chapoteo del agua y las voces de los centinelas, y no los oía más de lo que se oye el tictac de un reloj, tanto llegan a embotarse los sentidos de un hombre después de utilizarlos unos cuantos días. Ese nuevo sonido, apenas más fuerte que el chapaleteo de las aguas aunque distinto, era lento y áspero, parecido al de las olas cuando rompen sobre una playa pedregosa y hacen rodar unas piedras sobre otras. Me detuve a escuchar y, creyendo que el origen de aquel ruido se encontraba más allá del salón, subí a la muralla y seguí el estrecho corredor para ver qué lo producía, pues en nuestra difícil situación cualquier pequeña novedad podía provocar un gran sobresalto. Pero como mis pasos resonaban sobre el pavimento de aquella construcción (donde una pisada producía un ruido más sordo e intenso que en el adarve), no podía oír el extraño sonido; me detuve a escuchar, mas fue inútil. Sólo cuando llegué a la esquina del corredor, donde éste continuaba por el otro lado del salón, logré ver que las almenas estaban algo agrietadas y desmoronadas, como suele ocurrir con la piedra que ha estado expuesta al aire marino durante largo tiempo; pero no había luz suficiente para ver si las grietas eran recientes o no. Me di la vuelta y pensé que algunos trozos de

almena se habían desplomado por el desgaste y estaban siendo golpeados por el agua al pie de la muralla; hasta que llegué a la puerta de mi cámara no oí más sonidos que los habituales en el castillo. Sólo recuerdo que mire por el gran ventanal del salón, donde todavía quedaban algunas ascuas ardiendo en la chimenea, y vi la sombra de un hombre que caminaba de un lado a otro.

A la mañana siguiente me desperté más tarde de lo acostumbrado, pues los sucesos del día anterior me habían agotado y alterado más de lo que yo creía. La actividad del castillo ya había comenzado bajo la bruma. Me vestí y, al escuchar voces y risas en el patio, me dirigí hacia la puerta de la escalera para ver quién podía tener ganas de reír en aquel lugar asediado; pero cuando vi a los hombres de la guarnición no salí, pues no estaba dispuesto a darles un pretexto para su regocijo. Aunque, a decir verdad, después de los últimos acontecimientos y de la muerte del sueco, su brusquedad e insolencia habían disminuido bastante. Con todo, aquella mañana el reciente buen humor del Conde les había dado ánimos para fanfarronear; porque el dicho «A tal señor, tal servidor» es completamente cierto. De modo que permanecí en la sombra de la escalera para que no me vieran.

Mientras unos siete u ocho hombres bromeaban, con un aspecto de malvados rufianes como no encontraríais en toda Alsacia (me refiero a la parte de Londres así llamada), salió la atolondrada muchacha de la taberna de Marsham, que era la única mujer del castillo aparte de la señorita Rosamund y la Signora. Los soldados debieron de hacer un par de chanzas a su costa y ella respondió de manera simplona como era su costumbre, con su risa estridente y su rudeza habitual; aunque en esto los hombres la superaban, pues habían aprendido las palabras soeces de numerosos lugares y conocían las burdas blasfemias de los alemanes y los holandeses y el lenguaje cuartelero de los españoles, los franceses y los italianos, que sonaba mejor pero era más detestable. Fingiendo estar furiosa por uno de esos comentarios, que no entendió en absoluto (aunque si hubiera conocido su significado se habría enojado con razón), la muchacha propinó a uno de los hombres un tortazo en la mejilla y soltó una carcajada estúpida; cuando el soldado juró que le haría pagar por ello desollándole la cara con su barba, que parecía broza por su aspereza, la joven echó a correr con un terror simulado y, al verse acorralada, no encontró otra salida que la escalera del adarve. Hasta allí subieron su zafio pretendiente y todos los demás, una media docena, que querían ver cómo acababa la cosa; uno de los centinelas, después de que la muchacha consiguiera saltar sobre la pica que había atravesado en su camino, se unió a la persecución. Y así corrieron, ella gritando y riendo y ellos maldiciendo y jaleando como en una cacería, hasta llegar al corredor que rodeaba el salón y conducía a la galería. Allí, uno tras otro, desaparecieron de mi vista, aunque seguí oyéndoles gritar hasta que la muchacha dio un terrible alarido, que se interrumpió de repente, y deduje que el perseguidor la había atrapado; sin embargo, su horroroso grito había sido más imponente que el que podría derivarse del burdo manoseo de los soldados, al que por otra parte estaba bastante acostumbrada. Como no volví a oír a los hombres, que ya debían de haber doblado la esquina del salón, pensé que el edificio, situado entre medias, no dejaba llegar el sonido o que los soldados temían molestar al Conde, pues éste era un hombre temible cuando sufría uno de sus arranques de cólera. Así que esperé a que la muchacha y sus perseguidores salieran a la muralla por el otro lado del salón. Pero cuando nadie apareció, temí que se estuviera tramando alguna maldad y, aunque no quería entrometerme en un asunto tan vulgar, decidí comprobar que la muchacha no sufría ningún daño. Subí por la escalera de la muralla y lo único que encontré fue la pica que el centinela había abandonado al salir corriendo tras los demás; llegué a la esquina y tampoco vi nada. Cuando iba a doblar el recodo del corredor sin ninguna precaución, recibí una vaharada del olor fétido que conocía tan bien y a punto estuve de desmayarme por la náusea; apoyé la mano en una almena y

avance con cautela. Y menos mal que fue así, pues al doblar la esquina vi que la galería había desaparecido con almenas y todo; sólo quedaban un par de piedras melladas en la muralla, que rezumaban limo, y no había el menor rastro de la muchacha ni de los soldados.

El terror y la debilidad se apoderaron de mí y creí no poder regresar hasta el adarve y bajar al patio; pero hice un esfuerzo y logré llegar al suelo, pues pensé que estaba perdido si no me alejaba de las alturas. Cuando sentí la roca bajo mis pies, me dejé caer y permanecí tendido durante un rato, sin otra cosa que miedo en el cuerpo y un ansia desesperada de que aquello que nos acosaba acabara de una vez con la situación y no nos torturara más. Llegue a envidiar a los pobres desgraciados que habían marchado a la muerte entre risas y se habían ahorrado aquella espantosa agonía.

Era tal la angustia vital que sentía que realmente habría preferido seguir sus pasos; pero la señorita Rosamund apareció por la escalera y, al verme caído en el patio, corrió hacia mí preguntando a voces si estaba herido. Recobré el juicio, y una cierta vergüenza por mi falta de hombría, y rechacé la mano que me ofrecía para que me incorporara, diciéndole que lo único que me aquejaba era un sentimiento de cobardía, lo cual le sorprendió. Entonces le conté que se había hundido la galería y que quienes corrían por ella se habían ahogado sin remisión; no quise hablarle sobre el final de los hechos ni tampoco hizo falta, pues eso podía verlo sin que yo se lo dijera. Pero cuando le hablé de mi llegada al recodo, dispuesto a seguir a aquellos hombres, se puso pálida y se estremeció, agarrándome de la manga como para asegurarse de que aún estaba vivo; iba a sujetarla para evitar que se desmayara, pero se recuperó y se apartó de mí antes de lo que yo hubiese querido. Tras esto, avergonzada por su ataque de debilidad, que en cambio había sabido perdonar en mí, me pidió que fuera a contarle al Conde lo que había ocurrido.

Encontré a mi primo paseando por el salón (porque ya no se sentaba con la Signora con tanta frecuencia como antes) y le conté los hechos tal como se los había relatado a la señorita Fanshawe. Parecía bastante enojado, pues sus últimas muestras de buen humor habían sido como una estrella fugaz; cuando creía que iba a caer en un ataque de desesperación soltó una carcajada.

—Bueno, primo —dijo—, que se pudra la muchacha y mis hombres encuentren un alojamiento cómodo y cálido. Una muerte rápida y alegre es por lo que brinda todo soldado.

Entonces me preguntó con interés por el lugar donde la galería se había desmoronado; le dije que se encontraba al final del salón en el que nos hallábamos y que el corredor situado junto al ventanal todavía seguía firme.

—Sí, ya lo sé —dijo tras reflexionar un instante—; estaba arriba, y al oír gritar a esa puerca bajé para ordenarle que se callara y ver si había algunos hombres con ella, pues tenían rigurosamente prohibido utilizar la galería. Pero cuando llegué no vi ni oí nada. Bueno, aún somos suficientes para manejar los cañones si hace falta; ojalá pudiéramos colocarlos apuntando hacia acá. El duque Bernard de Weimar me dijo en el asedio de Breisach que un ángulo de muralla sin flanco es una puerta de entrada para el enemigo, que podría disponer su armamento para desbaratar las defensas laterales... —y aquí se interrumpió a sí mismo y volvió a reír.

—No me miréis como si estuviese loco, amigo Hubert —dijo, pues yo estaba asombrado de que pudiera recordar esos detalles en nuestra presente situación—. Estoy dispuesto a ofrecer mi vida, que vale menos que nada, para que cuando os llegue la hora resuene en vuestros oídos un fragmento en latín o griego, o alguna estrofa de un salmo ya que sois un puritano, sin pedir nada a cambio. Soy un soldado —añadió—, y he de morir por los instrumentos de mi oficio; y es posible que mis últimas palabras sean pronunciadas en la jerga militar. Así que dejadme solo, primo,

antes de que os aburra.

CAPÍTULO XIV

De la mancha en la pared y de la ola que llegó del mar

El Conde, siguiendo mi consejo, había tomado medidas con respecto a los víveres. Y cuando fuimos a cenar aquella noche, aunque no faltó vino, la comida fue escasa y poco apetecible, hasta el punto de que la mujer italiana, que solía ser refinada en sus modales, se burló del Conde diciendo que no era puritana y estaba acostumbrada a comer mejor, incluso en un campamento, y ofreciéndose en tono de broma a ser nuestra cocinera. Todo esto lo dijo sin alterarse, pero sus ojos estaban inquietos y no correspondían a sus palabras, como si el miedo que rondaba el castillo la hubiese afectado también a ella.

—Bueno, Madonna —replicó mi primo—, ¿acaso no estamos en una fortaleza sitiada, con poca esperanza de recibir ayuda, y no debemos racionar el alimento durante el asedio?

—No, no —repuso la italiana con fingida petulancia—, no es la escasez de alimento lo que me molesta, sino lo bárbaras que son la cocina y las raciones inglesas. Signor Uberto ¿no os gustaría que os preparara una cena?

Me pareció que si le tomaba la palabra podría ser mi última cena en este mundo, pero evité mencionar esto y le dije que yo era un sencillo hombre de letras, acostumbrado a la comida inglesa y en pequeñas cantidades, y no deseaba que se estropeará las manos preparando una cena para mí y otros comentarios semejantes.

—Bueno —añadió—, ¿y no podría ser vuestra vivandera y cocinera de campamento y aderezar vuestra carne?

—No, signorina —intervino la señorita Rosamund—, no vaya a ser que nos preparéis alguna bebida.

Al oír esa palabra, cuyo siniestro significado conocía, la italiana frunció el ceño, entornó los ojos y dirigió la mano hacia el escote de su vestido como si buscara algo. Pero no dijo nada, pues el negro Pompeyo, que avanzaba junto a la pared con un plato en las manos, dio un grito de espanto, tiró el plato y cayó al suelo cerca de la mesa, agarrándose a las rodillas del Conde. Todo ello me impresionó de manera extraña, pues el muchacho negro tenía el semblante gris por el miedo y se aferraba a mi primo, que no le apreciaba, para que le protegiera, farfullando algo sobre un ruido que le asustaba. Cuando mi primo le dio un puntapié, ordenándole que se pusiera de pie y explicara qué ruido había oído, el mozo no dijo nada, sólo una jerigonza sobre el diablo que hacía rodar piedras por la muralla. El Conde, muy enojado, agarró al negro por el cuello de su justillo y le abofeteó llamándole cobarde y estúpido; al soltarle, Pompeyo exclamó:

—¡Otra vez! ¡Ahí está otra vez! —y cayó de nuevo al suelo, presa de un ataque, gimiendo y echando espuma por la boca.

Permanecimos en silencio un instante y el único ruido que oímos fue el jadeo del negro; pero al cabo de un rato escuchamos un sonido amortiguado, como un rechinar de piedras que rodaran unas sobre otras, semejante al que yo había oído la noche anterior. El rumor aumentó, y fue como si una ola arrastrara guijarros sobre grava hasta allí mismo, aunque seguimos sin ver nada; el ruido provenía del extremo del salón que daba a la marisma, y entonces recordé que detrás de esa pared estaba la galería que se había hundido.

Todos estábamos sentados, en silencio, menos los sirvientes, que continuaban de pie temblando de miedo; solamente mi primo, que era un hombre de gran valor, se puso en pie de un salto, se acercó a la pared de la que procedía el ruido y dio un golpe en los paneles, que estaban viejos y agrietados. Al pegar contra la madera, se hirió la mano y profirió un juramento, y sin pensarlo dos veces se llevó el puño a la boca como solemos hacer cuando sale sangre. Entonces escupió, volvió a blasfemar, y tuvo un par de arcadas como si fuera a vomitar.

—¡Dios, esto no es sangre! —exclamó.

Puso la mano bajo una lámpara y vimos que estaba cubierta de grumos de limo, de un olor repugnante; cogió una servilleta y, tras restregarse la mano con furia, la arrojó lejos. Al mirar al lugar donde mi primo había estado, vi cómo el limo rezumaba por entre las grietas de los paneles, abombando la madera de la pared y arrastrándose por el suelo.

Le dije que se olvidara de aquello, porque sabía muy bien lo que estaba pasando; pero no hizo caso.

—No —replicó—, esto hay que aclararlo.

Entonces, agarrando el borde del revestimiento, que estaba podrido en algunas partes, arrancó un gran trozo, casi hasta el suelo, y dejó al descubierto la piedra y el yeso de la pared. Después cogió una lámpara y la acercó para indagar que había detrás de los paneles. Todos pudimos ver una gran mancha y unas capas de yeso que se desprendían de las piedras, como ocurre en las casas viejas y ruinosas cuando la humedad penetra por las hendiduras; además, el rechinar de guijarros continuaba, y cuando cesaba, lo que sucedía a intervalos, se podía oír el rumor de las olas en el exterior, por lo que juzgué que la marea había subido.

Al ver que la fetidez que nos acosaba había conseguido llegar hasta el interior de nuestra ciudadela, los sirvientes se quedaron paralizados, como si fueran de piedra, mientras el negro gemía y mascullaba algo a sus dioses; yo, por mi parte, estaba tan confundido que no se me ocurría nada provechoso. Las mujeres permanecieron sentadas en silencio, observando fijamente la pared; pude ver cómo movían los labios, pero no oí que la señorita Rosamund rezara ninguna oración ni que la italiana pronunciara ningún hechizo. Sólo mi primo me hizo sentir vergüenza por la disposición que siempre mostraba ante una situación peligrosa; le oí gritar que la humedad había penetrado por la pared con la marea alta y, con la espada desenvainada, ordenar a sus hombres que trajeran un brasero, cosa que los sirvientes hicieron llenos de sudor por el miedo que tenían a su señor y a la aparición de la pared. Salí de mi letargo y eché una mano; entre todos cogimos los troncos que ardían en la chimenea, los pusimos en el brasero y acercamos éste a la pared hasta que las llamas rozaron la piedra y la mezcla de limo y agua que goteaba por los resquicios empezó a chisporrotear. Cuando vio que las llamas disminuían, el Conde pidió más combustible, porque el yeso y la argamasa que sujetaban las piedras se estaban desmoronando y el limo se filtraba cada vez más. Me dio la impresión (aunque quizá fuera sólo la oscilación de las llamas) de que las hebras de légamo trepaban hacia arriba y se inclinaban hacia nosotros como serpientes; además, el sonido rechinante seguía aumentando y parecía que lo que había en el exterior iba a irrumpir en el salón.

Continuamos alimentando el fuego sin advertir que la habitación se estaba llenando de humo; mientras, los hombres traían más madera, las mujeres nos observaban sentadas y todo parecía una pesadilla. Porque no había nada visible contra lo que combatir, sólo una mancha en la pared y el limo que rezumaba, ni ningún sonido salvo el crepitar del fuego, el rechinar de las piedras y, cuando éste cesaba, el rumor de las olas.

No sé, ni creo que nadie lo supiera entonces, si aquella situación duró una hora, dos o más. Sólo recuerdo que al final los hombres llegaron con las manos vacías y dijeron a mi primo que la madera se había acabado; éste les increpó con violencia, llamándoles derrochadores y estúpidos, y ordenó que arrancaran los paneles y los echaran al brasero, pero la madera estaba húmeda y ardía mal. Pensé que el final estaba próximo, porque había oído un par de veces un ruido semejante al de una fuerte tromba y un estruendo como el de grandes piedras desplomándose en el agua.

Pero cuando ya contaba con la destrucción de nuestras defensas, el rechinar de las piedras cesó, y también las filtraciones de limo y agua; incluso el rumor de las olas disminuyó, lo que indicaba que la marea estaba bajando con rapidez. En ese instante la

señorita Rosamund se puso en pie junto a su silla y movió los labios sin emitir ningún sonido, por lo que imaginé que estaba dando gracias a Dios por nuestra salvación. El Conde se volvió y ordenó a Pompeyo que le trajera vino, pero el muchacho no contestó y permaneció inmóvil bajo la mesa; cuando su amo se inclinó y tiró de él para sacarle, el negro no se movió ni tampoco respondió a puntapiés ni a maldiciones. Le puse la mano en el pecho y noté que estaba frío; al mirarle, vi que tenía el rostro desencajado por el horror y la boca abierta.

Dedujimos que había muerto de miedo e inmediatamente cubrimos su cuerpo con un mantel para que la señorita Rosamund no se fijase en él cuando se alejara de su asiento, pues ahora la mesa le impedía verlo.

El Conde se dejó caer en su gran silla de roble, con el rostro ennegrecido por el humo, y la Signora se sentó a su lado. Mi primo dirigió la mirada hacia la ventana de levante y, al advertir que la noche empezaba a clarear, se volvió hacia la italiana, que tenía aspecto triste, y le habló con más delicadeza de la que era habitual en él:

—*Fiammetta mia* —dijo—, hemos contemplado muchos amaneceres juntos, pero éste es el último; divirtámonos, pues cuando vuelva a caer la noche nuestras desgracias habrán acabado.

La Signora se giró hacia él y le miró con desdén.

—¿Por qué dices eso, Filippo? —preguntó—. Todavía no hemos muerto, y no pienso abandonar la partida hasta que se juegue la última carta. Aún veremos otros amaneceres, y en mejores lugares que este tugurio de las marismas.

—Esta es mi casa y la casa de mis antepasados —replicó el Conde frunciendo el ceño—; la defenderé mientras pueda y luego desapareceré con ella.

—¡Oh, tus antepasados, tus antepasados, con sus nombres bárbaros y su manido orgullo! —exclamó la italiana en tono furioso—; ¿a quién le importará todo eso cuando tu castillo y tus antepasados estén hundidos en la marisma, fango en el fango? ¡Vida! ¡Vida! Es lo que aún tengo y pienso conservar. Tú puedes morir como una rata en su ratonera si quieres, ¡pero yo viviré! ¡Debo vivir!

Me sorprendió sobremanera comprobar la cólera de aquella mujer, ahora que se había desatado en el último momento. No es que temiera a la muerte, pues tenía un valor nada habitual en su sexo: se trataba más bien de un arrebatado de indignación al ver que su fuerza y su delicadeza de espíritu, su saber y sus artes ocultas debían desaprovecharse, y el relato de su vida interrumpirse, antes de que hubiera demostrado toda su capacidad; rechazaba el destino inminente como injusto para su soberanía del mismo modo que el Rey Carlos negaba las atribuciones del tribunal que le juzgó.

Pero la vehemencia de la Signora no duró mucho, y al cabo de un rato empezó a rogar al Conde que escapáramos de aquella prisión antes de que el destino cayera sobre nosotros. Mi primo se levantó y, con aspecto fatigado, dijo:

—Bien, Fiammetta, ¿quieres que nos dirijamos a los botes e intentemos desembarcar sin que nos vean los *Roundheads*? Es una empresa desesperada, aunque ofrece alguna esperanza para ti, y si tanto deseas vivir, pues sea. Vamos, primo Hubert y prima Rosamund, preparemos un plan antes de que suba otra vez la marea. Pero antes —añadió— llevad fuera esa carroña.

De modo que, tiznado como estaba, se puso la capa y salió al patio, todavía gris y brumoso en las primeras horas de la mañana, y nosotros le seguimos. Los dos sirvientes sacaron el cadáver del negro y lo colocaron en una habitación vacía del alojamiento de los soldados; a decir verdad, no había necesidad de ella, ya que nuestras tropas habían disminuido considerablemente.

Llegamos a la puerta de acceso y a la torre barbacana, donde todavía ardía un almenar para que los hombres vigilasen, mientras los centinelas caminaban por las murallas gritándose unos a otros; al cabo de un rato, se nos unieron los dos sirvientes que

habían estado con nosotros en el salón, y el Conde les ordenó que no dijeran nada de lo ocurrido. Junto a la puerta, y en torno a las culebrinas situadas sobre ella, había unos ocho o nueve soldados, casi la mitad de lo que quedaba de la guarnición; sus rostros resultaban extraños bajo la luz roja del almenar, pues se les veía demacrados por el miedo y el agotamiento, y me dio la impresión de que éramos como un grupo de fantasmas en medio de la laguna Estigia.

Cuando los hombres vieron la cara del Conde, manchada de tizne y con signos de preocupación y fatiga, se produjeron algunos murmullos, pero ninguno se atrevió a hablar. Mi primo hizo una señal para que todos se reunieran con él en la puerta, y las mujeres y yo, acompañados de los sirvientes, tan llenos de hollín como el Conde, nos mantuvimos a cierta distancia; cuando vio que los soldados estaban a su alrededor dijo: —Camaradas, nos hallamos en una situación desesperada y debemos buscar un remedio con urgencia. Nos queda poco combustible y alimento, hay una compañía de tunantes *Roundheads* cerca de la aldea de Marsham y no somos bastantes para hacerles frente; me temo que este viejo castillo nuestro ha cumplido ya su misión y está podrido por los años y el agua salada. Esta mañana la galería se hundió con algunos de vuestros compañeros y esta noche la marea alta se filtró por las paredes de mi propio salón.

Uno de los sirvientes hizo intención de decir algo, pero el Conde, al oírle murmurar, le lanzó una mirada tan fiera que el individuo se asustó y siguió callado.

—¿Qué decís entonces? —preguntó mi primo en un tono más amigable que el que solía utilizar con sus hombres, como si fuera un soldado dirigiéndose a sus compañeros—; ¿preferís que perezcamos aquí de hambre y frío, o nos exponemos a que nos cuelguen o nos maten de un golpe en la cabeza los santos de *Noll* que andan por ahí? Sin duda, si una vida pudiera salvar la de los demás, ellos aceptarían la mía encantados; aunque ya conocéis su clemencia con los que son como vosotros.

Al oír esto se produjo un rumor entre los hombres parecido al gruñido de una jauría; y no era de extrañar, pues los hombres del Parlamento jamás se mostraban compasivos, ni siquiera con aquellos que se rendían.

—Bien —añadió—, aún tenemos nuestras armas y no nos falta pólvora ni chalanas para todos. ¿Por qué no aprovechamos nuestra última oportunidad e intentamos desembarcar en algún lugar lejos del alcance de esos perros? Si no podemos tenderles una emboscada y lanzarnos sobre ellos, al menos es posible que logremos llegar hasta quienes todavía combaten por el Rey o, en el peor de los casos, encontrar un barco que nos lleve a los Países Bajos, donde el español o el holandés, me da igual quien sea, ofrecen buena paga. ¿Estáis dispuestos a aventuraros conmigo?

Algunos hombres gritaron «¡Sí!», profiriendo juramentos como era su costumbre; pero otros se mostraron más reacios, murmurando que había un demonio que amenazaba las marismas y el mar y lo único que conseguiríamos sería hundirnos por su garganta.

—¿Qué palabras son ésas? —exclamó el Conde con desprecio—. ¿Estoy oyendo a mis compañeros de armas o a unas muchachitas anémicas que prefieren morir de hambre en una fortaleza en ruinas antes que jugarse la vida realizando una salida impetuosa para abrir una brecha en el asedio? ¿Qué son esas estupideces sobre un demonio marino? Aquí está mi primo Hubert, que es un hombre de paz y no un soldado, y se ha atrevido a embarcarse un par de veces con vosotros sin que le haya ocurrido nada a él ni a quienes le acompañaban. ¿Seréis unos cobardes en aquello que un estudioso de Cambridge ha sido un valiente? Es más ¿no vais a estar ni siquiera a la altura de las mujeres? —y preguntó:

—¿Vienes conmigo, Fiammetta?

La italiana asintió y dijo:

—Sí.

Y la señorita Rosamund también inclinó la cabeza.

De modo que uno tras otro, cada cual amparándose en el valor de los demás, fueron dando su palabra de acompañar a mi primo en su última aventura. El Conde esbozó una sonrisa y, con el rostro ennegrecido bajo el parpadeo rojo del almenar, parecía Lucifer entre sus pares; después dio un par de golpes en el hombro a algunos soldados y les felicitó diciendo que eran unos buenos muchachos con los que merecía la pena vivir o morir. Una vez todos de acuerdo, ordenó abrir la puerta y preparar las embarcaciones, que estaban amarradas con cadenas al muelle. Los hombres cumplieron la orden y salieron al exterior, donde la marea había empezado a menguar y estaba a media altura, como cuando la señorita Rosamund había estado a punto de ahogarse. Nosotros nos quedamos observándoles junio a la torre, aunque la luz era escasa, pues el fuego del almenar ardía lánguidamente, el alba todavía despuntaba por el mar y sobre las aguas se cernía una ligera bruma. No obstante, podíamos ver a los hombres en el muelle, moviéndose como sombras entre la niebla bajo la mortecina luz crepuscular, mientras las embarcaciones flotaban sobre el agua viscosa. Todo parecía tan tranquilo y seguro que apenas pude creer que hubiésemos pasado la noche luchando contra el terror.

Al cabo de un rato, una ráfaga de viento rasgó la bruma y, al mirar hacia el mar, donde una nítida franja de cielo gris rozaba el plumizo borde del agua, distinguí una especie de protuberancia al fondo, semejante a lo que vemos cuando miramos a través de un cristal curvo. De repente, aquello desapareció de mi vista; pero al instante me pareció ver que las aguas más próximas se elevaban como una ola, y recordé que algunos relatos de viajeros hablaban de cómo tras un terremoto, o por un capricho de las mareas, había surgido de las profundidades una gran ola que había arrasado a su paso las islas de los mares del Sur o las ciudades del Caribe. Agarré a mi primo de la manga y le dije que mirara; sin embargo, él no vio nada ni yo tampoco.

Poco después, mientras los hombres seguían preparando las barcas en el muelle, algo agitó las aguas, que volvieron a alzarse, y me di cuenta de que una masa negra, como una ola tersa y redonda pero sin cresta, avanzaba con rapidez hacia nosotros. Grité a los hombres para que se protegieran y el Conde hizo sonar un silbato, pero fue demasiado tarde; porque cuando los hombres le oyeron e intentaron correr hacia la torre, aquella montaña de agua, o lo que fuera, arrasó la embocadura del puerto y se tragó los espigones del muelle. En menos de cinco segundos no quedó a la vista más que una ola panzuda, con hebras de limo, que llegó rodando hasta la entrada del castillo sin producir espuma. Poco después el agua retrocedió; pero de los hombres, las barcas y el muelle no quedaba ni rastro, a excepción de las cadenas rotas colgando de sus argollas. Permanecimos inmóviles, con el siseo rechinante de aquella ola extraña todavía en nuestros oídos, y volvió a reinar la calma mientras el sol asomaba lentamente por la nebulosa línea del horizonte.

CAPÍTULO XV

De las ocupaciones de la mujer italiana

Cuando aquella intensa agitación de las aguas, extraña y horrible, hubo cesado sin dejar nada de las barcas ni de los hombres, sólo cadenas rotas y charcos de lodo sobre las piedras, la señorita Rosamund fue quien primero habló, implorando la clemencia divina para aquellas pobres almas conducidas tan precipitadamente al Juicio Final. En cuanto a los demás, me avergüenza reconocer que yo estaba demasiado ocupado con mi propio miedo para poder pensar en otra cosa, pues no había contado con que la terrible ola de agua fangosa que avanzaba hacia el embarcadero iba a detenerse antes de tragarnos también a nosotros. Además, al haberme criado como puritano, no era nada proclive a rezar por los muertos, aunque estaba dispuesto a consentirlo más de lo que mis maestros hubiesen creído conveniente para un buen protestante. Cuando acabó su plegaria, la señorita Rosamund, como una mujer leal, se acordó de quién era su amigo y (ahora puedo confesarlo) pretendía ser más que eso.

—¡Me habéis salvado! —exclamó.

—No —repliqué—, ha sido mi primo Philip quien nos ha salvado a los dos.

Al oír su nombre, el Conde, que había permanecido en medio de la puerta con la mirada perdida de un hombre trastornado, exhaló un profundo suspiro, se volvió hacia nosotros sin vernos, porque sus ojos miraban hacia adentro, y habló consigo mismo o con alguien que no veíamos.

—Todos mis hombres se han ido —dijo en voz tan baja que apenas pudimos oírle—, todos se han ido y yo no puedo ir con ellos. En verdad, Margaret, fui cruel contigo; aunque tú estás siendo todavía más despiadada conmigo. Sólo te di un golpe y no quería que murieras, pero has estado castigándome día y noche. ¡Acaba de una vez, mujer, y no te acerques otra vez a mí con esa mancha roja!

La señorita Rosamund me miró y recordé que la difunta Condesa de Deeping se llamaba Margaret. Mi primo siguió farfullando y parecía que su visión había cambiado, porque ahora hablaba con Maese Eldad, llamándole estúpido y loco por meterse en su armadura, de la que había sido absorbido hacía tiempo, y otros disparates semejantes. La mujer italiana, que había permanecido cabizbaja, con el rostro entre las manos y sin decir palabra, alzó la cabeza y dejó ver un semblante cadavérico bajo la luz del amanecer, aunque sus ojos eran verdes y brillantes.

—¡Estúpido! —exclamó—, no hay nadie aquí, sólo los vivos, y tu santa esposa descansa bien allá donde la enviamos tú y yo. Fue más que un golpe casual lo que nos permitió deshacernos de ella, y eran más que uvas lo que había en su vino. Sin embargo, yo no la veo ni la temo en absoluto.

Cuando la señorita Rosamund y yo oímos esto, nos apartamos de la mujer italiana como si se tratara de una leprosa; y desde luego su palidez era como la de Guejazi.^[11] El Conde continuó en estado de estupor, como si las palabras de la Signora no significaran nada para él; pero un instante después, dio un gran grito, se despojó de la capa y, arrojándola lejos, sacó la espada de un tirón y se precipitó hacia ella. No tuve valor para interponerme en su camino, aunque ella sólo le miró con desprecio y no se movió ni habló. Mi primo dio un par de pasos y se detuvo. Entonces, soltando una maldición, lanzó la espada contra las piedras y, tras pisotearla y romperla, estrechó a la mujer en sus brazos y se rió de manera extraña.

—No, no asesinaré a más mujeres —dijo—, así que no temáis. Ven, Fiammetta, esta noche nos divertiremos, querida, y nuestros alegres hombres también. Cerrad las puertas, vasallos, e id a desayunar; y después preparad el salón para el banquete. Todos cenaréis conmigo y con mi nueva señora; las labores de vigilancia quedan suspendidas. ¿Con qué revista contamos? —y recorrió con la mirada a los hombres, que ya se habían agrupado en el patio y le observaban con asombro—. Aún quedan cuatro, seis, ocho tunantes —añadió—, nosotros cuatro para la mesa principal, y otro

invitado más a la cena hasta llegar a trece. Sin duda le ofreceremos una calurosa bienvenida. Venga, primo, a desayunar. Ya no habrá más racionamiento ni escasez para nuestra alegría, pues beberemos hasta que salga el sol y seguiremos bebiendo hasta que se ponga otra vez. ¡Buenas noches!

Cuando hubo acabado, soltó una carcajada y me di cuenta de que la locura se había apoderado de él; sin embargo, no deseé que recuperara la cordura, porque si hubiera estado en su caso (Dios no lo quiera) no podría haber hecho otra cosa, de estar en mis cabales, que asesinar a la mujer italiana y después quitarme la vida. Pero no estaba dispuesto a contemplar las bufonadas de un loco ni a escuchar sus desvaríos, pues siempre he creído que quienes encuentran motivo de regocijo en tales cosas son auténticos demonios a los que adularíamos llamándoles bestias, pues hasta éstas tienen miedo o se compadecen de la locura. Con todo, por aquellos días había hombres, sí, y también mujeres, que no se avergonzaban de burlarse de los desgraciados de Bedlam.^[12] De modo que no dije nada y me encamine hacia mi torre con el propósito de pasar la poca vida que aún me quedaba entregado a la meditación y a la oración; pese a la profecía de Maese Eldad, tenía tan poca esperanza de ver otro amanecer sobre la tierra como mis enemigos. La señorita Rosamund hizo lo mismo, y cuando el Conde pidió a la Signora que entrara con él, ésta también rehusó su compañía diciendo que tenía cosas que hacer; me pregunte qué cosas podían ser ésas, pero no me esforcé por averiguarlo, porque me importaba poco lo que pudiese tramar y ya no temía ni a ella ni a nada. Comprendí, o habría comprendido de haberme parado a pensarlo, que la desesperación del miedo vuelve audaces a los cobardes. Me dirigí hacia la escalera que conducía a mi cámara, pero cuando llegué a la puerta de la torre y observé el patio, que estaba vacío y oscuro bajo el crepúsculo matutino y la penumbra de las murallas, me pareció ver una sombra que salía del alojamiento de los soldados y subía hasta la gran puerta de la casa. Era una figura extraña, como la de una mujer que llevara un bulto negro sobre los hombros, y pensé, sin demasiado interés, en la mujer italiana y en cuáles podían ser sus ocupaciones. Pero la mujer y su carga, que no pude ver con claridad, desaparecieron enseguida por la puerta y ya no vi nada más. Una hora después, al mirar hacia el patio, advertí el parpadeo rojizo de una luz en la ventana de una habitación —según creí, la cámara donde la italiana realizaba sus brujerías— y un par de espirales de humo que salían por el marco de la misma.

Aquella mañana transcurrió como una pesadilla, y aunque procuraba poner todo el corazón y la mente en cuestiones de religión, no conseguía serenarme y vencer mi intranquilidad. Además, cuando trataba de leer las Escrituras, encontraba sus palabras vacías de significado, como un discurso que hubiera sido repetido con demasiada frecuencia; y cuando rezaba tampoco lograba sentirme mejor. De modo que me puse a pensar en la señorita Rosamund, que debía de estar rezando (al menos eso imaginé) para que aceptáramos el final con calmada y piadosa resignación; ella (según me ha dicho después) pensaba lo mismo de mí, lo que le sirvió de consuelo en su similar estado de desasosiego. Para vergüenza nuestra, en aquel valle ensombrecido por la muerte teníamos el pensamiento más en la criatura que en el Creador.

Así fue avanzando el día, sin que se viera el sol sino sólo el oscuro celaje de unas nubes brumosas y una negrura en dirección al mar. De nuestros enemigos, hombre o monstruo, no había ninguna señal, y el mar estaba silencioso y en calma. Hacia el mediodía, sentí que me asaltaba el hambre e intenté ver si podía comer algo; cuando llegué al salón, encontré la puerta cerrada y oí un martilleo, como si un carpintero estuviera trabajando, y una voz, que a pesar de su extraña aspereza reconocí como del Conde, que entonaba una de esas canciones de campamento. Al pensar en su locura se me quitó el hambre y me di la vuelta para subir al adarve a dar un paseo, pues estaba aburrido de estar sentado.

Ahora podía pasear a mis anchas, pues no había centinelas apostados, y recorrer

prácticamente toda la muralla, a excepción de aquella parte donde se había hundido la galería. Pero por el lado que daba al salón aún se podía pasar; así lo hice y miré hacia el interior de la habitación, que parecía una caverna, a través de un cristal transparente del gran ventanal. Sin embargo, salvo las llamas vacilantes de la chimenea (que había sido encendida, no sé con qué combustible), no había nada que ver, porque de mi primo y del ruido de sus labores no se apreciaba el menor rastro. Afuera tampoco pude ver mucho; aunque apenas había pasado el mediodía, la neblina del cielo sobre el mar había aumentado y ascendido y, pese a mi escasa habilidad para hacer pronósticos meteorológicos, me pareció que amenazaba tormenta. Pero era extraño, pues no hacía viento ni había espuma en el agua: sólo un continuo mar de fondo que se elevaba y caía contra las piedras sin hacer ruido.

Mientras regresaba desde el adarve hacia el patio se levantó una repentina ráfaga de viento, que aulló a través de las aspilleras y se extinguió al instante dejando a su paso un ligero hedor salino; al mirar hacia la zona desde la que soplaban el viento, vi una franja de color gris pálido sobre las aguas negras y me pregunté neciamente por qué lo que nos acosaba, si es que estaba allí, no mostraba ninguna voluntad o deseo de acabar de una vez con nosotros, ahora que éramos muy pocos para ahuyentarlo. Pero como la mancha gris permanecía inmóvil, supuse que se trataba de la sombra de alguna nube, pues la oscuridad era menor encima del castillo. Entonces oí unos pasos sobre la piedra y miré de nuevo al patio. Distinguí la silueta de una mujer fantasmal que cruzaba la oscuridad con un fardo negro sobre los hombros y, al aproximarse, reconocí a la Signora, que jadeaba bajo su carga; no es que deseara ayudarla en sus quehaceres, pero como no podía permanecer impasible observando a una mujer que acarrea una pesada carga, descendí de la muralla y me apresuré a echarle una mano. Nada más agarrar aquel bulto volví a soltarlo con rapidez, porque rocé la mano fría de un hombre muerto que asomaba bajo la capa negra que lo cubría; la italiana soltó una carcajada y, retirando la capa, me mostró el cadáver del negro Pompeyo, a quien había visto, con mis propios ojos, muerto de miedo en el salón.

Me avergoncé de mi terror, provocado por el posible maleficio llevado a cabo por la italiana y no por el acarreo de un muerto, pues esto se había convertido en algo cotidiano para mí; creyendo que sólo había estado estudiando el cuerpo como un cirujano para descubrir algún secreto de la naturaleza (aunque me sorprendió que se preocupara de sus conocimientos en aquella situación de extremo peligro), le pregunté qué hacía con el negro.

—Os lo diré luego —respondió, jadeando todavía por el esfuerzo—, pero antes debéis ayudarme a subir esto para echarlo fuera, porque ya he terminado con él.

Hice lo que me pedía, pues no veía nada malo en ello, aunque la tarea era poco agradable; sin gran dificultad, subimos el cuerpo hasta la muralla y lo depositamos entre dos almenas. La italiana esperó, tomó aliento y contempló el horizonte durante un rato; en ese momento volvió a soplar una ráfaga de viento, que trajo de nuevo el hedor salino, y me pareció ver la franja grisácea todavía en el mar, aunque debido al cielo encapotado no pude estar seguro. La mujer husmeó el aire como un perro y, girándose hacia mí, dijo:

—*Sto bene*, ahora arrojémoslo fuera.

Sin más palabras, levantamos el cuerpo y, tras balancearlo un par de veces, lo lanzamos al agua, donde cayó con el chapoteo sordo de un muchacho que se zambulle en el mar por diversión y se hundió; pero al instante emergió de nuevo y sobrenadó entre las olas. Así se mantuvo un rato, flotando a la deriva, hasta que comenzó a deslizarse hacia el lugar donde había visto la franja gris y se alejó con rapidez como si la corriente que le arrastraba fuera más fuerte. El cuerpo se irguió con el oleaje, asomando la cabeza y los hombros como un nadador, y desapareció de repente como si alguien hubiera tirado de él hacia abajo; de haber vuelto a aparecer, no lo habría

visto debido a la oscuridad.

Cuando todo terminó, me volví hacia la italiana, que había estado observando el cuerpo con atención, y le pregunté cuál era su propósito al deshacerse del cadáver del negro.

—Bien —comenzó—, seguro que me censuráis por no haber pensado esto antes, aunque a vos tampoco se os ocurrió. Signor Uberto, cuando uno está acosado por ratas, ¿no les pone cebos envenenados? Bueno, pues Pompeyo puede ser hoy nuestro cebo y permitirnos recobrar la libertad si ese demonio marino tiene estómago como las demás bestias y no es inmortal. En el caso de que nuestro enemigo sea algo más que humano, aún cabe tener esperanza; porque mi veneno, aunque no cuenta con la bendición de ningún Santo Padre, ha sido utilizado por uno de ellos, pues es una fórmula de los Borgia.

No sabía si admirar el valor de aquella mujer o reprobar su atrevimiento; así que le pregunté, con intención de avergonzarla, si ese era el veneno que había mezclado para el sueco y, según mis informaciones, también para mí y los demás.

—En absoluto, Signor Uberto —contestó—, me conocéis muy poco si pensáis que puedo ser tan descortés como para utilizar ese veneno con gente culta como vos y la Signorina Rosamunda —y aquí alargó el nombre en tono despectivo—. A vos —añadió—, jamás intentaría envenenaros, salvo como un último recurso para salvar la vida si acaso. Sois un erudito, signor, y un espadachín en toda la regla, y me desagradaría mucho que se perdieran esas dos cualidades juntas. Sinceramente, Uberto —dijo inclinándose un poco hacia mí y mirándome a los ojos—, contigo se ha malogrado un audaz conspirador; sabes y comprendes lo que hay que hacer, pero aparece tu maldita religión, tu sentido del deber, o no sé qué otras palabras vacías, y las cosas se quedan sin hacer. Si hubieses aprovechado la oportunidad que te ofrecí y lanzado una estocada a fondo hace un par de días, te habrías convertido en el Conde de Deeping, señor de todo lo que hay en el territorio, hombres y mujeres, con la señorita Rosamund como Condesa hasta que te cansaras de ella, y después... —aquí se detuvo y apretó los labios con firmeza, pero sus ojos hablaban por ella y prometían no sé qué.

No pude responderle, pues estaba aterrado por la descarnada maldad de sus intrigas y, a la vez, subyugado por su sutileza y astucia. La frialdad con la que era capaz de contar todos sus diabólicos manejos, como si fuera Maquiavelo escribiendo sobre los actos de César Borgia y señalando cómo y dónde había funcionado o fracasado cada maquinación, me dejó atónito. De modo que fue ella quien volvió a hablar, aunque sin ninguna pasión.

—Recurrí al sueco como quien coge un bastón cuando se le niega el estoque —dijo de manera despreocupada—; pero me volvisteis a fallar, sin pretenderlo, y el bastón se quebró en mi mano.

En aquel momento no advertí que había estado tuteándome y tardaría un rato en dejar de hacerlo, como si se hubiera acercado a mí y luego retrocedido, pero más tarde recordé esto y muchas otras cosas.

—Como bien sabéis, no fue voluntad mía que lucharan —repliqué—; aunque si tenían que hacerlo, no hubiese deseado que las cosas fueran de otro modo.

Al oírme, tuvo un arranque de cólera.

—¡Oh! —exclamó, profiriendo un juramento italiano, propio de los campamentos militares, que no pondré por escrito—, ¡ojalá hubieses sido un hombre más sabio o un necio mayor! Si hubieras tenido una pizca más o menos de ingenio, Uberto, el sueco habría matado a Filippo, y éste hubiese regresado a mis brazos y a su copa de vino...

—Y entonces habría muerto —señalé, pues recordé lo que la señorita Rosamund había imaginado.

—¡No! —exclamó con franqueza, como quien está en el infierno y ya no tiene necesidad de seguir fingiendo virtud y encuentra placer en ello—; eso hubiera sido

demasiado sencillo y notorio. Habría muerto al menos dos días más tarde, y si no hubiese sido así, habría incitado a los soldados a asesinarle mientras yacía enfermo y a encomendarte que hicieras las paces con el Parlamento, En cuanto a la cosa de ahí fuera... ¿quién sabe si no nos habría dejado en paz cuando se hubiese tragado su bocado más apetecido? Aunque también podríamos haber probado el recurso de hoy... —y al llegar aquí se detuvo y me agarró de la manga—. ¡Quizás ya haya funcionado! ¡Asómate, Uberto, y observa si hay algún signo en el agua!

Me asomé, pero el cielo era can negro como la noche y sólo se veían las alargadas olas saliendo de la oscuridad y chapaleando arriba y abajo sin espuma.

—¡Si estuviera muerto! —susurró a mi oído—; ¡si hubiera desaparecido! ¡Si no viniera esta noche! ¿Entonces que, Uberto? ¿Entonces qué? —y su aliento rozó cálidamente mi mejilla.

No quise captar sus intenciones para no tener que responder a su tentación, pues, para ser sinceros, tampoco era ninguna tentación para mí; aunque es posible que en mis años mozos, cuando tenía rachas de ambición y creía que estaba hecho de la materia de los héroes de Plutarco, hubiera estado dispuesto a escucharla con más ansias. De modo que me limité a contestar al significado literal de sus palabras y me alejé un poco de ella.

—Bueno —respondí—, entonces deberíamos aventurarnos como estuvimos a punto de hacer esta mañana, y puesto que las barcas han desaparecido, tendríamos que construir una balsa y navegar al abrigo de la noche como náufragos hasta desembarcar en el lugar más seguro que encontráramos, abandonando Deeping Hold a quienquiera que deseara habitarlo.

Se rió, burlándose de mí.

—¡Oh, el docto hombre de letras! —exclamó—. Seguramente eso es lo que haremos, y si el Conde decide quedarse aquí durante el testamento de su vida, o incluso después, ¿le complaceremos tú y yo? No, no digas nada; aun el necio, si calla, pasará por sabio, que es uno de los pocos proverbios de tus Escrituras que considero digno de recordar. Nos veremos en la cena, Signor Uberto.

Y sin más se marchó y me dejó reflexionando sobre el oscuro significado de sus últimas palabras.

Seguí paseando por la muralla, mas no se veía ni oía nada: sólo la oscuridad, el oleaje y las caprichosas ráfagas de viento. Empecé a sentir otra vez hambre, porque no había roto el ayuno aquel día, pero no pude sacar ánimos para ir a pedir comida. Así que continué caminando de acá para allá por el adarve hasta que, cansado de la oscuridad, bajé al patio; al cabo de un rato apareció la señorita Rosamund con algo entre las manos.

—Os he visto conversando con ella —dijo con cierta frialdad—; ¿qué era lo que tenía que decirnos que estabais tan juntos?

—Más maldades de las que esperaba encontrar en cualquier hombre o mujer —respondí con hastío, pues me había molestado que creyera que tenía amistad con la italiana—, y más astucia de la que podría escuchar de boca del propio Diablo. ¿Qué importa, Rosamund? Sin duda estamos ya casi muertos, y si no somos santos, cosa de la que no tengo la menor duda respecto a mí, aún tendremos oportunidad de deshacernos de ella y de su igual en el más allá.

Cuando me vio agotado y débil, se olvidó de ese doloroso sentimiento de celos que a veces atormenta a las mujeres más adorables y se acercó para ofrecermelo lo que llevaba entre las manos: un pedazo de pan envuelto en una servilleta.

—Perdóname, Hubert —dijo con dulzura—, aunque yo no pueda perdonarme haberte hablado así. Hoy no has comido nada y estás fatigado; aquí tienes algo que te había guardado, pues yo no soy tan asceta como tú y no podría ayunar tanto tiempo.

Al mirarla, vi su rostro cansado y pálido en la oscuridad, con una sombra cárdena

alrededor de los ojos, y supe que ella tampoco había comido y había guardado para mí todo lo que tenía.

—No —repliqué—, si tú no comes también, no puedo aceptarlo.

Partí el pan en dos y le dije que empezara. Al principio no quiso y dijo que había comido bastante y no tenía más hambre, mentiras inocentes a las que las mejores mujeres siempre son propensas. Únicamente cedió cuando hice ademán de arrojar mi trozo de pan por encima de las almenas, y aun así pretendió hacerme creer que le había dado el pedazo más grande. Nos sentamos bajo las murallas, entre las sombras, y comimos juntos; hablamos de esto y de aquello, olvidándonos del peligro y la oscuridad que se cernían a nuestro alrededor, y nadie vino a montar guardia ni a molestarnos. Sólo vimos algunas luces en el cuarto de la guardia o en el salón, pero pensamos que los hombres estarían bebiendo, porque en ocasiones se oía el tembloroso comienzo de una canción, como si algún pobre diablo intentara alegrarse con engaños para olvidar su miedo. De lo que nos dijimos apenas tengo recuerdo, y posiblemente no mereciera la pena conservarlo; pero me sentí muy reconfortado, pues parecía que la amargura de la muerte había desaparecido y el peligro y la maldad no eran sino cosas vanas y nimias, como las absurdas ráfagas de viento que una y otra vez batían contra las almenas sobre nuestras cabezas.

CAPITULO XVI

Del fin de Deeping Hold

No sé cuánto tiempo estuvimos sentados, charlando o en silencio, hasta que la lluvia comenzó a caer sobre nosotros y pedí a Rosamund que se levantara para que no cogiera frío, aunque ambos esperábamos estar bajo las aguas antes de que amaneciera un nuevo día. Nos refugiarnos bajo el alero de una torre y permanecimos allí un rato. De repente se abrió la gran puerta de la mansión y oí la voz de mi primo que me llamaba; como no quería que nos viese juntos e hiciese alguna chanza propia de su rudeza, deje a Rosamund en la sombra y me acerqué a la puerta diciéndole que había estado paseando por el patio y preguntándole para qué me necesitaba.

—Bien, amigo Hubert —dijo, todavía con aire de buen humor—, quiero que os pongáis elegante para esta noche, pues es casi la hora de la cena y va a venir un invitado. Yo me arreglaré lo mejor que pueda, y también Fiammetta; y si veis a Rosamund decidle que se vista con sus mejores galas.

Aunque ella podía oírle desde la sombra, porque mi primo hablaba bastante alto, le dije que me encargaría de hacerlo; cuando volvió a cerrar la puerta, regresé donde estaba Rosamund y le pregunté qué pensaba de todo aquello, añadiendo que en mi opinión era mejor pasar nuestras últimas horas entregados a la oración y el arrepentimiento.

—No —replicó—, ya he rezado mis oraciones y no me gustaría morir pensando que le he negado a mi primo su último deseo. Es posible que sea una locura, pero no es ningún pecado; después de oír cómo recriminaba a su difunta mujer esta mañana le he perdonado, sin duda igual que ella, y me he arrepentido de muchos malos pensamientos sobre su persona. No sabía lo que hacía, y ahora tampoco lo sabe; si nuestra locura puede ayudarle a acabar con más facilidad ¿por qué no unirla a la suya? Me entusiasmó oírle hablar así, y sin pensar que aún no le había dicho ninguna palabra de amor, la tomé entre mis brazos y la besé; no se resistió, pero enseguida se apartó de mí y me dijo con una voz a medio camino entre la risa y las lágrimas:

—No, Hubert, has de verme elegantemente vestida por una vez, si no más, ¡ya me dirás si no puedo presumir tanto como Su Alteza la Signorina Bardi!

Entonces se marchó a su habitación y yo a la mía, aunque como sólo había traído dos trajes, y el más corriente estaba manchado de limo, tenía poca elección. No obstante, me puse mis mejores atavíos, con lo poco de valor que tenía, y baje al patio. La lluvia había cesado, pero el viento seguía soplando a rachas, cada una más fuerte que la anterior, y la marea subía con rapidez, según juzgué por el chapoteo de las olas sobre la roca y la muralla, porque todo estaba oscuro como la boca del infierno, logré llegar hasta la puerta de la casa siguiendo la estela de luz que salía de ella, y en ese momento la campana que llamaba a cenar sonó con tono lúgubre, como un toque de difuntos sobre la desolación del estero y el mar; la puerta estaba abierta como en una fiesta, y había dos hombres con antorchas para conducirnos al interior. Al entrar en el salón, vi a mi primo sentado en la gran silla del estrado, situada en la cabecera de la mesa, y el asiento contiguo vacío. Vestía su mejor atuendo de soldado, escarlata con galones y bordados en oro, y las piezas que aún quedaban de la vajilla de plata (pues sus guerras y jaranas habían acabado con la mayor parte de ella) estaban dispuestas en la mesa principal; debajo se sentaban los soldados, los ocho que todavía seguían vivos, cada uno con los andrajos más elegantes que tenía y sus mosquetes y picas apoyados contra la pared. Se había colgado un gran tapiz sobre la pared donde estaba la mancha y en los candelabros ardían todas las velas que había sido posible colocar. Resultaba extraño ver cómo se había preparado todo para un banquete.

Mi primo me dijo que ocupara mi lugar, pero yo me demoré un instante para ver si llegaba la señorita Rosamund. Y entonces apareció, envuelta en una capa, de la que se despojó antes de hacer su entrada en el salón; ciertamente, me sorprendió verla tan esplendorosa. Llevaba un vestido de seda verde, con flores doradas, regalo (según me

dijo después) de la Condesa cuando ya se sentía demasiado piadosa o demasiado triste para engalanarse; resplandecía a la luz de los candelabros como una diosa dorada. Además, en el pelo y alrededor del cuello lucía antiguas joyas de la casa de Deeping, que la Condesa le había legado y el Conde le había permitido conservar a pesar de que la italiana pretendía hacerse con ellas. La semejanza que guardaba con su difunta prima, o con lo que hubiera sido la Condesa en sus mejores tiempos, le hacían parecerse al cuerpo glorioso que el apóstol ha prometido a los justos en la resurrección.

El Conde, cuando la vio llegar, soltó un tremendo grito y la saludó como si fuera su querida Margaret, pues estaba trastornado; pero no había perdido del todo la cabeza y pronto se dio cuenta de que sólo era su prima. No obstante, le pidió que se sentara a su lado en el asiento de la Condesa, ocupado siempre por la italiana, y ordenó a los hombres que se levantaran y la saludaran; ella, decidida a complacerle, tomó asiento a su derecha, en el lugar de honor, y yo a su lado.

En ese momento entró la italiana, también muy elegante, pero con otro estilo. Llevaba una túnica carmesí, bordada con motivos orientales y extrañas figuras, y salpicada de gemas rojas que brillaban como si fueran ojos; en su frente lucía su gran joya, también de color rojo. Cuando llegó a la mesa y vio el asiento principal ocupado, se quedó de pie y, llevándose una mano al pecho, entornó los ojos como una serpiente. El Conde advirtió su gesto y quiso excusarse, porque sabía ser cortes cuando quería.

—Signorina —dijo—, perdonad si os pido que os sentéis aquí abajo durante esta única cena. Es el último banquete en Deeping Hold y es necesario que una persona de la casa lo presida conmigo. Mañana volveremos a comer, sí, y a cenar juntos sin su compañía, y muchos días más, acaso más de los que desearíamos.

La italiana no dijo una palabra, se sentó a la izquierda del Conde y se puso a jugar con sus anillos, que eran extraños y algunos de ellos demasiado grandes para una mano de mujer. Y cenamos, si aquello se podía llamar cena, pues la alegría no era mucha y nuestro apetito escaso; sólo los hombres, acostumbrados a una vida ruda y a alimentarse cuando podían, empezaron a comer con entusiasmo, deteniéndose a veces para escuchar.

Al cabo de media hora, la tormenta que había estado amenazando durante todo el día estalló sobre el castillo, y un intenso vendaval golpeó las ventanas cercanas al lugar donde la galería se había hundido y silbó entre los resquicios de los cristales haciendo que la luz de las velas parpadeara. Siguieron otras ráfagas, y el viento comenzó a aullar y bramar como si todos los diablos estuvieran sueltos a nuestro alrededor. Poco después, pudimos oír el rugir de las aguas, pues las olas golpeaban contra la roca, los pilares y la base de la muralla, y el salón tembló por su furia. Sin embargo, no hubo ningún signo ni sonido de aquel enemigo al que temíamos más que a cualquier tempestad, por lo que la Signora se inclinó hacia mí, sonriendo, y pude leerle el pensamiento.

El Conde se dio cuenta de su sonrisa y la locura volvió a apoderarse de él al ver en su rostro un gesto de desprecio. Gritó que el invitado se estaba retrasando y ordenó disponer su lugar a los pies de la mesa, pues dijo que no era bien nacido y no sé qué más desvaríos. Cuando hubo acabado y los hombres hubieron preparado todo tal como les había ordenado (pues temían su cólera), la tormenta amainó de pronto y me pareció oír el rechinante sonido de piedra contra piedra por el que Pompeyo había muerto de miedo. Después, el viento sopló de nuevo con fuerza sobre el castillo y las olas rugieron con más intensidad, pero el sonido chirriante continuó aumentando y se escuchaba cada vez más cerca; la Signora dejó de jugar con sus anillos y se llevó otra vez la mano al pecho, con un rostro tan blanco como su servilleta.

Solamente mi primo se rió en su locura y exclamó que el invitado se acercaba; llenó una gran copa de vino y ordenó que todos hiciéramos lo mismo y nos pusiéramos en

pie para darle la bienvenida. El ruido en la pared era como el chirrido de una barrena al triturar el mineral. Bajo el tapiz que cubría la pared comenzaron a aparecer hilos de agua y hebras de limo, y el paño se hinchó como una vela; Finalmente se produjo un gran estruendo, que rasgó y arrancó el tapiz, y las piedras del muro se desplomaron dejando un boquete enorme en el mismo. Los hombres, presa del pánico, se pusieron a gritar y algunos se tiraron al suelo. Pero el Conde alzó su copa y brindó por el invitado; mientras bebía, una gigantesca ola se estrelló contra la pared y su cresta se abrió camino a través de la abertura, lanzando al interior del salón algo oscuro. Cuando miré, vi que era el cadáver del joven negro.

Rosamund, que hasta entonces había aguantado, se desmayó y cayó de frente sobre la mesa, con la cabeza entre las manos. Aunque no esperaba vivir mucho más, me propuse firmemente que ambos debíamos morir fuera de aquel banquete infernal. Así que la levanté de su asiento, y no sé con qué fuerzas, la cargue sobre mis hombros y salí corriendo del salón; es posible que dos o tres hombres hicieran lo mismo, pero ni me fijé. Sólo sé que me encontré en el adarve, con Rosamund todavía sobre los hombros, y me pareció que el patio era un inmenso charco creado por el agua de la ola; el viento me zarandeó y tuve que agarrarme a las almenas e ir avanzando despacio hasta llegar a la galería, al otro lado del ventanal del salón, donde las luces resplandecían en la oscuridad y un pilar de la pared ofrecía protección contra el viento. Miré hacia el interior del salón para ver cuándo nos llegaría la muerte y recé para que Rosamund no volviera en sí antes de ese momento. Vi que mi primo estaba en su silla, ahora con la Signora sentada a su lado, cogiéndola de la mano para que no se fuera; algunos hombres andaban a gatas y otros seguían sentados, como si se hubiesen quedado de piedra. El Conde susurró algo a la mujer, según me pareció, y cogiendo una vela de la mesa se inclinó hacia el suelo como si fuese a levantar algo. Entonces recordé lo que me había enseñado en la bodega y comprendí lo que estaba a punto de hacer. Pero al inclinarse dejó de sujetar a la italiana, que sacó un cuchillo del escote y se lo clavó en la espalda mientras se incorporaba. Herido de muerte, el Conde cayó hacia atrás sobre su silla y la Signora salió corriendo dejándole la daga clavada. Cuando pasaba junto al cuerpo del negro, una enorme masa oscura entró por el boquete de la pared y rodó hasta golpear sus pies y hacerla caer; la italiana volvió a levantarse e intentó dirigirse hacia la puerta, pero una franja negra comenzó a rodearla, enroscándose sobre su cuerpo, y a arrastrarla hacia su interior mientras ella luchaba denodadamente para escapar. En un instante, sólo pude ver el resplandor rojizo de la joya sobre la frente de la mujer y el serpenteo de las ondulaciones de aquella negrura, y sentí náuseas, aunque no pude apartar la vista. Aquella oscura masa de limo creció y las piedras de la pared se desmoronaron para dejar paso a algo parecido a una ola que, en vez de romper, avanzó por el suelo y engulló a los hombres, no sé si vivos o muertos, pero dominados por el terror, hasta llegar al estrado y lamer el borde como una marea de limo viviente sin ninguna forma precisa. Cuando esa cosa repugnante estaba cerca de sus pies, el Conde se levantó de la silla, pese a estar herido de muerte, y sujetando lo que parecía ser una cuerda negra, le acercó la vela; bajo su mano se produjo un chisporroteo que se propagó con rapidez, hacia abajo.

Recobré las fuerzas y aparté la vista de esa imagen abominable; y fue un afortunado arrebató de locura, más que cualquier esperanza de liberación, lo que me hizo preferir la furia de la tormenta antes que perecer por la demencia de un hombre. De modo que recogí a Rosamund, todavía sin sentido, y después de subir a una almena, salté con ímpetu hacia afuera y caímos al agua. Y nos hundimos. Logré salir a flote y, mientras recibíamos los embates de las olas, seguí luchando para alejarnos del horror del castillo; sujeté a Rosamund, agarrándole el cabello con los dientes, y nadé desesperadamente. Aún no había dejado atrás la muralla, a pesar de la rápida corriente, cuando se produjo una explosión como la del Juicio Final y una llamarada de

fuego iluminó el mar y las marismas; la oscuridad y el bramido del viento y de las aguas se apoderaron del lugar, y una lluvia de grandes piedras y vigas cayó del cielo sin llegar a golpearnos. Entonces nos hundimos en las profundidades hasta que una potente ola nos lanzó hacia arriba y nos arrastró como briznas de paja entre los remolinos. Aterrado, abracé el cuerpo de Rosamund y ya no recuerdo nada más.

Cuando abrí los ojos, lo primero que vi fue un cielo despejado, la luz dorada de un amanecer y unos reflejos blancos. Pensé que quizás aquello era el Paraíso y sobre mí había alas de ángeles. Pero suspiré porque echaba de menos algo que, sin embargo, no podía recordar. Sentí una mano sobre la frente y vi unos ojos al mirar al cielo; unos cabellos húmedos y fríos me rozaron la mejilla, y unos labios cálidos la boca, mientras una voz se esforzaba por decir mi nombre, sollozando. Al instante supe que era Rosamund, pero seguí creyendo que estábamos en la gloria. Ella se retiró para mirarme y pude ver unos muros de piedra agrietada y ruinosos, cubiertos de empetro y hierba áspera, y sentir la humedad de la roca bajo mi cuerpo. Todo ello me trajo a la memoria el recuerdo de la noche, hasta el momento en que habíamos sido lanzados por la gran ola, y me incorporé sobre un brazo para mirar alrededor.

Vi a Rosamund arrodillada a mi lado, con el vestido hecho jirones y empapado, en el que aún brillaban el oro y las gemas, y los cabellos sueltos y húmedos como si fueran algas; detrás de ella había una extensión de agua turbia y unos bajíos grisáceos, jaspeados de reflejos dorados, y las gaviotas salpicaban de blanco la superficie plumiza y revoloteaban sobre los canales. Entonces me di cuenta de que todavía estaba en las marismas y seguía vivo; volví a mirar a Rosamund y no me entristeció que aquello no fuera el Paraíso, como los teólogos dicen que es, sino más bien la tierra convertida en paraíso. En ese instante, ella tomó mi mano y la acarició, y permanecimos en silencio durante un rato.

Cuando me hube recuperado un poco más, porque no me había roto nada pero estaba aturdido y me dolía todo el cuerpo, le pregunté dónde podíamos estar y cómo habíamos llegado hasta allí. Aunque, a decir verdad, creí reconocer que el lugar no era otro que la isla del Ermitaño, donde, según la leyenda, un Conde de Deeping había asesinado a un santón, pues en las marismas no había más islas que la del castillo y ésta. Mientras estábamos sentados en las ruinas de aquella celda, Rosamund me dijo que, después del horroroso banquete en el salón, no se había enterado de nada, y que se había despertado al amanecer sobre la hierba de esta isla, con mi brazo todavía alrededor de su cuerpo, sin saber cómo habíamos acabado allí; al principio creyó que estaba muerto, pero cuando descubrió que aún me latía el corazón, me arrastró con esfuerzo hasta el cobijo ofrecido por las ruinas. Yo le conté lo que había sucedido desde su desmayo hasta el momento en que la ola nos había lanzado por los aires; nos arrodillamos y dimos gracias a Dios, que había desembridado al mar como a un caballo para que pudiera llevarnos al lugar que Él había elegido.

Salimos fuera, cogidos de la mano por temor a no estar vivos realmente, y miramos alrededor. Vi la colina que hay sobre Marsham, el campanario de la iglesia y algunas manchas blancas junto al río, que no podían ser otra cosa que tiendas de soldados.

Al dirigir la vista más allá de la playa, donde los restos del antiguo Castillo de Deeping se habían alzado como un promontorio sobre el acantilado, sólo pude ver una pendiente ruinoso llena de piedras y rocas, de cuya base arrancaba una grieta enorme y reciente que recorría la ladera; pero el círculo negro del Agujero había desaparecido y todo eran terrosos cantos rodados o arena gris. Asombrados por tal visión, nos atrevimos a volvernos hacia el lugar donde debía de estar el castillo de nuestro primo, pues todavía no habíamos mirado hacia allí por miedo a lo que pudiéramos encontrarnos. Cuando extendimos la vista por encima de las marismas, no vimos ninguna veleta dorada centelleando al amanecer sobre el campanario, ni el tejado de la casa, ni el torreón, ni las murallas: en su lugar se alzaba un montículo gris de arena y

pizarra, con un saliente aquí o allá que podía ser roca o restos de muralla; no había nada más que indicara dónde había estado Deeping Hold y, de no haber sido por los jirones mojados del elegante vestido de Rosamund, se podría haber pensado que todo era producto de un mal sueño.

Dejamos de contemplar aquella desolación y volvimos a mirar hacia Marsham; enseguida nos dimos cuenta de que los soldados nos habían visto, pues por la playa bajaban algunos, agitando pañuelos y corbatas, y sus gritos se oían a lo lejos. Sin embargo, no sabíamos cómo podríamos acercarnos a ellos, o bien ellos a nosotros, porque en Marsham no había botes y de las chalanas de Deeping Hold no quedaban más restos que de su castillo. Intentamos buscar un camino y descubrimos que los canales entre la isla y la tierra firme habían cambiado, y parecía haber un sendero sobre la arena que acababa casi en el pueblo. De modo que nos aventuramos por él, tambaleándonos y con miedo a las arenas movedizas; pero todo el terreno fue firme hasta que llegamos a la playa. Los soldados, a quienes podíamos ver con claridad, no vinieron a ayudarnos porque los habitantes del pueblo les habían metido en el cuerpo el miedo a las arenas; además, ellos también habían visto las llamaradas y oído la explosión del castillo en medio de la extraña tormenta de aquella noche. Sólo cuando estuvimos lo bastante cerca para que pudiera gritarles mi nombre, dos o tres soldados metieron sus caballos en el río y echaron unas cuerdas a las que nos agarramos para cruzar, pues estábamos demasiado débiles para aguantar el empuje de la corriente.

Finalmente, haré un breve relato del resto. Baste decir que, aunque al principio algunos soldados desconfiaron de nosotros (ciertamente, nuestro aspecto no era nada normal), cuando vieron quiénes éramos, pues habían oído a los campesinos hablar de nosotros, se mostraron muy amables y nos llevaron a sus tiendas, donde nos ofrecieron comida y ropas. Una vez vestidos y alimentados, nos condujeron hasta su capitán. Cuando le vi, reconocí al hombre que me había hecho bajar de mi montura hacía tiempo y había estado a punto de pegarme un tiro al confundirme con un rufián; le mencioné nuestra conversación y recordó mi nombre, y fue muy cordial porque sabía que era amigo del Lord General Cromwell. Quería que le contara todo lo ocurrido, pues había venido a Marsham al enterarse de mi situación por el mensajero que le enviaron a lomos de mi caballo, el cual me devolvió y recibí con agrado. Pero mientras descansaba y comía, decidí que no contaría nada acerca de la Cosa que había habitado el Agujero ni de los sucesos monstruosos y extraños que habíamos vivido. Porque cuando pensaba en ello, apenas podía creer que no hubiese sido una pesadilla, y no esperaba que aquel oficial, un hombre pragmático y de firmes convicciones, diera crédito a mis palabras. Así que le hablé, y Rosamund confirmó mi relato, de la enemistad y la crueldad del Conde con los hombres de Marsham y de cómo había asesinado a Maese Eldad Pentry, cosas que ya sabía o suponía. Le dije asimismo que muchos hombres de la guarnición habían desaparecido, y también sus embarcaciones, debido a extraños accidentes, y que al escasear los víveres y empezar a pudrirse las viejas murallas del castillo, el Conde había sufrido un ataque de locura y, desesperado, había dado un último banquete, al que nos había obligado a asistir; por último, había colocado un cargamento de pólvora bajo el salón y de ese modo se había destruido a sí mismo y al resto de sus hombres. De todo aquel desastre habíamos conseguido escapar porque una gran ola nos había lanzado a la isla del Ermitaño. Al ser un relato simple y probable, que se ajustaba a lo que sabía y había oído decir del Conde, el capitán lo creyó, pero la gente del pueblo tenía sus propias ideas y nos consideraba algo más que simples mortales. Si volviera allí ahora, disfrazado, y preguntara por mí, seguramente descubriría que nos habíamos convertido en una leyenda, distinta a la verdad, aunque no mucho más extraña.

Pero no tenía ningunas ganas, ni las tengo ahora, de volver a Marsham. Antes de ponernos en marcha, Rosamund y yo reunimos a los habitantes, que estaban reconstruyendo sus casas y sus granjas, y declaramos solemnemente, en presencia

del oficial y de su tropa, que como únicos parientes cercanos del Conde de Deeping, ya fallecido, renunciábamos a sus derechos y a su nombre y dejábamos a sus aparceros libres de todo servicio y rentas; además, prometimos ratificar por escrito todo lo dicho tan pronto como el país se apaciguara. Viajamos acompañados por la tropa de caballería, pues no tenían otra misión, hasta llegar a una ciudad donde pudimos vestirnos con ropas más apropiadas a nuestra posición. Al encontrarme de nuevo en mis tierras, alojé a Rosamund en casa del párroco, un hombre bondadoso y tranquilo que no se apasionaba por ninguna facción de la Iglesia, hasta el momento en que pudiéramos casarnos.

Desde entonces no nos ha sucedido nada más extraño que al resto de las personas y no nos gusta hablar de lo que vimos en Deeping Hold. Mejor dicho: me decidí a poner por escrito esta historia, como dije al principio, para que sirva de advertencia sobre cuál es la recompensa de la maldad, pero también, como debo reconocer ahora, porque al escribir todo lo ocurrido no volvería a pensar en ello. Soy un hombre que no anhela el peligro ni el placer, y no me siento cómodo en el campamento ni en la corte, ya sea aquél el campamento de Oliver Cromwell o ésta la corte del Rey Carlos II. Creo que en las cosas habituales de la vida, en el nacimiento y el desarrollo del ser humano, en el amor, el matrimonio, el alumbramiento y la educación de los hijos, en la enfermedad y la salud, en la muerte y la inmortalidad, hay suficientes maravillas, placer, dolor y peligro para llenar cualquier corazón. Y el alma de cada hombre, sí, y de cada mujer, es como un pequeño Deeping Hold, con su señor trastornado, sus malvados consejeros y el Adversario que espera en el Infierno.



Adrián Ross. Fue el seudónimo elegido por el catedrático de Cambridge Arthur Reed Ropes (1859-1933). En 1891 inició una nueva carrera al escribir el libreto de una ópera que estaba en el tono de las que entonces se estrenaban en el Savoy: *Juana de Arco*. Durante los siguientes treinta años escribió unos dos mil poemas líricos y produjo cerca de sesenta comedias musicales y farsas. Ninguna de estas obras nos hace sospechar que su única obra de ficción, *El agujero del infierno*, publicada en 1914 por Edward Arnold, se haya convertido para los devotos del género en una de las obras maestras del terror supernatural. A pesar de estar dedicada a su colega y amigo M.R. James, *El agujero del infierno* está más emparentada con las brumosas e inenarrables pesadillas que acechan en el umbral de la naturaleza de W.H. Hodgson o H.P. Lovecraft.

Notas

- [1] Belial: voz hebraica empleada en el Antiguo Testamento para calificar a los malvados («hombre de Belial»). Al final de la era antigua y en el Nuevo Testamento, el término se convierte en uno de los nombres propios que designan al demonio, al «maligno». <<
- [2] Mujer de Púrpura: epíteto abusivo aplicado a la Iglesia de Roma en alusión a *Apocalipsis*, 17, 1-5.<<
- [3]*Noll*: Hipocorístico de Oliver, actualmente en desuso. Sobrenombre de Oliver Cromwell, también llamado *Old Noll*. Podría traducirse por «Oli» y «el viejo Oli». <<
- [4]*Panduros*: Nombre de una fuerza local organizada en 1741 por el barón Trenck en sus tierras de Croacia para limpiar de bandas de asaltantes la frontera con el Imperio Otomano. Posteriormente, estos soldados ingresaron en el ejército austríaco, donde, al mando de Trenck, su rapacidad y brutalidad convirtió el término «Panduro» en un sinónimo de «soldada croata brutal». <<
- [5]*Roundheads* (cabezas redondas): Miembros o partidarios del Parlamento durante la Guerra Civil, llamados así por su costumbre de llevar el pelo cortado al rape. <<
- [6]*Ironsides* (costados de hierro): Soldados de la caballería de Cromwell, conocidos por su valor y su estricta disciplina militar. <<
- [7] Wallenstein, Albrecht Wenzel Eusebius von (1583-1634): General de los ejércitos del emperador Fernando II durante la Guerra de los Treinta Años. Objeto de una conspiración, fue asesinado por Walter Devereux, un capitán irlandés, que le atravesó el pecho con una alabarda. <<
- [8]*Cavalier*: Apelativo aplicado a quienes combatían en el bando de Carlos I contra los *Roundheads*. <<
- [9] Piccolomini, Octavio (1599-1656) y Gallas, Matthias (1584-1647): Generales de la Casa de Habsburgo en la Guerra de los Treinta Años. Ambos fueron lugartenientes de Wallenstein e intervinieron en su caída. Después del asesinato de éste, Gallas obtuvo el mando supremo del ejército imperial. <<
- [10] Píramo y Tisbe: Pareja de amantes de la mitología clásica, protagonistas de una trágica historia de amor. Los jóvenes se aman contra la voluntad de sus padres y, a escondidas, conciertan una cita a la que llega antes Tisbe. Al advertir la presencia de un león, la joven huye, perdiendo el velo, que el león desgarró con sus fauces manchadas con la sangre de la última pieza. Cuando llega Píramo supone que su amada ha muerto y se atraviesa con su propia espada. Tisbe regresa al lugar de la cita y, al encontrar muerto a Píramo, se mata con la misma arma. <<
- [11] Guejazi: Criado del profeta Eliseo, célebre por sus milagros. Según 2 *Reyes*, 5, 9-27, Eliseo curó a Namán de la lepra. Guejazi, mintiendo, le pidió una retribución de parte de su amo y Namán se la dio. Eliseo le reprochó severamente su actitud y le castigó a contraer la lepra de Namán. El texto dice que Guejazi salió de la presencia de Eliseo «blanco de lepra como la nieve». <<
- [12] Bedlam: Alusión al Hospital Real de Belén en Londres. Utilizado como manicomio desde 1547, fue el primer centro de este tipo en Inglaterra. <<